Grupo Editorial Portal



Rancho Collins — LIBRO III

OTRA oportunidad PARA amar



JÉSSICA MACEDO

JÉSSICA MACEDO

OTRA oportunidad PARA amar

Rancho Collins LIBRO III

Grupo Editorial Portal

Copyright ©2025 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra -física o electrónica- sin autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y sancionado en el artículo 184 del Código Penal.

Diseño gráfico de portada y contraportada

Jéssica Macedo

Consulte

Sonia Carvalho

Traductor

Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Resumen

Sinopsis
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta

Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco
Capítulo cuarenta y seis
Capítulo cuarenta y siete
Capítulo cuarenta y ocho
Capítulo cuarenta y nueve
Capítulo cincuenta
Capítulo cincuenta y uno
Capítulo cincuenta y dos
Capítulo cincuenta y tres
Capítulo cincuenta y cuatro
Capítulo cincuenta y cinco
Capítulo cincuenta y seis
Epílogo
Sobre la autora
Otras obras
Redes sociales (del editor)

Son historias de otras parejas, pero te sugiero que las leas primero:

Un trato entre mejores amigos (Collins Ranch Libro 1)



enlace => https://amzn.eu/d/bn1LgcJ

Sinopsis:

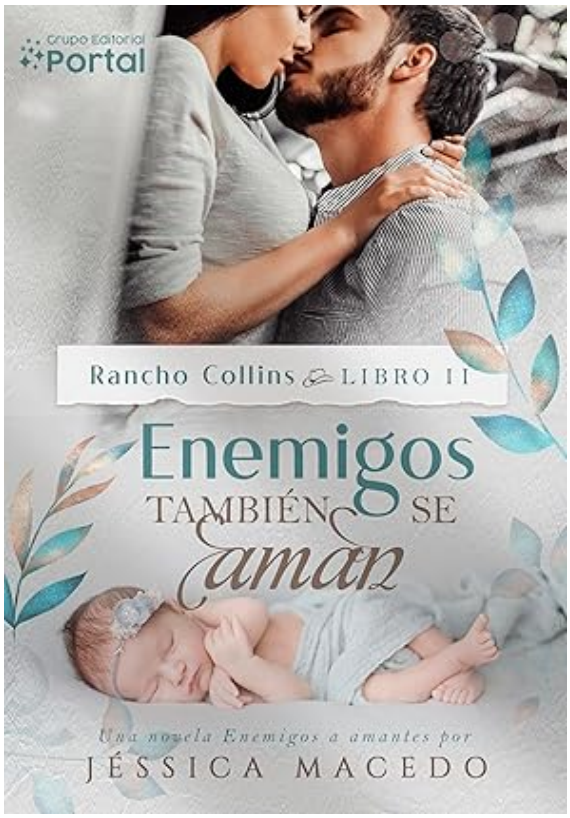
Encantador, seductor e irresistible, el multimillonario Jackson Collins es gobernador del estado de Texas. El Cowboy, que creció en un gran rancho en el campo, procede de una familia influyente y

pronto se hizo un nombre en la política, pero un escándalo sexual lo puso todo en peligro. Tras la filtración de un vídeo en Internet, perdió varios partidarios y su carrera corrió peligro. Solo había una forma de salir de este lío: casarse.

Tatiana Wiliams creció en el rancho Collins y siempre vio a Jackson como su mejor amigo, a pesar de ser hija de sirvientes. A lo largo de los años, los dos se han mantenido unidos. Lo único que ella no esperaba era que él le pidiera que participara en un falso matrimonio, pero siempre ha estado dispuesta a hacer cualquier cosa en nombre de la amistad.

Se suponía que iba a ser un acuerdo de una sola vez con fecha de caducidad con el único objetivo de restaurar la imagen de Jackson, pero no estaban preparados para enfrentarse a la fuerte atracción que sentían el uno por el otro ni a un embarazo accidental.

Los enemigos se aman (Collins Ranch Libro 2)



enlace => https://amzn.eu/d/6YyUApz

Sinopsis:

Un médico viudo y arrogante.

Una enfermera decidida.

Un lindo bebé para calentar el corazón de un padre.

El neurocirujano Brandon Hanks sufrió una terrible pérdida que le hizo alejarse de Dallas y hacerse cargo de una pequeña

clínica en el campo.

El viudo solo quería escapar del dolor, pero la enfermera del pueblo lo volvía loco. Enemigos a primera vista, ninguno estaba dispuesto a ceder, pero la atracción les hizo entregarse al deseo.

Cora Collins no podía imaginarse quedarse embarazada de aquel médico arrogante, y mucho menos ser abandonada cuando él se marchó. Dispuesta a superarlo, iba a criar sola a su hija y no esperaba que Brandon regresara.

Sinopsis

Un sheriff protector.

Una mujer en apuros.

Dos niñas adorables, fruto de un amor improbable.

El sheriff Malcon Collins siempre fue un ejemplo a seguir en el pequeño pueblo del interior donde creció. A pesar de ser heredero de la familia más rica e influyente de la región, este vaquero dedicó su vida a proteger a todos. Nadie imaginaba que terminaría involucrado con una mujer problemática... y mucho menos ser padre soltero.

Jennifer Dias fue vendida por su propio padre a un hombre peligroso, y desde entonces ha vivido huyendo, luchando por sobrevivir. En su vida no había espacio para nadie, ni siquiera para un hombre rudo dispuesto a protegerla. Era un riesgo que no quería correr, porque no soportaría ver a nadie más salir herido.

Nadie puede huir para siempre. El destino la llevaría de regreso al hombre que siempre amó… Pero eso no significaba estar libre de su peor demonio.



Malcon Collins

Capítulo uno

Miraba fijamente la pared con fotos, reportajes, esquemas y líneas que se cruzaban de un lado a otro, pero que parecían no conducir a ningún lugar. Llevaba casi tres años en esa búsqueda sin ningún resultado, pero no podía rendirme, por más que todos ya lo hubieran hecho. Incluso mis amigos más cercanos del FBI me decían que ya no valía la pena seguir gastando energías en encontrarla.

Pero yo la necesitaba tanto...

Inhalé profundamente y metí las manos en los bolsillos.

—¿Todavía crees que puedes encontrarla? —Me sobresalté al escuchar la voz de mi hermano mayor y me giré hacia él.

—Jackson.

—Papá dijo que estabas aquí.

—Ya voy a bajar para la cena. —Corrí una cortina y cubrí la pared con mi esquema de pistas. No quería que nadie más las viera.

—No respondiste a mi pregunta. —Jackson se mantuvo firme, mirándome como si no fuera a irse hasta que dijera algo.

—Sé que todos quieren que me rinda. —Bufé, rodando los ojos.

—Solo no queremos que sigas así.

—Necesito respuestas. —Desvié la mirada hacia el suelo—. Judy necesita respuestas...

—Tu hija está bien, Malcon.

—Ella está...

Guardé silencio por un momento, respirando hondo, y mi hermano tampoco se atrevió a decir una sola palabra hasta que volví a hablar.

—¿Qué harías si se tratara de Tatiana?

—Es diferente.

—¿Diferente porque Tatiana siempre fue tu amiga y Harper solo era una bartender irresponsable?

—No fue eso lo que quise decir...

—Pero fue exactamente lo que pensaste.

—Ella nunca fue el tipo de mujer para ti.

—¿Crees que tal vez fue mejor que se haya ido?

—No pongas palabras en mi boca.

—Perdón. —Retrocedí. Estaba irritado, y no era para menos.

Esa mañana Judy había hecho una presentación en la escuela. Era parte de una celebración por el Día de las Madres. Aunque su abuela y su tía estuvieron allí para acompañarla, yo pude ver la decepción y la tristeza en los ojos de mi hija, por no tener a

su mamá presente como las demás niñas del pueblo. Fredericksburg era pequeño y, la mayor parte del tiempo, muy tranquilo, pero no por eso menos cruel, sobre todo con una niña de cinco años. Comentaban sobre la desaparición de Harper y los rumores nunca eran amables. Exageraban todo y la tachaban de drogadicta que había huido de sus responsabilidades.

Lo peor era que ni siquiera podía decir que estaban equivocados...

Aunque jamás vi a Harper con drogas ni nada por el estilo, siempre parecía estar ocultándome algo. Debería haber intuido que esa relación no funcionaría...

—¿Por qué no bajamos a cenar? —Jackson puso una mano sobre mi hombro y me dirigió una sonrisa amistosa que logró que asintiera.

Pasar otra noche frente a ese tablero de pistas que no llevaban a ningún lado solo iba a frustrarme aún más.

Mi familia se preocupaba por mí, todos querían que estuviera bien, pero aun así no era tan simple. La vida nunca ha sido una hoja escrita a lápiz que puedas borrar y volver a escribir.

Tal vez en otro momento sentiría que es posible soltar todo eso, pero por ahora, el vacío seguía ahí.



Jennife Dias

Capítulo dos

El timbre de la cocina resonó en mi cabeza y captó mi atención justo cuando algunos platos estuvieron listos. Con la mejor sonrisa que logré forzar, coloqué las hamburguesas en mi bandeja.

—La mesa cinco quiere más kétchup —avisó el cocinero, con su mal humor de siempre.

—¡Ya voy!

Definitivamente, trabajar en esa cafetería en medio de la nada estaba lejos de ser el mejor empleo del mundo, pero me pagaban a tiempo y, además, podía dejar a mi hija en la parte de atrás para vigilarla cada vez que tuviera oportunidad.

Criar sola a una niña de dos años tampoco era fácil, pero hacía lo que podía para salir adelante.

—Estas papas están blandas —se quejó el hombre de mediana edad en la mesa cinco cuando le serví.

—Acaban de prepararse, señor.

—¿Quieres probarlas y sentirlas tu misma?

Me quedé mirando las papas. Me parecían normales, pero para evitar problemas con el cliente, decidí tomar su plato y regresarlo a la cocina.

—Dijo que las papas están blandas. —Solté el plato sobre la barra, llamando la atención del cocinero.

—Blanda debe tener la verga ese viejo gordo —murmuró, desde adentro.

No era mi culpa, pero aun así sentía como si todo ese mal rato fuera provocado por mí.

Respiré hondo. Podía sobrevivir un día a la vez.

Estaba acomodando la sonrisa en mi rostro y los platos en mis brazos cuando la puerta de entrada del local se abrió. Mi sangre se heló de inmediato, y sentí como si ya hubiera vivido ese momento antes.

Me di la vuelta de inmediato cuando los pasos pesados de unas botas de cuero comenzaron a sonar sobre el piso de madera. Dejé la bandeja en el mostrador y me adentré en el local, tratando de no correr, aunque las piernas me temblaban y el corazón me latía a mil por hora.

Entré a la sala donde estaba mi hija y ella alzó su muñeca, sonriendo.

—Hola, mamá.

—Tenemos que irnos.

—¿Irnos? —preguntó, sin entender.

—Sí. Vamos.

La tomé en brazos, colgué su mochila al hombro y salí por la puerta trasera sin mirar atrás.

—Mamá... —empezó a quejarse mi pequeña, pero puse mis dedos sobre sus labios.

—Silencio, amor.

Nadie me vio mientras caminaba lo más rápido que pude hacia ninguna parte.

Había un bosque detrás del local y decidí meterme en él. Aunque los árboles altos me daban escalofríos, parecía más seguro que andar por la carretera. Abracé fuerte a mi hija y ella rodeó mi cuello con sus bracitos.

—Mamá...

—Shh...

Por mucho que me encantara escuchar su voz, en ese momento lo único que quería era que guardara silencio.

Aunque no escuchara nada, estaba segura de que nuestro perseguidor venía tras nosotras. Llevaba años huyendo de él. Y por un momento llegué a pensar que nunca me encontraría. Fue en ese instante de debilidad en el que casi pierdo la vida...

No podía pensar solo en mí. Mi bebé estaba conmigo y necesitaba estar protegida, a salvo. Por eso no dudaba ni un

segundo en huir y dejar todo atrás. Lo haría cuantas veces hiciera falta, porque yo tenía que sobrevivir. Y ella también.

Me escondí detrás de un árbol al escuchar el crujido de una rama bajo el peso de alguien.

—Sé que estás ahí.

Cuando escuché esa voz, aún más monstruosa con el paso de los años, tragué saliva con dificultad y me obligué a no respirar siquiera.

—Jennifer...

Mi hija también se quedó calladita, en silencio. Como si supiera que la persona que nos buscaba era extremadamente peligrosa. No era la primera vez que huía de él con ella en brazos. Y, lamentablemente, presentía que no sería la última.

—Sé que estás ahí, maldita perra.

Estaba temblando de miedo, aterrada por completo, pero el instinto de supervivencia me obligaba a permanecer inmóvil.

¿Cuánto más tendría que seguir huyendo de ese monstruo?

—Sabes que tarde o temprano voy a encontrarte, ¿verdad? Cuando te atrape...

Unos ladridos y gruñidos lo interrumpieron.

Me encogí aún más y mi hija me abrazó el cuello con fuerza. Tenía miedo, y podía notar que percibía mi tensión.

Los ladridos se hicieron más intensos, y por el sonido de las hojas y ramas secas rompiéndose en el suelo, me di cuenta de que se acercaban.

—¡Lárguense de aquí!

Los perros siguieron ladrando, avanzando, y yo esperé, confiando en la suerte y muy agradecida por su aparición. Lograron ahuyentar a mi demonio.

Cuando los gritos y los ladridos se apagaron, me quedé quieta con mi hija un buen rato más. No tenía certeza de que ya fuera seguro salir. Aunque sabía que quedarme ahí también acabaría conllevando el riesgo de que me encontraran. Diez, tal vez quince minutos después, reuní valor y caminé en dirección contraria, de regreso al local.

Vi a uno de los clientes entrar. Dejó el coche abierto, con la llave puesta. En ese pueblo tan tranquilo y pequeño, nadie pensaba que le pudieran robar.

Aunque para él sería una tragedia, para mí fue una oportunidad.

Me subí al coche. Coloqué a mi hija en el asiento trasero. La aseguré con el cinturón, usando un cojín que encontré para levantarla un poco. Entonces tomé el volante, encendí el motor y aceleré tan lejos como pude.



Malcon Collins

Capítulo tres

Tomé mi sombrero de la cómoda y me lo coloqué en la cabeza, antes de fijar la estrella de sheriff en mi pecho. Por más que amara mi trabajo y el rol de cuidar ese pueblo, tenía la sensación de que no era tan bueno en eso como debería.

Mi madre siempre me decía que no era mi culpa, que no tenía por qué cargar con ese peso sobre mis hombros para siempre, pero ¿qué clase de maldito policía era yo si no podía encontrar a mi esposa?

Era obvio que Harper no quería ser encontrada, o...

—¿Papá? —Judy apareció en la puerta de mi cuarto y me sacó de ese pensamiento oscuro.

—¿Qué pasa, princesa? —Me giré hacia ella con una sonrisa. Me esforcé para que se viera natural, porque no quería que sospechara en qué estaba pensando.

Cargarle ese tormento a mi hija no le haría bien. Ya era bastante difícil que estuviera creciendo sin su madre.

—¿Hoy me vas a llevar a la escuela?

—¿Tu tía no te iba a llevar?

—Sí, pero el coche se rompió, ¿ya se te olvidó?

—Ah, claro... —Sonreí con incomodidad. *¿Cómo podría olvidarlo?*—. Te llevaré.

—¡Yuju!

Dejé de mirarme en el espejo y cargué a mi hija en brazos. No podía olvidar lo pequeña que era y lo mucho que necesitaba de mí.

Cuando bajé a la sala, donde todos estaban reunidos para el desayuno, noté que Jackson y Tatiana ya estaban vestidos, lo cual era señal de que estaban por irse. Mi hermano había sido reelegido, y su vida como gobernador implicaba muchos compromisos y la necesidad de vivir en la capital del estado. Había rumores de que Jackson se postularía para la presidencia en las próximas elecciones, pero él no hablaba mucho del tema y yo tampoco preguntaba.

—Judy, ven a tomar tu vaso de leche y a comer los cereales —dijo mi madre, señalando el desayuno que había preparado para ella en su lugar en la mesa.

En cierto modo, tenía que estar agradecido. Después de que Harper me abandonó, mi familia hizo todo lo posible por ayudarme a criar a mi hija. Aunque Judy sintiera la ausencia de su madre, nunca le faltó una figura femenina en su vida.

Bajé a la niña y ella corrió a obedecer a su abuela. Mi madre todavía la consentía mucho, incluso siendo la nieta mayor. Jackson y Cora también habían tenido hijas, así que Judy tenía con quién jugar.

Isabela no estaba siempre en casa, pero Lara vivía con nosotros y a cada rato jugaba con mi hija.

—¿No vas a comer nada? —Mi padre se acercó y me observó de cerca.

—Ya voy a tomar un café —respondí, con una media sonrisa. No insistió.

—Está delicioso —dijo mi abuelo, levantando la taza.

Quería decirles a todos que era feliz, que esa era exactamente la vida que había soñado, pero no era verdad.



Jennife Dias

Capítulo cuatro

—Mamá... —Jasmine lloraba en el asiento trasero. Probablemente ese viaje inesperado la tenía incómoda, pero no tenía opción. Tenía que sacarnos a las dos del camino de ese hombre y desaparecer lo más rápido posible.

—Ya vamos a parar, mi amor. Solo necesitamos tener un poco más de paciencia, ¿sí? Tranquila, todo va a salir bien.

No tenía idea de a qué velocidad iba, pero por mi nivel de desesperación, era muy probable que estuviera manejando demasiado rápido. Solo me di cuenta de eso cuando escuché las sirenas de policía y vi el auto detrás de mí.

—¡Mierda! —murmuré, tratando de no alterarme más de la cuenta. No quería meterme en ningún problema.

El patrullero me hizo señales con las luces, y no tuve más remedio que detenerme. No podía arriesgarme a que dispararan contra el auto o nos chocaran, porque eso pondría en peligro la vida de mi hijita, que ya estaba bastante asustada con toda esta situación.

Estacioné a un lado de la carretera y la patrulla hizo lo mismo. Uno de los oficiales bajó del vehículo y se acercó a mí. Llevaba un

sombrero de ala ancha que me trajo recuerdos viejos, los cuales me apuré a sacar de mi cabeza.

—Señorita, usted iba por encima del límite de velocidad permitido.

—Discúlpeme, oficial. Estaba apurada, pero voy a tener más cuidado de ahora en adelante.

—Licencia y papeles del vehículo.

—¿No hace falta todo eso, o sí? —Intenté sonreír con encanto, esperando que no insistiera en revisar nada.

—Los documentos, señorita.

Tragué saliva. Estaba conduciendo un auto robado y no tenía manera alguna de probar lo contrario.

—Un momento. —Me incliné hacia la guantera, fingiendo buscar algo, aunque no tenía ni idea de cómo iba a salirme de esa.

—¿La niña en el asiento trasero es su hija?

—Sí, señor.

—Debería ir en su silla de seguridad.

—Lo sé, lo que pasa es que la de ella se rompió, y justo iba a comprar una nueva. Lo siento. —Forcé una sonrisa—. No es nada fácil ser madre soltera.

—¿Y los documentos, señora?

—Mamá… —Jasmine empezó a llorar en el asiento de atrás.

—Tranquila, mi amor.

—Los documentos, por favor. —El policía ya estaba perdiendo la paciencia.

—Se me quedaron en casa, pero si usted pudiera tener un poco de comprensión...

—Va a tener que acompañarme hasta la comisaría.

—Por favor...

—Baje del auto y tome a la niña.

—Señor...

—Vamos. —Estaba molesto y no me dio oportunidad de decir nada más.

No tuve más remedio que bajarme del auto robado y subir a la patrulla con mi hija. Quería huir de un problema, pero terminé metida en uno aún más grande. Solo esperaba que, al menos, con los policías estuviéramos más seguras.



Malcon Collins

Capítulo cinco

La vida en Fredericksburg era tranquila. No pasaban muchas cosas, la gente se conocía y se respetaba entre sí. Mis llamados más frecuentes eran por peleas entre vecinos o riñas en los bares. Pero ese día en particular, estaba sentado en mi escritorio, con las piernas arriba, mirando cómo pasaba el tiempo a través de la ventana que daba a la plaza principal del pueblo.

A veces me preguntaba si mi trabajo como sheriff era una completa pérdida de tiempo. Tal vez debería dedicarme al cuidado del rancho junto con mi padre y Liam. Al final, todos nosotros vivíamos del dinero que generaba la propiedad. Aun así, sentía que teníamos una obligación moral con este lugar y que debíamos protegerlo.

—¿Quién quiere jugar a las cartas? —sugirió uno de mis oficiales, mientras sacaba la caja de su escritorio.

Puse los ojos en blanco y guardé silencio. No me molestaba que él y el otro oficial pasaran el tiempo así, pero yo prefería mantenerme al margen.

Solo dejaba que el día se escurriera, pensando que nada iba a sorprenderme, hasta que sonó el teléfono sobre mi escritorio. Imaginé que sería cualquier problema entre vecinos, con amenazas

y unos cuantos disparos al aire. Generalmente, eso era lo más grave que pasaba. Encerraba a los responsables por una o dos noches, y todo se solucionaba. Sin embargo, para mi sorpresa, esa llamada venía del lugar que menos me imaginaba...



Jennife Dias

Capítulo seis

—¡Hey! —grité al levantarme y correr hacia los barrotes de la celda donde estaba encerrada al ver que un policía pasaba por el pasillo—. ¡Tienen que dejarme salir de aquí!

—No es así como funcionan las cosas, señorita —murmuró, sin prestarme mucha atención.

—¿Dónde está mi hija? Quiero verla. Jasmine tiene solo dos años y debe de estar muy asustada.

—Está con el consejo tutelar.

—¿Por qué?

—Ellos van a encargarse de ella mientras usted esté detenida.

—Tienen que dejarme salir de aquí.

—Estaba conduciendo un auto robado y sin documentos. No va a salir tan pronto.

—Ustedes no entienden, estoy en peligro...

—Ya escuché esa historia antes. —Se encogió de hombros y se fue, dejándome sola.

Necesitaba salir de ahí, buscar a mi hija y desaparecer antes de que ese monstruo me encontrara. No quería que Jasmine

terminara en hogares de tránsito si algo me llegaba a pasar. Ella merecía más que eso, alguien que la cuidara y la amara, como...

Tragué saliva y sacudí la cabeza. Seguir pensando en eso no iba a mejorar la situación.

Pasé la noche encerrada y nadie vino a decirme qué iba a pasar conmigo. Cada minuto lejos de mi hija me angustiaba más.

Cuando por fin amaneció al día siguiente, vinieron a darme algo de comer. No era la mejor comida del mundo, pero tenía tanta hambre que agradecí de verdad ese pan duro y el sorbo de café.

—Gracias.

—Mejor coma despacio.

—¿Y mi hija? ¿Cómo está? Necesito verla.

—Ya le dije que está con el consejo tutelar.

—Pero soy su madre. Ella necesita estar conmigo.

—No mientras esté detenida. —Se encogió de hombros y no me dijo nada más. Se fue, dejándome sola otra vez.

No había nadie más en la celda y no sabía si eso era bueno o malo, porque el silencio me obligaba a pensar, y eso solo me ponía más ansiosa.

Estaba con la cabeza baja, sentada al borde de la cama de concreto con un colchón delgadísimo, mirando el suelo gris, con manchas que, para mí, no eran solo por el paso del tiempo.

—Fue traída aquí ayer por unos oficiales que la arrestaron por exceso de velocidad. Dice que se llama Angélica Benson, pero las huellas coinciden con las de la persona que usted busca.

—Gracias por informarme, sheriff Franklin.

Me estremecí al oír esa voz. Me hizo levantar la cabeza y mirar hacia donde venía el sonido. Era como si estuviera atrapada en un sueño… o en una pesadilla. Había pasado tanto tiempo que llegué a pensar que nunca volvería a cruzarme con ese hombre, pero cuando sus ojos azules se encontraron con los míos, supe que era él.

Yo estaba en Arizona, a muchos kilómetros de su casa. No deberíamos habernos encontrado.

—Harper… —murmuró mi nombre, o el que usaba cuando empezamos a involucrarnos.

—Malcon… —Se me fue el aire y me sentí mareada. Verlo era como recibir una patada en el pecho, me dejó completamente descolocada.

En absoluto silencio, nos quedamos mirándonos durante varios segundos. Ninguno de los dos se atrevió a decir nada. Parpadeé varias veces, esperando que desapareciera como una ilusión, pero eso no pasó.



Malcon Collins

Capítulo siete

¡Era ella!

Después de casi tres malditos años, era ella.

Con el mismo cabello castaño y esa expresión curiosa. La mujer a la que me había dedicado a encontrar finalmente estaba frente a mí, y ni siquiera podía creerlo. Había usado toda mi influencia en la policía para rastrear cualquier pista sobre ella, incluso bancos de ADN y huellas dactilares, y al fin una señal me había llevado hasta aquí...

Todavía no podía creer que mi teléfono hubiera sonado el día anterior para decirme que habían detenido a la mujer que estaba buscando, en Arizona. Aunque estaba completamente desconcertado, tomé mi auto y conduje durante kilómetros sin parar para llegar.

Y había valido la pena, porque no tenía la menor duda de que era ella.

—Harper...

—Malcon, no deberías estar aquí.

—¿No? —Levanté una ceja, irritado—. ¿Después de haberte largado sin darme ni una sola explicación, eso es todo lo que tienes

para decir?

—Era lo mejor para ti y para Judy.

—¿Lo mejor? —Apreté los dientes y los puños, sintiendo cómo una furia creciente empezaba a apoderarse de mí.

—Tú no entiendes...

—No, en verdad no entiendo. Y tampoco te molestaste en explicarme. Solo te fuiste, sin dejar ni una nota. ¿Sabes cuánto te extraña Judy?

—Yo también la extraño. —Una lágrima le corrió por la mejilla y se limpió los ojos con el dorso de la mano.

—¡Mentirosa! —No quería gritar en una comisaría que no era la mía, pero fue más fuerte que yo.

—Contigo ella estaba segura.

—¿Y por qué conmigo sí y contigo no?

—Es complicado...

—Parece bastante simple. Te hartaste de la vida de casada y pensaste que era mejor abandonarnos a mí y a nuestra hija, antes que tener el valor de terminar conmigo y quedarte cerca de ella.

—Nunca quise terminar contigo.

—No necesitas contarme más mentiras, Harper, Angélica, o como quiera que te llames en realidad...

—No es una mentira. —Gruñó, levantándose para agarrarse de los barrotes y acercándose tanto que tuve que enfrentarme a su mirada.

A pesar de toda la rabia que sentía y del peso brutal del abandono, todavía podía verla tan hermosa y fascinante como la primera vez que estuvimos juntos. Aunque no pareciera la mujer ideal para el más correcto de los Collins, desde el primer momento en que la vi, me trastornó por completo.

Debería haber previsto que esto no acabaría bien, pero al menos necesitaba estar frente a ella y tener una última conversación definitiva.

—Es complicado, Malcon.

—Siempre fue complicado. Debería haber sabido que me dejarías. Lo que no pensé es que serías capaz de hacerle lo mismo a nuestra hija.

—Si pudiera, estaría con ella.

—¡Mentira!

—Tú no entiendes.

—Tal vez si intentaras explicarlo.

—Yo... —Tartamudeó y empezó a llorar. Sin embargo, todos esos años de su ausencia habían endurecido tanto mi corazón que ya no podía afectarme con sus lágrimas.

—Basta. —Negué con la cabeza.

No debí haber venido. ¿Qué esperaba conseguir al enfrentarla? ¿Quedar aún más molesto? ¿Darme cuenta de que después de todos estos años todavía sentía algo, pero que había sido un imbécil al dejarme engañar?

Le di la espalda para dejarla en la celda.



Jennife Dias

Capítulo ocho

—¡Malcon! —grité su nombre, incapaz de simplemente verlo marcharse, por más que supiera que era lo mejor para los dos.

Ver a ese hombre otra vez me había dejado el corazón apretado y acelerado al mismo tiempo.

No pude contener las lágrimas y dejé que corrieran por mi rostro.

Nunca había amado a nadie como a él, y durante el tiempo que estuvimos juntos, creí de verdad que estaba a salvo. Bajé la guardia y casi me capturan. Por eso no podía permitir que volviera a pasar. Mi miedo ni siquiera era por mí, sino por él y, sobre todo, por mi hija.

No había un solo día en que no pensara en Judy, en cómo estaría creciendo. Si ya iba a la escuela, si había empezado a cambiar los dientes, o si ya sabía decir todas las palabras...

Fue un gran sacrificio tener que dejarla atrás, pero era lo mejor que podía hacer por mi niña.

Malcon era un gran sheriff y un excelente padre. Si algo me daba un poco de consuelo, era saber que él siempre cuidaría de ella.

Se dio vuelta para mirarme y las palabras se me atoraron en la garganta. Tenía tanto que decirle, y al mismo tiempo, no podía arriesgar la seguridad de él ni la de Judy. Era un hombre bueno, honesto y protector, y le daría todo lo que ella necesitara y mereciera. Para mí estaba bien ser la villana de esa historia, siempre y cuando ellos estuvieran a salvo. Al menos, eso pensaba… hasta que descubrí que estaba embarazada de Jasmine.

—Fue una pérdida de tiempo —murmuró.

Tal vez fuera más seguro quedarme presa, pero no quería que Jasmine terminara en manos del consejo tutelar, viviendo en casas de acogida.

—Malcon...

—Estoy harto, Harper...

—Tenemos otra hija —interrumpí, haciendo que abriera los ojos como platos y quedara completamente desconcertado ante la bomba que acababa de soltarle.

—¿Qué?

—Después de que me escapé, descubrí que estaba embarazada otra vez.

—¿Crees que voy a tragarme esa historia?

—Pregúntales a los policías por la niña que estaba conmigo cuando me perdieron de vista.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—No podía.

—¿Crees que vas a seguir engañándome? —Se aferró a los barrotes de la celda y me hizo retroceder por el susto que me dio su repentina cercanía.

—Solo tienes que verla y lo vas a saber. Se parece tanto a ti como Judy. Tiene el cabello rubio, los ojos claros...

—¿A dónde quieres llegar con esto?

—Ella no puede quedarse con el consejo tutelar. Tienes que cuidarla, igual que haces con Judy.

—¿O qué?

—Malcon, por favor...

—¿No te das cuenta de que no tienes derecho a pedirme nada? Perdiste ese derecho cuando te fuiste.

—No lo pido por mí, sé que no puedo. Lo pido por ella. Nuestra hija necesita tu protección.

—¿Nuestra hija? —Todavía parecía no creérselo.

—Por favor, Malcon.

Se quedó mirándome unos segundos más, hasta que se alejó, desapareciendo de mi vista sin decir nada más.

Lo único que quería era acurrucarme en el suelo de la celda y llorar durante horas, aunque tenía plena certeza de que eso no resolvería ninguno de mis problemas.



Malcon Collins

Capítulo nueve

De todo lo que esperaba que ella pudiera contarme, definitivamente no estaba preparado para semejante bomba. Ya era bastante difícil criar a una hija solo, y ahora resulta que eran dos.

¿Sería verdad? ¿Realmente había huido embarazada?

Si eso era cierto, solo empeoraba toda la situación. Me había dejado con una hija y me había impedido conocer a la otra.

Aturdido, me alejé de los calabozos de la comisaría y fui hasta la sala donde estaban los policías y detectives del distrito. Me miraron fijamente, pero esperaron a que dijera algo antes de intentar hablar.

—¿Saben decirme si ella estaba con una niña cuando fue arrestada?

Uno de ellos me miró y asintió con la cabeza.

—Una niña de aproximadamente dos años, sheriff.

—¿Dónde está ahora?

—Como no sabemos si tiene otros parientes, fue entregada al consejo tutelar hasta que se resuelva la situación de la madre.

—¿Pueden darme el contacto de alguien con quien pueda hablar?

—Sí, señor. —Se agachó para buscar algo en el mostrador—. Un momento, por favor.

—Está bien. —Asentí, metiendo las manos en los bolsillos, todavía tenso con toda esa situación.

Tenía otra hija. Judy tenía una hermana...

Una parte de mí sospechaba que eso podía ser solo una historia inventada para confundirme, pero el instinto paterno y mi vena de investigador no me permitirían volver a casa sin averiguar la verdad.

Después de que los oficiales me dieron el número del consejo tutelar, volví a mi patrulla estacionada frente a la comisaría. Antes de marcar el número, mi celular empezó a sonar. Era mi madre, y por más que quisiera evitar a mi familia en ese momento, necesitaba saber de Judy.

—Hola.

—Malcon, ¿dónde estás? —casi gritó del otro lado de la línea.

—En una comisaría en Arizona.

—¿Qué fuiste a hacer a Arizona?

—Te explicaré mejor cuando regrese a casa, mamá.

—Dijiste que no ibas a pasar la noche en casa y desapareciste. Estoy preocupada.

—Solo vine a resolver algo y volveré pronto, mamá. Dile a Judy que la amo y que se porte bien.

—Hijo...

—Por favor, solo dame un poco más de tiempo.

—Solo espero que no te estés metiendo en problemas.

—Está todo bien, mamá.

—Mantenme al tanto.

—Lo haré.

Colgué la llamada y me quedé mirando la pantalla del celular unos segundos. En ella había una foto de Judy. Mi hija lo era todo para mí, y no podía imaginar mi vida sin ella. Haría lo que fuera para que fuera feliz y estaba dispuesto a cualquier sacrificio. Pensar que tenía otra hija me dejaba sacudido, sobre todo porque no había formado parte de su vida en los últimos años. Ese era un motivo más para que el odio que sentía por Harper creciera aún más.

Ella no debería haberme abandonado, y mucho menos esconderme a la niña.

Llamé al número del consejo tutelar. Harper estaba bajo custodia y no podría ir muy lejos. Mientras tanto, yo iba a conocer a mi otra hija.

Conduje hasta la dirección que me habían dado. Era una casita al sur de la ciudad, donde algunos niños jugaban en la

entrada bajo la supervisión de una señora. Ninguno parecía una niña de poco más de dos años.

Aparqué la patrulla, llamando la atención, y caminé hasta la entrada. Di un paso a la vez, sintiendo el estómago revuelto por los recuerdos de los últimos tres años.

Judy era lo más importante que tenía, y aun así, me parecía poco probable que hubiera elegido ser padre soltero.

Me acerqué al portón y la mujer se levantó del banco para venir hacia mí. Me observó de arriba abajo, analizando los detalles de mi uniforme, hasta que volvió a mirarme a los ojos.

—¿En qué puedo ayudarlo, oficial?

—Llamé hace un rato. Soy Malcon Collins y vine a ver a una niña que fue dejada a su cuidado ayer.

—¿Forma parte de alguna investigación?

—No.

—Entonces, ¿cuál es el motivo de su visita?

—Posiblemente, es mi hija.

—¡Ah! —La mujer se quedó boquiabierta, procesando la información durante unos segundos antes de dar un paso atrás y dejarme entrar a la casa.

Di unos pasos por el jardín, subí una sencilla escalera de madera que llevaba a la entrada y caminé hacia la sala.

—Es una buena niña, pero no ha dejado de llorar desde que llegó. Quiere a su mamá.

—Lo entiendo —balbuceé, recordando cómo Judy había llorado durante días pidiendo que su madre regresara, y eso nunca pasó.

Pensar en esos momentos solo aumentaba mi rabia hacia Harper, pero saber que tenía otra hija parecía una razón válida para haber insistido en encontrarla incluso después de tanto tiempo.

Vi a algunos niños corriendo, jugando a atraparse entre ellos, y me hice a un lado. La cuidadora los reprendió.

Avanzamos hacia el interior de la casa. Era pequeña y sencilla, pero al menos parecía limpia, lo que me dio algo de alivio.

Entramos a un cuarto de niñas, donde había varias camas, y vi a varias niñas, pero una en particular llamó mi atención. Era rubia, con el cabello largo y lacio hasta la espalda, tenía algunas pecas y unos ojos grandes y redondos. Llevaba un vestido amarillo que la hacía parecer una princesa.

—¿Jasmine?

Ella se giró hacia mí y abrazó el osito que tenía en los brazos. Sus ojos estaban rojos, señal de que había llorado mucho.

—*Quelo* a mamá... —Tragó saliva y volvió a llorar, tanto que sollozaba.

—Vas a tener que esperar un poco, querida —dijo la mujer en un tono tranquilo, intentando calmarla.

Mientras la miraba, quedé completamente en shock. Se parecía tanto a Judy, aunque tenía rasgos que la hacían única. No tenía idea de quién era yo, pero pude sentir con certeza que era mía, aunque las palabras de Harper ya no fueran dignas de confianza después de todo lo que me había hecho.

—Jasmine... —Di unos pasos tambaleantes hacia ella y me arrodillé frente a la niña.

El pequeño cuarto giraba a mi alrededor y me faltaba el aire. La miraba y me invadían sensaciones difíciles de explicar.

—Mamá...

—Tu mamá está bien. —Acerqué mi mano a la suya y noté cuánto me estaba temblando.

Las lágrimas se acumulaban en mis ojos, pero me contuve para que no cayeran. Sería difícil explicarle el motivo de mi llanto.

—*Quelo* a ella.

—Escucha, Jasmine, yo soy tu papá.

—¿Eh? —Frunció el ceño, confundida.

—Sí, soy tu papá.

—*Nom*. —Negó con la cabeza.

Ver que no me conocía y que tenía miedo de mí me hizo sentir aún más furia hacia su madre. No debería estar pasando por eso si Harper no la hubiera escondido de mí.

—Mamá... —Sollozó y volvió a llorar.

—Señor, tenga un poco de calma —dijo la mujer, apoyando la mano en mi hombro, pidiéndome que me apartara.

—Quiero llevármela a casa. —Me levanté y la miré fijamente.

—No puedo simplemente entregársela.

—¿Por qué no? ¡Es mi hija!

—Es evidente que la niña no lo conoce, pero ese no es el único punto. Si tiene documentación que demuestre la paternidad, puede presentar una solicitud en el juzgado de familia para que la niña le sea entregada. El trámite debería tardar solo unos días.

—¿Y si no tengo?

—Entonces el proceso será más complicado y solo el juzgado podrá indicarle los pasos a seguir. Cuando todo se resuelva, estaré encantada de permitirle llevársela a casa.

Quería tener argumentos para discutir con la mujer, pero sabía muy bien cómo funcionaba la ley, y armar una pelea solo generaría un desgaste innecesario. Tendría que luchar por los medios legales para poder quedarme con mi hija.



Jennife Dias

Capítulo diez

Me acurruqué en el fondo de la celda. Hacía frío, pero no dije nada. Tal vez merecía toda esa situación, pero no podía dejar de pensar en mi hija y en el hecho de que estaba con desconocidos. Ya había fallado tanto con Judy, y ahora tampoco estaba protegiendo a Jasmine como debía. Solo esperaba que Malcon hubiera ido tras ella y que la niña estuviera con su padre y con su hermana.

Si alguien pudiera garantizarme eso, ya no me preocuparía por lo que pasara conmigo. Ya había huido demasiado, y tal vez había llegado el momento de entregarme a mi destino.

Mis niñas solo necesitaban estar con su padre, que cuidaría de ellas… a diferencia del mío.

Un policía apareció frente a los barrotes de la celda y abrió. Me miró con seriedad y sentí un escalofrío, casi como si tuviera un mal presentimiento sobre lo que podía pasar.

—Estás libre.

—¿Por qué?

—Retiraron los cargos.

—¿Entonces me puedo ir?

—Sí.

Me sorprendió esa información, pero decidí no discutir. Solo quería salir de ahí y ver a mi pequeña, aunque fuera por última vez. Estaría bien con su padre y con su hermana.

El policía me devolvió mis pertenencias y salí hacia la entrada de la comisaría. En el momento en que pisé la recepción, Malcon se levantó de una silla y mi corazón se encogió todavía más.

Estaba ahí, justo frente a mí...

Al mismo tiempo que quería salir corriendo, sentía una necesidad intensa de abrazarlo. Quería que me perdonara por las decisiones que había tomado, pero sabía que no sería nada fácil.

—Fuiste tú quien me soltó.

—No creas que lo hice por ti. —Su tono era tan firme y lleno de rabia que me atravesó el pecho como espinas afiladas.

—Lo sé. ¿Ella está contigo?

—No. —Apretó los dientes y noté que mi pregunta solo lo hizo enojarse más—. No la registré, ¿recuerdas?

—Lo siento mucho. —Bajé la cabeza.

—¿De verdad lo sientes? Lo dudo.

—Malcon...

—Solo vamos a buscarla al albergue —me interrumpió antes de que pudiera intentar explicarme.

Asentí con la cabeza.

Todo lo que quería era tener a mi niña en brazos. Ya lidiaría con lo demás después.

La patrulla...

Seguía siendo el mismo auto, y sentarme en el asiento del copiloto hizo que el estómago se me revolviera. Habíamos pasado tantos momentos ahí dentro que era difícil borrar todo de golpe y fingir que nunca pasó nada.

Se me erizó la piel como si una brisa hubiera cruzado el interior del auto, aunque sabía bien que no había ninguna. Era casi como si Malcon estuviera soplándome al oído, con su aliento caliente, mientras me empujaba contra una de las ventanas y recorría mi cuerpo con sus manos pesadas.

Mi sexo empezó a latir y sentí que me estaba mojando…

¿En qué demonios estaba pensando? Mi hija me necesitaba, y aunque no fuera así, no debía ponerme a recordar las veces en que yo y su padre tuvimos sexo en ese coche patrulla. Lo empañados que quedaban los vidrios mientras él me hacía gemir...

Froté mis muslos entre sí, tratando de calmar cualquier sensación. No podía correr el riesgo de poner en peligro a él o a Judy. Menos aún tratándose de Malcon, con todo ese instinto de justiciero y superhéroe que tenía. Era demasiado perfecto para alguien como yo, que no lo merecía.

Fui una idiota al pensar que podía tener una vida feliz junto a un hombre maravilloso como él, en un pueblito perdido. Bajé la guardia, y eso casi me cuesta todo. No podía cometer el mismo error otra vez, aunque cada parte de mi cuerpo lo deseara con un grado de desesperación.

—¿Cómo está ella?

—¿Jasmine?

—Judy. —Tragué saliva. Pensaba tanto en ella, pero lo único que tenía era una foto vieja y desgastada.

—Estaría mejor con su madre cerca.

Tragué saliva de nuevo, consciente de lo mucho que podía estar fallándole. Sin embargo, todavía creía que había tomado la mejor decisión.

Me quedé en silencio, sabiendo que cualquier cosa que dijera solo empeoraría la situación.

Lo observé. Malcon llevaba la barba bien recortada, los ojos azules fijos en el horizonte, como si se negara a mirarme. *Tan serio, tan hermoso...*

Me odiaba, y no podía culparlo por eso. Le había dado todas las razones del mundo para que llegáramos a ese punto.

—Llegamos —fue lo único que dijo al detener la patrulla frente a una casa con niños jugando en el jardín.

Salí del auto, pero él no me acompañó. Me giré hacia él, y Malcon solo asintió con la cabeza y soltó una frase corta.

—Voy a esperar aquí.

—Está bien.

Pasé por el portón de hierro, que crujió al abrirse, y atravesé el jardín hasta que una señora se acercó a mí.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Vengo por mi hija.

—Ah, debe ser la madre de Jasmine. Me avisaron de su liberación. Voy a preparar a la niña para que puedan irse.

—Gracias.

Me senté en un banco de concreto. Vi a una niña que parecía tener unos cinco años y me acordé de Judy. Siempre me pasaba, imaginando cuánto habría crecido y qué habría aprendido. Aun así, estaba segura de que estaba mucho mejor con su padre que huyendo conmigo por el país.

Si hubiera podido, habría sido una mejor madre para ellas, pero esa era una realidad que, lamentablemente, ya no podía cambiar.

—¡Mamá!

Sonreí como nunca en la vida cuando vi a Jasmine corriendo hacia mí. La levanté en brazos y aspiré el olor de su cabello rubio y

suave. Era tan linda y tan parecida a su padre… igual que su hermana.

—Ay, mi amor, te extrañé tanto.

—Te fuiste, ¿por qué?

—Mamá tuvo que arreglar unas cosas, pero ya está aquí.

Ella lloró un poco y me abrazó con toda la fuerza de sus bracitos. Mi corazón latía con desesperación ante esa necesidad que tenía de mí. Jasmine merecía que yo fuera una mejor madre, pero estaba haciendo todo lo que podía.

—Vamos, mi angelito.

—Bueno.

Me despedí de la mujer que parecía haber cuidado bien de mi pequeña y volví a la patrulla, donde Malcon seguía esperando.

En cuanto lo vio, Jasmine se encogió, como asustada por la imagen de ese hombre completamente desconocido para ella.

—Está todo bien, Jas. —Acaricié su cabello—. Él es tu papá, Malcon.

—¿Papá? —Lo miró con una mezcla de curiosidad y confusión.

—Sí. Él es tu papá.

Malcon bajó del auto y dio unos pasos hacia la niña. Esta vez ella lo observaba con más interés. Se sentía segura solo porque

seguía en mis brazos; sus manitos me aferraban para asegurarse de que seguía ahí.

—Hola, princesa —dijo Malcon, inclinándose hacia ella y acariciándole el rostro con suavidad.

—¿Papá?

—Sí. —Sonrió—. Soy tu papá.

Jasmine estaba curiosa. Era lista y pudo reconocer en él algunos rasgos que también tenía ella, como los ojos.

Extendió una de sus manitos y tocó el rostro de Malcon, haciendo que su sonrisa se hiciera todavía más grande. Ese era un momento único, y vi cómo sus ojos brillaban de alegría, igual que en el parto de Judy, cuando el sheriff sostuvo por primera vez a nuestra primera hija.

—Ven conmigo —dijo Malcon, extendiendo los brazos, y Jasmine no dudó en irse con él—. Eres tan linda.

—Papá —sonrió ella.

Di un paso atrás y los dejé solos. Después de tantos años, se merecían ese momento. Debían disfrutar un poco de la felicidad que a mí me había sido negada. Tal vez en otra vida, una en la que no tuviera que estar siempre huyendo.



Malcon Collins

Capítulo once

Tenía todos los motivos del mundo para odiar a Harper con todas mis fuerzas, pero en ese momento solo podía pensar en la niña que tenía en brazos. Ser padre soltero de Judy había sido un enorme desafío, pero no me arrepentía ni un solo minuto de tenerla en mi vida. Sin duda, mi hija siempre había sido mi mayor regalo, y estaba seguro de que era un hombre mucho mejor desde que ella estaba conmigo.

En ese momento me di cuenta de que tenía otra hija, y la felicidad de tenerla en mis brazos solo se veía opacada por los momentos en los que me habían privado de eso.

—¿Por qué mierda me la escondiste? —gruñí a Harper, haciendo que se encogiera.

Mi actitud terminó asustando a mi hija, pero si ya antes tenía razones para enfurecerme con su madre, esa se convirtió en la más fuerte de todas.

—Tú nunca lo entenderías, Malcon.

—¡No! —Apreté los dientes aún más—. No lo entiendo. Está bien que no me amaras, pero las niñas...

—Las amo. —Sollozó y vi una lágrima rodar por su rostro—. Y te amo a ti.

—No necesito tus mentiras, Harper. —Ya estaba harto de que me siguiera engañando.

—Jennifer.

—¿Qué?

—Ese es mi verdadero nombre. Al menos el que me puso mi madre, pero ya ha pasado tanto tiempo...

—Ya no creo en nada de lo que dices.

—Está bien. —Se encogió de hombros como si no le importara—. Tienes derecho. No fue fácil todo lo que pasaste, y lo entiendo.

—¿Cómo puedes hablarme con esa cara?

—Malcon, yo... —Tragó saliva y se quedó callada unos segundos.

Se alejó unos pasos y todo ese ambiente pesado me incomodaba. Sentía un nudo en el pecho. No quería que hubiéramos llegado a esa situación, pero no era mi culpa.

Con Jasmine en brazos, me quedé observando a su madre, que se frotaba las manos como si quisiera sacarse de encima algo muy incómodo. Tal vez el peso de su propia conciencia.

Después de un rato, Harper… Jennifer… o como quiera que se llamara en realidad, dio un paso vacilante hacia mí. Casi pude prever lo que iba a decir a continuación.

—¿Puedo ver a Judy?

—Yo no...

—Ni siquiera tiene que verme. Puede ser de lejos.

—Si de verdad la extrañaras, habrías vuelto. O mejor dicho, nunca te habrías ido ni la habrías dejado sin madre.

—Sé que me equivoqué.

—¿Que te equivocaste? —Levanté la voz, y Jasmine se sobresaltó en mis brazos.

—¡Mamá! —Se estiró hacia su madre y terminé dejándole a Jennifer que la cargara.

—No sirve de nada pedir disculpas. —Bajó la cabeza y besó la frente de la niña.

Parecía amar mucho a Jasmine. Ojalá hubiera amado a Judy de la misma manera como para no hacerle lo que le hizo.

—Lo sé. También entiendo si no quieres que vea a Judy.

—No actúes como si yo fuera el villano de esta historia.

—Nunca fue mi intención, Malcon.

—Entonces, ¿cuál fue tu intención? Porque nunca logré entenderlo.

—Tal vez nunca lo entiendas, y está bien. —Mantuvo la cabeza baja, y supe que seguía ocultándome cosas, pero cada vez

que insistía, se me escurría como un jabón entre los dedos.

—No... No está nada bien.

—Tal vez lo mejor sea que Jasmine y yo nos vayamos.

—¿Irse? —Le sujeté el hombro—. ¿Irse a dónde?

—Aún no lo sé.

—¿Crees que puedes desaparecer otra vez y encima llevarte a mi hija? —Volví a gruñir como un perro rabioso.

—No puedo quedarme.

—No me vengas con esa historia.

—¡No lo entiendes!

—Entonces, tal vez ya sea hora de que empieces a explicarlo.

—Es más complicado de lo que imaginas.

—¿Ah, sí? —Bufé, perdiendo la paciencia—. Ya no se trata de nosotros dos. ¿Es que no lo entiendes?

—Sí, lo entiendo.

—No lo parece.

—Lo sé...

—Entonces, ¿por qué sigues comportándote así? —Volví a subir la voz, porque era imposible no indignarse con toda esa situación.

—Tú nunca entenderías.

—Será porque ni siquiera intentas explicarlo.

Jennifer apretó los labios. Vi más lágrimas acumulándose en sus ojos, pero no bastaban para convencerme de que la mujer frente a mí no era más que una cretina manipuladora.

—Tengo que irme...

—¿Te vas a escapar así? ¿Sin siquiera ver a Judy?

Parpadeó varias veces y una lágrima se deslizó por su mejilla.

—¿Me vas a dejar verla?

—Solo un momento.

—Gracias, Malcon.

Ni siquiera supe qué responderle. No podía decirle simplemente "de nada", porque la situación era mucho más compleja que eso.

—¿Vamos? —Hice un gesto con la cabeza para que subiera a mi patrulla, porque iba a manejar de regreso a casa.

Asintió y se fue al asiento de atrás. Rodeé el auto y abrí la cajuela, donde tenía guardada la silla de seguridad de Judy. Debería servir para que su hermana viajara de forma más cómoda y segura.

Durante varios minutos, la madre de mis hijas no se atrevió a decir una sola palabra, y yo tampoco.

La situación era demasiado complicada como para resolverse en un par de horas, sobre todo cuando ella ni siquiera estaba dispuesta a decirme la verdad.



Jennife Dias

Capítulo doce

Cuando paramos a comer ya era de noche, y el viaje, sin una sola palabra entre nosotros, parecía durar una eternidad.

Malcon estacionó la patrulla en una cafetería de carretera, igualita a cientos de otras en las que había trabajado desde que empecé a huir. Eran lugares donde siempre necesitaban personal y no solían hacer muchas preguntas. Mientras supieras atender mesas y tuvieras una sonrisa amable, te contrataban.

Para mí era difícil. Quisiera poder decir que no me importaba tener que buscar un nuevo lugar y una nueva identidad cada vez, incluso podría haber sido divertido al principio, pero en el fondo, nadie soporta una vida nómada para siempre.

Cuando me mudé al pueblo de Malcon, pensé que sería como todas las veces anteriores. Una vida tranquila, sin muchas emociones, en un pueblo donde todos se conocían, sobre todo cuando se trataba de un Collins. La familia de Malcon era la más influyente de la región, no solo por la fortuna de su hacienda, sino por el cuidado que mostraban hacia toda la comunidad, demostrando que las personas importaban por encima de cualquier cosa.

Fue por ese ambiente acogedor que me fui involucrando poco a poco, y cuando me di cuenta, ya estaba completamente enamorada. No solo del sheriff, sino de todo el pueblo.

Podría decir que todo habría sido más fácil si Malcon Collins nunca se hubiera cruzado en mi camino. No habría creído que podía ser una mujer feliz como cualquier otra, y tampoco habría bajado tanto la guardia. Por poco no logré escapar aquella vez.

—Mamá, me hago pis —murmuró mi hija, recordándome que estaba allí y que necesitaba de mis cuidados.

—Mamá ya te va a llevar.

—Está bien.

Miré de un lado a otro de la cafetería hasta encontrar el baño de mujeres. Le hice una seña a Malcon, gesticulando, y me dirigí hacia allá.

En uno de los cubículos, le quité la ropa interior a mi hija y la sostuve para que no se sentara en el inodoro.

—¿Mamá?

—¿Sí, mi princesa?

—¿Papá? —Frunció los ojitos, pensativa, y me quedé observándola unos segundos antes de asentir.

—Sí, él es tu papá.

—Ah.

—Sé que ahora es difícil para ti entender, pero espero que algún día sea más fácil.

La pequeña solo me miró fijamente, sin decir nada más. Tal vez ni siquiera comprendía bien lo que significaba tener un padre, ya que nunca había convivido con él ni con otros niños que pudieran explicárselo.

Eso era culpa mía, algo que Malcon seguramente no dejaría de echarme en cara. Incluso habiendo huido, si hubiera regresado y contado la verdad, él habría criado a la niña de la mejor manera posible. Pero no podía volver. Ese monstruo aún me perseguía. Y apostaba que Malcon se enfrentaría a él. Pero yo no podía permitir que se lastimara.

Seguiría siendo la villana de esta historia, aunque creyera que estaba haciendo lo correcto.

Ayudé a Jasmine a lavarse las manitos y regresamos al interior de la cafetería. Malcon estaba cerca del mostrador, haciendo nuestros pedidos.

—Pedí hamburguesa con bacon, solía ser tu favorita. A menos que también hayas mentido sobre eso...

—Me gusta la hamburguesa con bacon.

—Perfecto.

La tensión entre nosotros no podía ser peor. Esa carga en el aire era tan pesada que resultaba casi claustrofóbica, pero ¿qué opción tenía yo si no era agachar la cabeza y dejar que me juzgara por todos estos años?

—¿Y para Jas?

—Puede ser una ensalada de frutas.

—Está bien.

Esa seriedad suya podría pasar como parte de su imagen de policía, pero solo quien conocía de verdad a Malcon sabía lo sonriente que solía ser y el enorme corazón que tenía.

Un corazón que yo, sin duda, había roto...

Podría querer que todo no hubiera terminado así, pero no había otra forma. No existía una manera más pacífica o menos dolorosa de cerrar nuestra historia. A pesar del rencor y de su cara seria en ese momento, en el fondo no me arrepentía y probablemente haría todo de nuevo, porque los días más felices de mi vida los viví al lado de ese hombre.

Lo amaba y seguiría amándolo, sin importar cuánto me odiara.

La mesera trajo nuestros pedidos. Primero me concentré en darle de comer a Jane. Mi hija, en realidad, tenía hambre, aunque no lo hubiera dicho. Para ella tampoco estaba siendo fácil. Vivíamos

escapando de un lado a otro, y eso era algo que no podía entender. Además, le había presentado a un hombre y le había dicho que era su padre. Sin contar la noche que había pasado lejos de mí, porque me habían arrestado. Si no fuera por Malcon, yo, probablemente, todavía estaría en la comisaría.

¿Cómo podía siquiera agradecerle todo lo que ya había hecho por mí?

Quisiera que la vida fuera más sencilla, que no tuviera que volver a huir nunca más.

La hamburguesa estaba deliciosa, a pesar del sabor amargo en mi boca. Esa sensación de presión en el pecho que nunca desaparecía, aunque sabía exactamente lo que la causaba.

Escuché la puerta de la cafetería abrirse y, por instinto de supervivencia, miré rápidamente hacia atrás. Ese reflejo ya estaba arraigado en mí después de tantos años. Era un tipo de mi edad, con canas y ropa arrugada. Probablemente acababa de salir de su casa en busca de algo para comer en la calle, con tal de no cocinar. No parecía una amenaza, así que volví a concentrarme en mi hamburguesa.

—¿Seguimos con el viaje? —preguntó Malcon, luego de pagar por nuestros pedidos.

—Sí.

Limpié las manitos de mi hija con una servilleta, y también su boquita. Después salimos los tres juntos hasta la patrulla, que estaba estacionada frente a la cafetería. Volvimos a nuestros asientos, y ninguno de los tres volvió a decir una sola palabra. Ese viaje se sentía como un cortejo fúnebre, de regreso a una vida en la que yo ya me sentía muerta.

Ese encuentro no podía ser fácil, por más que yo deseara que lo fuera. Malcon me odiaba por lo que había hecho. Tenía toda la razón del mundo para pensar así y actuar de esa forma. Cada vez que pensaba en el día en que los dejé atrás, el corazón se me apretaba más. No había sido fácil. Pero fue la decisión más sensata que pude tomar por todos nosotros. Habría sido mucho más simple si no me hubiera ido de allí embarazada de Jasmine.



Malcon Collins

Capítulo trece

Tenía la excusa de que necesitaba concentrarme en el camino para no tener que mirarla, o evitar que mi instinto me hiciera girar todo el tiempo hacia ella. Pasé años intentando encontrar a esa mujer, y ahora finalmente estaba a mi lado. Solo podía sentir rabia.

¿Por qué?

¿Cómo pudo hacernos eso y lo único que sabía decir era que yo no entendía? Lo que realmente no entendía era la falta de una excusa mejor que ayudara a darle algún sentido a todo eso.

¿No habría sido más simple si simplemente hubiera sido honesta conmigo y me hubiera mirado a los ojos para decirme algo que al menos tuviera algo de lógica?

Ocultarme a mi hija era otra cosa que no parecía fácil de perdonar. Durante todos esos años, yo podría haber hecho más por Jasmine. Sin duda, ver que no me reconocía me partía el corazón.

Escuché un suspiro de Harper cuando cruzamos los portones del rancho. Todavía me costaba trabajo llamarla Jennifer sin confundirme, además de que no podía estar seguro de si estaba diciendo la verdad y ese era realmente su nombre.

Después de tantas mentiras y farsas, debería querer tenerla bien lejos, pero la verdad no era exactamente esa.

Apenas estacioné la patrulla, Liam, mi hermano menor, y mi padre, que ya estaban despiertos haciendo las tareas del rancho, se acercaron al vehículo antes de que siquiera bajara. Me miraron con intensidad, pero antes de que pudieran hacerme alguna pregunta, vieron a la mujer que venía conmigo.

—No puedo creer que trajiste a esta mujer de regreso a casa —dijo Liam, tenso, como un perro de pelea, y en el fondo entendía la furia en su mirada. Si estuviera en su lugar, probablemente habría reaccionado igual.

—Liam —dijo mi padre, poniendo una mano sobre su hombro para detenerlo antes de que se lanzara contra ella como un perro rabioso.

Si no lo detenía, era bastante probable que soltara a los perros de verdad. Y siendo sinceros, no es como si ella no lo mereciera.

—¡Esto es una locura, papá!

—Tu hermano debe tener una buena explicación.

—Ni la mejor explicación del mundo puede salvarle el cuello a esta perra. ¿O ya se le olvidó lo que hizo?

—Ninguno de nosotros lo ha olvidado.

—¿Entonces?

Frente a la furia de mi familia, ella se encogió, pero no se atrevió a enfrentarlos ni a decir nada que los contradijera. Jennifer sabía que había actuado mal, y tal vez eso era lo que más me irritaba: que aún así no mostrara arrepentimiento ni diera una excusa convincente que me permitiera siquiera considerar perdonarla.

—¡Mamá! —lloriqueó Jasmine al quedarse sola dentro del coche, y me di cuenta de que ya se había despertado.

Su madre dio la vuelta y la sacó del vehículo.

—Espera... —Liam retrocedió, tambaleante.

—No es Judy —dijo mi padre, llegando a esa conclusión antes de que pudiera explicarles—. ¿Tuvieron otra?

—Lo descubrí ayer —admití.

—Eso lo vuelve todo aún más confuso.

—Ni te imaginas cuánto —murmuré.

—¡Carajo! —dijo Liam, con la boca abierta.

—¿Malcon ya llegó? —Mi madre apareció corriendo en la entrada de la casa, pero retrocedió unos pasos al ver a la mujer y a la niña que estaban conmigo.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó, llevándose la mano a la frente como si intentara controlar la presión.

—Todavía estamos esperando que Malcon explique —comentó Liam.

—¿Por qué no entramos todos? —sugirió mi padre, con su típico aire amistoso, aunque yo sabía que eso no era lo que mi madre quería.

—Ven. —Le hice una señal con la cabeza a Jennifer, que asintió mientras acomodaba a Jasmine contra su pecho. La niña se acurrucó, aún somnolienta.

Esperé a que pasaran justo después de mi madre y luego entré yo. La matriarca de mi familia señaló el sofá para que se acomodaran, y Jennifer dudó un poco, a pesar de conocer bien el lugar.

—No puedo creer que Malcon la haya encontrado y haya tenido el descaro de traerla de regreso. Yo misma voy a enseñarle a esta... —Cora salió de la cocina pisando fuerte y resoplando como un animal enfurecido hasta que se topó conmigo, como si yo fuera un muro imposible de atravesar.

—Cálmate.

—¿Cómo puedes defenderla después de todo lo que te hizo? —Ni la maternidad ni el matrimonio habían suavizado el carácter impulsivo y desafiante de mi hermana. Si la dejaba pasar, no dudaba que le arrancaría la piel a Jennifer con las uñas, solo porque creía que era lo correcto para protegerme.

—Vas a asustarla. —Me moví un poco para que viera a mi otra hija, acurrucada en brazos de su madre.

—¿Judy? —Cora frunció el ceño, confundida.

Negué con la cabeza.

—¿Espera, hay otra?

—Sí.

—¿Le hiciste una prueba de ADN? Seguro esta mujer está armando algo otra vez. Malcon, no caigas en eso.

—Cora. —El esposo de mi hermana bajó las escaleras y se sumó al caos matutino en la sala. Llevaba puesto su uniforme médico y parecía listo para irse al trabajo. Todos los días iba y venía desde Dallas en un helicóptero enviado por el hospital. Al parecer era un médico tan bueno que valía el esfuerzo. Para mí, con que hiciera feliz a mi hermana era suficiente.

—Brandon, estamos en medio de un drama familiar.

—¿Qué tal si te dejo más temprano en la clínica hoy y dejamos que tu hermano resuelva esto?

—Pero... —No quería soltar el hueso.

—Este es un problema de él.

—Está bien. —Mi hermana torció los labios y cruzó los brazos, contrariada, pero terminó cediendo—. Necesito amamantar a Lara antes de irme.

—Entonces vamos —Brandon rodeó sus hombros con el brazo y la llevó escaleras arriba.

—Yo también me voy. Mi día rendirá más si me pongo a cuidar las vacas —Liam dio media vuelta y salió por la entrada.

—Yo también puedo salir de mi oficina —empezó mi madre, con las manos en la cintura y una expresión amenazante—, pero antes tendrán que explicarme quién es esa niña. —Señaló a la más pequeña que estaba en brazos de Jennifer.

Antes de que me arriesgara a decir algo, la madre de mis hijas respiró hondo y decidió hablar.

—Cuando me fui, estaba embarazada de Malcon. Lo descubrí un par de semanas después, cuando noté que tenía un retraso.

—¿Y quién nos asegura que no es de otro hombre? —Mi padre no solía ser tan duro, pero Jennifer se había cavado su propia tumba.

—Sé que ahora no tengo credibilidad con ustedes, pero no tengo problema en hacer una prueba de ADN si quieren.

—Apuesto a que solo regresaste porque necesitas el dinero de mi hijo —refunfuñó mi madre.

—No habría venido si él no me hubiera encontrado detenida.

Mis padres me miraron, esperando una respuesta, y tuve que decir la verdad, al menos lo que sabía. Fui a buscarla cuando una

comisaría en Arizona me llamó para decir que la habían detenido.

—¿Detenida? —Mi madre alzó las manos y se las llevó a la cabeza—. Por Dios.

—El problema ya se solucionó —aseguré, aunque sabía que no era la respuesta que esperaban.

—¿Y ahora va a volver aquí? —preguntó mi padre.

—No, señor —Jennifer se adelantó a responder, con firmeza. Admito que, en el fondo, su frase me incomodó un poco, pero era lo más correcto en ese momento—. Solo vine a ver a mi hija.

—¿Después de estos años crees que aún tienes derecho? —Mi madre se alteró.

—Francine —mi padre intentó calmarla.

—¿Tienes idea de cómo será para la niña? —Mi madre cruzó los brazos, decidida—. ¿Sabes cuántas noches se fue a dormir llorando, preguntando si su mamá volvería algún día?

—Me lo imagino...

—Tengo la sensación de que no te lo imaginas.

—Esa es una decisión de Malcon —dijo mi padre.

—Pero no estoy de acuerdo.

Miré a mi madre, y una gran parte de mí coincidía con su opinión. Era lo que yo también quería. Pero al mismo tiempo, sentía

que Judy merecía ver a su madre, aunque fuera una sola vez, así como yo necesitaba haber conocido a Jasmine.

—Va a ser breve.

—¡Malcon! —intentó interceder mi madre.

—Déjalo —dijo mi padre.

—Esto es una locura —resopló mi madre, saliendo como toro bravo mientras mi padre la guiaba hacia la cocina.

—No quería que tu familia reaccionara así —dijo Jennifer, con un tono lloroso.

—Tú sabías exactamente cómo iban a reaccionar —respondí seco, y ella dio un paso atrás.

El hecho de que yo le permitiera ver a Judy no significaba que estaba de su lado, mucho menos después de todo lo que había pasado.

—Debe estar en su cuarto.

—Está bien —asintió simplemente, y se levantó del sofá con Jasmine en brazos.

Por más angustiante que fuera toda esa situación, no encontraba otra forma de manejarla.

Subimos las escaleras y abrí la puerta del cuarto de Judy. Mi hija estaba acostada en la cama, aún dormida. Seguramente era

demasiado temprano para que Zoe viniera a despertarla y llevarla a la escuela.

—Recuerdo que antes había una cuna ahí —Jennifer señaló el otro extremo, cerca de la ventana.

—Ya creció.

—Lo sé.

—Parece que no.

Volvió a tensarse, pero ni siquiera intentó contradecirme, como si entendiera que lo único que podía hacer era defenderse de mis espinas sin tener derecho a atacarme. No sabía si era una estrategia para que sintiera lástima, pero no iba a funcionar.

—¿Quién es ella, mamá?

—¿Quién es ella?

—Sí.

—Tu hermana.

—¿Mi *mana*?

—Así es —Jennifer le acarició el cabello a Jasmine.

La pequeña se estiró para intentar tocar a la otra, pero su brazo era demasiado corto, aunque se moviera con todas sus fuerzas. Jennifer se agachó y dejó que la más chiquita tocara a la mayor. Ese contacto hizo que Judy abriera los ojos.

—Tía Zoe... —dijo aún medio dormida, sin distinguir bien las formas ni reconocer quién estaba delante—. ¿Mamá?

—Sí. Soy yo, Judy.

—¡Mamá! —Saltó de la cama como si la hubieran despertado con un balde de agua fría. Me sorprendió que, después de tres años, todavía recordara el rostro de su madre. Yo había pensado presentarle a Jennifer como una amiga para no generarle falsas esperanzas, pero ya era tarde para cualquier plan.

—Soy yo, mi amor —Jennifer acomodó a Jasmine en la orilla de la cama para abrazar a su otra hija.

Ver los ojos de Judy tan llenos de emoción me apretó el corazón. Había sufrido estos años de una forma que ningún padre quiere imaginar. Y ahora, por fin, estaba sonriendo como merecía.

—¿No te moriste?

—Oh, no, mi amor… Estoy acá.

Se abrazaron fuerte. Jasmine, por impulso, también se unió, y las dos quedaron envueltas en los brazos de su madre.

Yo, como un simple espectador, me quedé ahí, viendo la escena con un nudo en el pecho. Sentía una mezcla de felicidad y dolor. Porque aunque ya no podía mirarla a la cara por todo el rencor… tampoco podía imaginar qué iba a ser de nosotros si ella se volvía a ir.



Jennife Dias

Capítulo catorce

Me eché a llorar al sentir a Judy otra vez en mis brazos. Estaba mucho más grande de lo que recordaba, ya hablaba con más claridad, pero todavía tenía ese mismo olorcito a algodón con colonia de lavanda de las toallitas húmedas.

Estaba sana, llena de vida, bien alimentada y vestida. Por más que me juzgaran por haberla dejado, jamás me arrepentiría de eso, porque con su papá siempre estuvo a salvo y pudo tener una vida normal, sin tener que huir de un lado a otro ni vivir con todo el miedo que yo cargaba.

—Mamá...

—Mi amor. —Le llené la frente y el cabello de besos, casi como si intentara darle uno por cada mes que estuve lejos de ella.

—¿Por qué te fuiste?

—Tuve que irme.

—¿Ya no te vas a ir? ¿Lo juras?

Tragué saliva y no respondí su pregunta. Le di más besos para disimular, porque sabía muy bien que no iba a ser tan fácil.

—Las amo tanto...

Fingí que Malcon no estaba ahí, observando cada uno de mis movimientos, y me quedé cerca de ellas el mayor tiempo posible, hasta que escuché a alguien detrás de mí.

—Judy, es hora de ir a la escuela.

Me di la vuelta y vi a la hermana de Malcon entrar al cuarto. Zoe era maestra de preescolar y solía ser la más simpática y amable de los Collins, pero dudaba que siguiera siendo cordial conmigo después de lo que había hecho.

—¿Eres tú? —Se quedó con la boca abierta.

—Sí. —Le sonreí, forzando una mueca.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Vine a ver a mi hija.

—Si de verdad te importara, habrías regresado antes.

—No eres la primera que me lo dice hoy.

—Entonces, ya deberías empezar a tomártelo en serio. Tu hija sufrió mucho.

—Lo sé. —Bajé la cabeza, sintiéndome culpable.

—Lo dudo. —Zoe entró al cuarto y se acercó a su sobrina, que seguía acurrucada en mí—. ¿Vamos a clase?

—Nooo...

—Tienes que ir, Judy. ¿Qué te dijo la tía sobre la importancia de estudiar para ser mejores personas?

—Pero hoy quiero quedarme con mamá.

—Judy...

—Está bien, Zoe. Solo por hoy.

Me sorprendió que Malcon interviniera a favor de la niña y permitiera que faltara a la escuela para quedarse conmigo.

No pude evitar sonreír, aunque traté de disimularlo para no provocar la furia de la menor.

—Tú sabrás —mascullando, Zoe salió del cuarto.

Mi huida sin previo aviso hizo que cosechara muchos enemigos en esa casa, pero no podía esperar que fuera diferente.



Malcon Collins

Capítulo quince

Todos en mi familia estaban bastante molestos con la presencia de mi ex en esa casa, después de todo lo que había hecho. Era de esperarse, pero yo sentía que Judy merecía pasar un tiempo con su madre, y eso era más importante que todo mi rencor. Además, estaba Jasmine. No quería que Jennifer simplemente se fuera y se llevara a la niña con ella. Deseaba tener a mis dos hijas bien cerca de mí.

—¿Por qué no vamos a cepillarnos los dientes y después bajamos a desayunar? —les dije a ellas, que se voltearon a mirarme.

—Solo si mamá va con nosotras —dijo Judy.

—Claro que voy. —Jennifer parecía entusiasmada, pero yo solo observaba todo desde lejos, con bastante desconfianza—. ¿El baño de visitas sigue en el mismo lugar? —Se giró hacia mí.

Asentí con la cabeza.

—¡Perfecto! Vamos, niñas. —Puso las manos en la espalda de cada una y las guió hacia el pasillo.

Como un guardaespaldas, me quedé detrás. Vi a Jennifer abrir el botiquín del espejo y preguntarle a Judy cuál era su cepillo. Jasmine también quiso uno, así que le mostré dónde estaban los nuevos para que pudiera usar uno.

Mientras la mayor, que ya había aprendido a cepillarse sola, se movía cerca de la madre, la más pequeña intentaba imitarla usando como referencia lo que veía. Jasmine tenía la cara llena de pasta dental, pero Jennifer no pareció preocuparse.

—¿Quieres que papá te ayude? —le pregunté.

—No. —Su voz salió apagada por el cepillo, y me reí.

—Está bien, niña grande.

Después de que se lavaron la cara y se secaron con una toalla, bajamos todos juntos al comedor, donde mi madre estaba reponiendo una bandeja con galletas de mantequilla recién salidas del horno.

—¿Quieres? —Judy tomó una y se la ofreció a su hermanita.

—*Quielo*. —Jasmine la agarró sin dudar.

Las dos se estaban llevando bien, como si no fuera la primera vez que se veían. Eso me alegraba mucho. Por mí, nunca deberían haber sido separadas.

—¿Imagino que hoy no vas a la comisaría? —dijo mi madre.

—Voy a llamar para decir que tuve un imprevisto, y que me notifiquen si pasa algo urgente.

—¿Quieres que pida que preparen algo diferente?

—El desayuno está perfecto, señora Collins —se atrevió a responder Jennifer por mí—. Maravilloso, justo como lo recuerdo.

—¿Ah, lo recuerdas?

—Mamá. —La miré con desaprobación, pidiéndole en silencio que no empezara a lanzar indirectas a mi ex, especialmente delante de las niñas.

Ellas se merecían ese momento de paz y tranquilidad, aunque yo tenía la sensación de que no iba a durar mucho.

Después del desayuno fuimos al jardín. El sol de la mañana estaba cálido, pero no lo suficiente como para incomodar, lo que hacía que la mañana fuera bastante agradable. Extendí una manta sobre el césped, y Judy y Jasmine se sentaron sobre ella, jugando con las muñecas de la mayor.

—¡*Quielo*! —Jasmine se inclinó para agarrar una.

—Sí. —Judy sonrió—. ¿Tú no tienes?

La pequeña negó con la cabeza.

—Solo una.

—¿Por qué?

Jasmine se quedó pensando por un momento y no supo qué responderle a su hermana mayor.

Aproveché ese espacio en la conversación de las niñas para girarme hacia Jennifer, que estaba sentada en el escalón de la casa, y llamé su atención.

—¿Puedes vivir bien con el sueldo de mesera?

—Hago lo mejor que puedo con lo que tengo. —Desvió la mirada.

—No era eso lo que quería decir.

—Igual es lo que pareció. Sé que no soy el mejor ejemplo, Malcon, pero aun así me esforcé.

—¿De verdad?

—No tienes idea de cuánto.

—Me gustaría saberlo.

Tragó saliva y volvió a mirar hacia otro lado. Siempre que creía que iba a darme una respuesta medianamente razonable, Jennifer esquivaba el tema y me dejaba con ese vacío terrible y molesto.

—Creo que es mejor que me vaya. —Se levantó rápido, pero yo me incliné para sujetarle la muñeca y la obligué a mirarme—. ¡Suéltame!

—¿Crees que puedes irte así nomás?

—Está claro que mi presencia solo empeoró las cosas.

—¿Eso crees? —Incliné la cabeza para que mirara en la misma dirección que yo y viera a nuestras hijas jugando juntas—. Esto es lo mejor para ellas.

—Ojalá fuera tan simple.

—Solo tú lo estás complicando.

—No, Malcon. —Tiró del brazo con tanta fuerza que me obligó a soltarla—. Ojalá fuera tan simple, pero no lo es.

—Sigues tratando de engañarme.

—Sí, sigo. Soy horrible, tal como tu familia piensa. —Me sorprendió la forma en que lo dijo.

Jennifer se alejó dando unos pasos, y yo la seguí. La sujeté de nuevo por la muñeca e hice que me mirara. Sus ojos estaban enrojecidos mientras trataba de contener las lágrimas y respiraba con fuerza.

Con la mano libre, Jennifer me golpeó el pecho, furiosa, y me soltó por reflejo.

—¡Eso es! Tienes razón. ¿Ahora puedo irme?

—Jennifer...

—¡Basta, Malcon! Yo soy la villana, y está bien.

—¿Por qué haces esto?

—No deberías preocuparte. —Bajó la cabeza y miró el césped bajo nuestros pies.

—Claro que me importa. Tenemos hijas juntos.

—Fui una pésima madre para Judy, pero ella te tenía a ti.

—Todavía puedes arreglarlo.

—No lo sé. Tu familia me odia.

—Pero Judy no. —Volteé la mirada hacia nuestra hija, y ella acabó acompañándome con la suya—. Era muy pequeña para entender lo complicado que fue todo. Aún estás a tiempo de arreglarlo.

—No puedo...

—¿Por qué no simplemente piensas en las niñas? —Apreté los dientes, ya irritado con la conversación.

No entendía por qué se comportaba así. No podía aceptar que simplemente fuera una mala madre. O quizá, en el fondo, trataba de encontrar una justificación para todo lo que hacía, porque me importaba más de lo que quería admitir.

—Malcon...

—Está bien. —La interrumpí, porque nuestra discusión no iba a llevarnos a ninguna parte—. Vamos a disfrutar el día con las niñas y pensar en todo esto después.

Jennifer asintió con un leve movimiento de cabeza y volvimos a sentarnos en el escalón de madera desde donde podíamos verlas jugar.



Jennife Dias

Capítulo dieciséis

Quería decirle a Malcon que lo amaba y que mi mayor sueño era vivir a su lado. Reconstruir lo que habíamos dejado atrás era todo lo que más deseaba. Lamentablemente, no era tan simple...

Sentía el peso de las miradas cargadas de juicio de los demás Collins sobre mí durante la cena de esa noche, y sentía que me lo merecía. A pesar de todo lo que estaba pasando, no me arrepentía ni por un segundo de haber entrado en sus vidas, porque por más breve que haya sido, ese fue el período más feliz que había tenido.

Jasmine se estaba ensuciando toda con un plato de espaguetis mientras su hermana mayor trataba de ayudarla. Solo por verlas juntas ya creía que había valido la pena que Malcon me encontrara.

Las niñas merecían eso: paz, tranquilidad y una familia feliz que las quisiera...

Cora me miraba y murmuró algo al oído de su esposo. No pude escuchar lo que dijo, pero imaginé que estaría hablando de cómo su hermano era capaz de dejarme entrar en esa casa después de todo lo que había hecho.

Abandonar a Malcon ciertamente no fue la decisión más fácil que tomé en mi vida. Me fui con el corazón destrozado y desaparecí

en el mundo, tan lejos como pude, porque creía que estaba haciendo lo mejor para él y para mi hija. Sin embargo, ellos nunca lo entenderían.

Fredericksburg era un pueblo pequeño y no tardaría mucho para que todos supieran que yo estaba allí, y las miradas de reproche hacia la madre que había abandonado a su propia hija se volverían aún más intensas. Pero estaba bien, sentía que podía con eso.

Por más lindo que fuera estar de regreso, cerca de Malcon y de Judy, sabía que no podría quedarme mucho tiempo. El monstruo vendría tras de mí, y tenerlos cerca solo los pondría en peligro.

Tal vez nunca comprendieran mis decisiones, pero aún así seguía creyendo que estaba haciendo lo mejor posible.

—Creo que lo más apropiado es que me quede en la pensión de la señora Donald —dije mientras me levantaba de la mesa, con todas las miradas aún puestas en mí—. Imagino que todavía existe.

—Sí, existe —murmuró Zoe.

—Perfecto. —Sonreí con incomodidad—. Jas, vamos, querida.

—¡Que Jas se quede! —pidió Judy.

—Hay habitaciones de huéspedes vacías aquí —dijo alguien, y me sorprendí al notar que fue la madre de Malcon quien habló—. Puedes quedarte esta noche.

Me giré hacia él buscando su aprobación, y el sheriff simplemente asintió con la cabeza.

La verdad era que quería quedarme con todas mis fuerzas. Deseaba más que nada volver a formar parte de esa casa y de esa familia, pero no podía cometer el mismo error de creer que estaba a salvo y que nunca me encontrarían.



Malcon Collins

Capítulo diecisiete

Judy hizo un espacio en la cama para que su hermana durmiera con ella. Por más que conviviera todos los días con su prima Lara, mi hija estaba muy feliz con la idea de tener una hermanita y de que su mamá estuviera de vuelta.

A diferencia de mí y del resto de mi familia, para Judy no parecía haber lugar para el resentimiento. Su madre y su hermana estaban ahí, y para ella eso era lo único que importaba.

Nos quedamos parados en la puerta, mirando a las dos durante largos minutos, y ninguno se atrevió a decir nada. Me di cuenta de que el resto de las personas de la casa se habían ido a sus respectivos cuartos, y mi madre había preparado una de las habitaciones de invitados para que Jennifer pudiera pasar allí la noche.

—¿No ves lo importante que es para ellas estar juntas? —le dije, aunque tal vez en ese momento lo más sensato habría sido quedarme callado.

—Sí. Lo veo.

—Entonces, ¿por qué insistes con esa idea de irte? Puedes rehacer tu vida aquí.

No sabía si tenerla cerca era realmente algo bueno para mí, pero me escondía detrás de la excusa de que era lo mejor para las niñas, y hasta podía convencerme de que mis palabras se basaban solo en eso.

—Me voy al cuarto. —Cambió de tema por completo, esquivándome una vez más—. No he dormido bien en las últimas dos noches.

—Yo tampoco.

—Entonces, te sugiero que hagas lo mismo.

—Sí...

La vi caminar despacio por el pasillo. Había vivido allí conmigo y conocía muy bien la casa.

No debería estar observando su cuerpo, pero eso fue exactamente lo que hice. Está bien, debía admitir que no era solo por Judy que la había buscado con tanto empeño. En el fondo, una parte de mí necesitaba confrontarla y saber qué había hecho mal como pareja para que quisiera desaparecer del mundo de esa forma, sin siquiera dejarme una nota.

Creía que merecía una explicación...

Mi corazón la necesitaba...

—Jennifer... —Fui tras ella y la detuve junto a la puerta del cuarto de huéspedes, atrayendo otra vez su mirada hacia mí.

—Malcon, mejor vamos a dormir.

—¡Espera! —Toqué su rostro, haciendo que levantara la cabeza para mirarme, y sus pupilas se dilataron con mi contacto.

Entrecerró los labios y dejó escapar un sonido inaudible que no era precisamente la respuesta que yo quería.

—Dime por qué.

—Ve a dormir.

—¿Fui un esposo tan malo?

—Ya te dije que no tiene nada que ver contigo.

—Necesito entender. —Le sujeté los hombros y la presioné contra la pared.

Jennifer soltó un leve gemido y mis ojos se deslizaron hasta su escote. Me di cuenta de cuánto seguía excitándome, como la primera vez que la vi.

—Nunca se trató de ti —murmuró.

—¿No ves lo mucho que me destroza esto por dentro?

—Lo siento. —Sus ojos, curvados en una expresión de tristeza, parecían sinceros.

—¡Quiero algo más que un "lo siento", Harper!

Mi corazón estaba apretado, como si se encogiera en el pecho con cada latido, al tiempo que se aceleraba. El dolor, mezclado con

necesidad y ansiedad, me estaba volviendo loco.

—Solo quisiera poder quedarme contigo. —Llevó las manos a mi rostro, y al encontrar sus ojos con los míos, perdí el control.

Como la primera vez que tuvimos sexo, no pensé demasiado. Solo empujé la puerta, aunque esta vez no estuviéramos en un baño público.

Le agarré el cabello y ella dejó escapar un gemido antes de que nuestros labios se encontraran. Le mordí la boca, y ella frotó sus tetas contra mi pecho, presionándolas mientras cerraba la puerta.

Como un adicto a la mujer equivocada, no pude detenerme frente a una recaída.

Le levanté la blusa y subí las manos por su espalda, buscando el broche del sostén. Lo lancé al suelo y tomé su nuca, enredando los dedos en su cabello mientras devoraba uno de sus pezones.

La excitación dentro de mis pantalones se volvió insoportable, y me di cuenta de que ya había perdido el juicio cuando mis manos se deslizaron por sus curvas hasta llegar al pantalón de jean, que también abrí con decisión.

La empujé contra la pared y bajé su ropa interior hasta las pantorrillas para agarrarle las nalgas con ambas manos. Ella se restregó contra mí, y le di una nalgada, escuchando el golpe seco.

Como un toro desbocado, bajé mis pantalones, sujeté mi verga palpitante con una mano y con la otra hice que abriera las piernas. La penetré con una embestida firme, y ella arqueó la espalda para que pudiera entrar más profundo.

Apoyé una mano en la pared y con la otra la tomé de la cintura, haciéndola gemir con cada choque de nuestros cuerpos. Estaba mojada, me dejaba entrar sin resistencia, pero me apretaba con una locura que aumentaba mi placer.

No iba a poder aguantar mucho. La necesidad rugía dentro de mí con tanta fuerza que acabé en una mezcla de alivio y éxtasis.

Las pajas que me había hecho desde que ella se fue no se comparaban con su vagina envolviéndome.

La giré para verla de frente y sujeté su rostro para que me mirara.

—No sabes cuánto me volviste loco.

—Lo siento por eso...

—No quiero que lo sientas. —Presioné mi cuerpo contra el suyo y ella no dijo nada más, solo separó las piernas.

Nos quedamos mirándonos hasta que incliné la cabeza y apoyé mi frente contra la suya. Su respiración era agitada y desordenada, y sentía su corazón a punto de salirse del pecho.

—Quiero más... —Frotó sus pezones contra mí mientras lo decía con un tono travieso y descarado.

Esa mujer siempre fue mi perdición.

—¿Ah, sí? —Rocé mi rostro con el suyo.

—Mmm...

Si eso era lo que quería, eso mismo iba a tener.

La llevé a la cama y la puse boca abajo. Su culo, más que perfecto, se destacó frente a mis ojos y lo agarré con ambas manos.

Hice que se levantara para mí y me arrodillé entre sus piernas. Froté mi glande en su entrada, y ella gimió, girando la cabeza para que pudiera ver sus ojos en blanco.

Jennifer se inclinó más y se movió con intención de provocarme. Ya era difícil resistirse, pero con ella ofreciéndose así, se volvía imposible. Tiré de su culo hacia atrás, nos encajamos, y gemimos juntos cuando empecé a moverme dentro de ella. A cada golpe, sus nalgas vibraban contra mi pelvis. Una visión increíble que solo encendía más mi deseo.

Le sujeté la cintura con una mano y con la otra le tiré del cabello.

—¿Te acuerdas cuando te sentaste sobre mí en la patrulla y dijiste que no quería que te eyaculara porque no querías llegar toda

enchastrada al trabajo? —le susurré al oído, mientras la atraía más hacia mí.

—Me acuerdo... —confesó entre gemidos—. Pero no pares ahora...

—¿Te gusta así, verdad? —Presioné mi cuerpo contra el suyo, clavándola bien profundo.

—Me encanta —confesó entre jadeos.

Todo ese deseo ardiente entre nosotros, el amor que nos teníamos y nuestras hijas eran cosas tan importantes que aún no lograba entender por qué se había ido.

Empezó a contraerse aún más, apretando mi verga con cada gemido. Era delicioso cómo su cuerpo me envolvía, cómo me hacía sentir increíble tener mi piel contra la suya.

La solté solo para volver a agarrarle el culo, abriéndolo bien para penetrarla más profundo, intensificando sus gemidos y los míos. Me comportaba como una bestia hambrienta y ella era mi banquete.

—Malcon... —gemía mi nombre cada vez que chocaba contra su cuerpo—. Ah... Oh... Malcon...

—¿Quieres que pare? —Disminuí la velocidad.

—Oh, por favor, no. —Se restregaba contra mí, pidiendo más, y apenas si esperaba mi siguiente embestida antes de mover su

cuerpo hacia el mío.

La visión de ese culo temblando con cada impacto me estaba volviendo loco. Lo apreté con más fuerza, dejando las marcas de mis dedos mientras me venía el orgasmo por segunda vez.

Jennifer siguió moviéndose contra mí, y me incliné hacia adelante, respirando sobre su nuca mientras deslizaba las manos por sus muslos cubiertos de mi semen y buscaba su clítoris. Empecé a estimularla mientras mi verga aún seguía dentro de ella, y Jennifer se recostó en mi pecho, agitándose por los impulsos provocados por mis movimientos circulares en su punto más sensible.

Se contraía y me apretaba tanto que por poco no me expulsaba de su interior mientras se rendía a oleadas intensas de placer.

Me deleité con sus gemidos más profundos y su respiración entrecortada cuando se entregó por completo, demostrando que también había llegado al clímax.

Había extrañado tanto eso... su cuerpo desnudo contra el mío, el olor a crema de rosas en su piel y tener mi nariz enterrada en su cabello mientras me recuperaba del increíble sexo.

—¿Sigue siendo tan bueno como antes?

—¡Por supuesto! —dijo, mientras se derretía, deslizándose en la cama.

—Entonces...

—Malcon, vamos a dormir. —Se acurrucó en mi pecho y cerró los ojos.

Decidí que, al menos por esa noche, iba a disfrutar del momento de tenerla de nuevo entre mis brazos.



Jennife Dias

Capítulo dieciocho

No había nada mejor en el mundo que despertar con el aroma amaderado de su piel. La sensación de que todo mi mundo podía reducirse a su cariño era incomparable.

Quisiera que pudiéramos volver a ser así: felices…

Que él me hubiera encontrado terminó siendo algo bueno. Sirvió para que uniéramos a nuestras hijas y para que pudiera disfrutar de sus brazos por una noche más.

Pero no podía quedarme allí.

Era tentador y parecía maravilloso poder reconstruir la relación que tenía con Malcon. Sin embargo, quedarme por más tiempo solo aumentaría los riesgos para él y para las niñas.

Necesitaba volver a ser la villana de esa historia y dejarlos una vez más.

En cierto punto, Malcon tenía razón: lo mejor era no volver a separar a Judy y a Jasmine. Las hermanas tenían mucho que compartir y merecían tenerse la una a la otra. No quería ganarme el trofeo a la peor madre del mundo, pero dejarlas con Malcon y bajo el cuidado de los Collins era lo mejor que podía hacer por ellas.

Eso no significaba que mi pecho no doliera, que el corazón no sangrara o que la conciencia no pesara. Aun así, tenía que darles la oportunidad de una vida tranquila, muy distinta a la que yo estaba condenada.

Abrí los ojos con lentitud y me di cuenta de que Malcon me abrazaba en forma de cucharita. No tenía idea de cuánto tiempo había dormido, solo esperaba que nadie en la casa estuviera despierto para verme salir.

Me iban a juzgar, tenían todo el derecho, pero eso no cambiaba lo que tenía que hacer.

Retiré con cuidado el brazo de Malcon de mi cintura y me deslicé fuera de la cama en silencio. Me puse de pie, pero al dar unos pasos, sentí que mi pierna estaba atrapada y el tirón casi me hizo caer al suelo.

Fue entonces cuando noté que había una esposa sujetando mi tobillo al pie de la cama.

—¿Pensaste que ibas a escaparte otra vez en medio de la noche?

Me di la vuelta, sobresaltada, y vi a Malcon sentado, mirándome fijamente.

—¿No entiendes que no puedo quedarme?

—No, la verdad no entiendo —respondió con firmeza—. Lo único que veo es que estás haciendo una gran cagada conmigo y con las niñas.

—No quería tener que irme. —Las lágrimas empezaron a acumularse en mis ojos. Faltaba muy poco para que corrieran por mi rostro.

—Entonces ¿por qué insistes en eso?

—Es lo que tengo que hacer.

—No tienes que hacerlo.

—Si entendieras…

¿Por qué no me dices la verdad y me dejas sacar mis propias conclusiones en lugar de comportarte así? ¿No ves lo harto que me tiene esto?

—Lo siento mucho.

—¡Deja de decir que lo sientes y dime la verdad, carajo! —Perdió la paciencia y me gritó, haciéndome abrir los ojos de par en par.

—Malcon…

—Jennifer, ya basta, por favor.

—Tengo que irme. Por favor, dame la llave de las esposas.

—Te dejo ir si eres honesta y me cuentas la verdad.

—No puedo.

—¡Mierda! —gruñó, aún más furioso—. Solo di la puta verdad. ¿Qué carajos puede ser tan terrible?

—Podrías salir herido, o incluso… —Tragué saliva, horrorizada ante la posibilidad.

—Ya estoy bastante grande y puedo cuidarme solo.

—Pero tienes complejo de héroe.

—Estoy entrenado para eso.

—Solo quiero que estés a salvo. —Volví a llorar, esta vez con más intensidad.

Malcon se estiró y me atrajo de nuevo a la cama junto a él, impidiéndome escapar de ese abrazo.

—Jennifer…

—Tienes que prometerme que no vas a hacer ninguna estupidez.

—¿Más de la que tú ya estás haciendo?

—Por favor…

—Está bien. —Bufó, rindiéndose al final.

No estaba del todo segura de que realmente fuera a comportarse, pero la verdad estaba tan atragantada en mi garganta que tenía que sacarla antes de que me asfixiara.

—Nací en Seattle. Mi madre murió cuando yo tenía tres años y mi padre nunca fue el mejor ejemplo. Muy distinto a lo que tú eres para Judy. Siempre estuvo metido con pandilleros, involucrado en tráfico y contrabando. Varias veces terminé en el consejo tutelar, pero nunca me alejaban de él por mucho tiempo. Cuando yo tenía quince, él perdió un cargamento ante la policía. Eran miles de dólares en pérdidas, y los delincuentes no lo dejaron pasar. Querían algo a cambio, y yo era lo único que mi padre tenía. Así que aceptó entregarme al hijo de uno de los jefes.

—Te violaron… —Malcon lo comprendió por su cuenta y abrió los ojos, completamente impactado.

—No es algo en lo que me guste pensar, y ojalá hubiera sido solo eso.

—Lo siento mucho. —Me abrazó con más fuerza y mi llanto se convirtió en sollozos.

Respiré hondo y reuní el valor para continuar con mi relato.

—Me tomó unos dos meses encontrar una oportunidad para escapar. Ellos se fueron a hacer negocios y me dejaron sola con el personal. La cocinera vieja me dejó escapar junto con la basura. Sabía que tenía que irme lo más lejos posible, y durante estos diez años he vivido como una nómada, de ciudad en ciudad, haciendo trabajos esporádicos para sobrevivir. Cuando me mudé a Fredericksburg y te conocí, pensé que estaba a salvo, que podía

tener una vida feliz y una familia. Ese fue mi error… —me lamenté con pesar.

—Ey, no hay nada de malo en eso. Tuvimos una familia hermosa, éramos felices.

—Sí, lo éramos… —Volví a estremecerme—. Hasta el día en que Nolan entró por la puerta del bar de Billy, buscándome. Entonces me escondí, regresé a casa y apenas tuve tiempo de despedirme de ti y de Judy antes de huir otra vez.

—No tenías que haber huido. Solo tenías que decirme que estabas amenazada.

—No, Malcon…

—Soy el maldito sheriff de este pueblo. Nadie puede venir aquí y llevarse a mi mujer, no importa quién sea.

—No puedes enfrentarlo.

—¡Claro que puedo!

—Justamente eso es lo que quería evitar.

—Es solo un delincuente.

—No… No lo es. Es un jefe de banda, es peligroso, cruel, y cree que le pertenezco. Si Nolan llega a sospechar que estás conmigo… si se entera de la existencia de las niñas… —Volví a llorar, presa del pánico.

—Ey… ey… —Malcon acarició mi rostro—. Yo voy a encargarme de eso.

—No puedes. Solo tienes que mantenerte lejos de él.

—¿Y dejar que te vayas?

—Es lo mejor para todos nosotros.

—Ni de broma.

—Por favor…

—Estuve tres años lejos de ti. ¿No entiendes que no puedo soportar ni un segundo más?

Mi corazón latía con fuerza al escuchar sus palabras y el desespero en su voz.

Lo abracé, hundiendo la cabeza en su pecho, y me permití llorar un poco más. Había sufrido en silencio, enfrentando todo sola durante tanto tiempo que ni siquiera creía que existiera otra manera.

—Solo prométeme que no vas a hacerte daño —le supliqué.

—Si me prometes que ya no vas a huir.

—Únicamente si no hay ningún riesgo.

—Haz lo mejor por mí y por nuestras hijas, por favor.

Terminé asintiendo y volví a abrazarlo.

Quería fingir que Nolan nunca más se acercaría a mí, pero sabía muy bien que no era así.



Malcon Collins

Capítulo diecinueve

Cuando me levanté por la mañana, Jennifer dormía en la cama exactamente como yo quería. Había sido honesto con ella sobre mis sentimientos; ya no soportaba más esa ausencia.

Por más loca que sonara la historia que me había contado, en el fondo parecía bastante coherente para justificar la forma en que había actuado todos esos años: huyendo, usando nombres falsos, siempre escondiéndose.

Yo quería protegerla, asegurarme de que conmigo siempre estaría a salvo, pero para eso necesitaba saber con quién me estaba involucrando. Como buen policía, no podía ir a un enfrentamiento sin un chaleco antibalas.

Apenas salí del cuarto, me topé con mi hermano menor en el pasillo. Me lanzó una mirada llena de indignación.

—No puedo creer que te acostaras con ella después de todo lo que esa perra te hizo. Qué mierda, Malcon.

—Es más complicado de lo que parece, Liam.

—Para mí pareces un idiota.

—Ella tuvo sus motivos.

—¡Ah, claro! —Revolvió sus ojos verdes, completamente incrédulo.

—Hay un tipo detrás de ella. Jennifer lleva diez años huyendo.

—¿Jennifer? ¿Ese es el nombre que te dijo ahora? ¿De verdad te estás creyendo esa historia? Honestamente, hermano, pensé que tú serías el más inteligente.

—Déjame resolver esto.

—No quiero que te vuelvan a romper el corazón.

—Eso espero.

—Okay, estoy cruzando los dedos por ti. —Liam me dio una palmada en el hombro y siguió por la escalera para encargarse de las tareas de la granja, que empezaban temprano.

Me imaginaba que la reacción del resto de mi familia iba a ser igual que la suya: incredulidad total y desconfianza. En el fondo, mi corazón sabía que Jennifer decía la verdad… o al menos, eso era lo que yo intentaba creer desesperadamente.

Tomé mi celular y salí al balcón para llamar a un viejo amigo que era mi contacto en el FBI. Nos habíamos conocido en la universidad y todavía hablábamos de vez en cuando, sobre todo cuando necesitaba ayuda. Para ser sincero, él se había esforzado mucho en ayudarme a encontrar a mi ex.

—¿Malcon? —contestó, tras varios tonos—. ¿Qué tal?

—Bien. ¿Y tú?

—La semana pasada me dio una gripe horrible, pero ya estoy como nuevo.

—Qué bueno, hermano.

—Pero no me llamaste solo para saber cómo estoy, ¿verdad?

—Podría haber sido.

—Lo dudo.

—Quiero que verifiques unas cosas para mí.

—¿Sobre la desaparecida?

—En realidad, la encontré.

—¡Vaya! Qué buena noticia.

—Sí… Hay algunas cosas que ella me contó que…

—Quieres saber si son ciertas.

—Básicamente eso.

—Si está dentro de lo que puedo hacer, lo revisaré para ti.

—Gracias, hermano.

—A la orden. Mándame un mensaje con los datos y veo qué puedo hacer.

—Hecho.

—Hasta luego, que tengas buen día.

—Igualmente.

Oliver cortó la llamada y le mandé los mensajes con la información antes de volver al interior de la casa.

—¿Ella todavía está aquí? —Mi mamá fue quien se cruzó conmigo esta vez, con una expresión de preocupación.

—Sí...

—Mi hijo...

—Sé que no es la noticia que te gustaría oír, pero no quiero que vuelva a escaparse.

—Lo que no quiero, mi amor, es que esa mujer te vuelva a romper el corazón. Lo que pasó no fue bueno ni para ti ni para Judy.

—Voy a asegurarme de que no vuelva a suceder.

—No puedes cargar con todo ese peso tú solo.

—Estoy bien, mamá.

—Espero que así sea. —Asintió con la cabeza y siguió por el pasillo hasta desaparecer de mi vista.

Estaba por entrar al cuarto donde había dejado a Jennifer cuando mi celular empezó a vibrar.

Eran mensajes de Oliver. Para mi sorpresa, mi amigo había conseguido información mucho más rápido de lo que yo imaginaba.

Oliver:

Encontré a un tal Nolan en Seattle. Miembro de una pandilla. El tipo es pesado.

Malcon:

¿Tiene antecedentes?

Oliver:

Sí y no.

Malcon:

No entendí.

Oliver:

Es de esos tipos que siempre tienen a alguien cubriéndoles las espaldas. Siempre se las arregla para librarse de todas las acusaciones.

Está en la lista de crimen organizado, pero nunca han logrado atraparlo de verdad.

Si me aceptás un consejo: lo mejor es que te mantengas bien lejos de ese sujeto.

Malcon:

Gracias.

Oliver:

A la orden, para lo que necesites.

Malcon:

Igualmente.

Dejamos de escribirnos y guardé el celular de nuevo en el bolsillo. Por lo que mi amigo había dicho, ese tal Nolan era peligroso, lo que podría explicar todo el miedo de Jennifer. Pero eso no significaba que la iba a dejar ir.

Me detuve en la puerta del cuarto y la vi moverse en la cama, parpadeando antes de regalarme una sonrisa tímida.

—Hola.

—Hey. —Le devolví la sonrisa.

—¿Dormí mucho?

—No, todavía es temprano.

—¡Qué bueno! —Se estiró en la cama, dejando al descubierto uno de sus pechos debajo de la sábana. Cerré la puerta para que pudiera levantarse, aunque lo que más quería era volver con ella a la cama y meterle la verga todo el día—. ¿Crees que haya muchas posibilidades de que hayan tirado todas mis cosas? Necesito ropa limpia. Dudo que Zoe quiera prestarme algo.

—No tiré nada.

—¿No? —Abrió los ojos, sorprendida.

Negué con la cabeza.

—¿Están en el cuarto?

—Sí.

—¿Podrías traérmelas?

—¿Querés algo en particular?

—Cualquier pantalón y una blusa limpia está perfecto para mí.

—Okay.

—Ah, y también ropa interior.

Asentí y salí del cuarto para ir al mío, donde las cosas de Jennifer seguían en el clóset tal como ella las había dejado. Por más estúpido que pareciera, todavía tenía la tonta esperanza de que volviera a casa como si nada hubiera pasado, aunque mi familia siempre decía que lo más probable era que estuviera muerta.

Parecía que haber conservado sus cosas había valido la pena, porque finalmente ella estaba ahí.

Tomé la ropa y una toalla y se las entregué para que fuera a ducharse.

Quería fingir que nada de eso había pasado y que mi mujer por fin estaba de vuelta, pero en el fondo sabía que no sería tan

fácil. Quería creer en sus palabras, pero si todo era cierto, todos nosotros estábamos en peligro.



Jennife Dias

Capítulo veinte

Salí relajada del baño. La noche anterior había sido la mejor en mucho tiempo. Volver a sentir a Malcon, tocarlo, besarlo… era todo con lo que más había soñado. Y ni hablar del hecho de volver a formar parte de la vida de Judy.

No era como si no amara a mi hija, como muchos seguramente pensaron cuando la dejé. Justamente porque la amaba demasiado no quería que corriera riesgos estando conmigo. Malcon, a diferencia de mi padre, era un gran hombre, alguien que siempre la protegería, cuidaría de ella y le daría lo mejor para que creciera feliz y sana.

Jamás me perdonaría si Nolan llegara a ponerle un dedo encima...

Con Jasmine no tuve opción. ¿Qué iba a hacer? ¿Volver con Malcon solo para entregarle otra hija?

Pero esos dos años fueron un infierno, siempre con el pensamiento de que en cualquier momento Nolan podría alcanzarnos, que ella podría salir lastimada de alguna forma mientras él nos perseguía.

Aunque estaba feliz de poder volver, también tenía miedo de que el demonio que me había atormentado durante tanto tiempo

encontrara esta granja y le hiciera daño a las personas que más me importaban.

Alguien abrió una puerta en el pasillo, cerca de donde estaba, y el susto hizo que diera un salto.

—Ah, todavía estás aquí —murmuró Zoe, y me giré hacia ella con una sonrisa forzada.

—Hola.

—Probablemente Judy tampoco va a ir a clases hoy, ¿no? Ya que tú no te has ido todavía.

—No, es mejor que sí vaya a la escuela.

—¿Entonces quieres despedirte?

No tuve tiempo de responder porque Malcon rodeó mis hombros con el brazo y me atrajo hacia él.

—No, Zoe. Ella no se va a ir.

—Tiene que ser una broma… —soltó su hermana menor, revirando los ojos.

—¡Zoe! —la reprendió Malcon.

—Está bien. —Puse la mano sobre el pecho de él.

Sabía que no sería fácil y que no podía esperar que su familia volviera a confiar en mí de la noche a la mañana.

—Voy a ver si las niñas ya se despertaron. —Pasé entre ellos y me dirigí al cuarto de Judy.

—¡Pero por favor, Malcon! —Escuché que Zoe le gritaba—. Esperaba muchas cosas de ti, menos que fueras tan imbécil.

—Escucha, no es tan simple.

—A mí sí me parece bastante simple. Ella nos dejó a la niña para irse a vivir la vida. Ahora regresa con otra criatura diciendo que también es suya. Solo falta que nos deje a las dos y vuelva a desaparecer...

Entré al cuarto de Judy con esa última frase de Zoe rebotando en mi cabeza.

Eso era exactamente lo que planeaba hacer cuando me levanté en medio de la noche. Iba a dejar a las niñas con Malcon y desaparecer de nuevo. Nolan seguiría mi rastro, pero los tres estarían a salvo.

—¡Mami! —Judy se levantó de un salto de la cama y corrió hacia mí, abrazando con fuerza mi pierna.

—Hola, mi amor. —Me agaché para darle un beso en la cabeza.

—Estoy tan feliz de que volviste.

—Yo también estoy feliz de estar de regreso, mi vida. —Acaricié su cabello rubio y suave.

Nos quedamos abrazadas un rato, sobre todo cuando Jasmine también se bajó de la cama para unirse a nosotras. No había nada mejor que tener a mis dos niñas conmigo, felices y seguras.

—Tienes que prepararte para ir a la escuela —le dije a la mayor.

—Ay, no, mami —protestó.

—No quieres que tu tía Zoe se enfade, ¿verdad? Ya faltaste ayer.

—¿Y tú? ¿Y Jas?

—Nos quedamos aquí, esperándote hasta que regreses.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. —Sonreí y le di otro beso en la frente.

—¡Yupi!

—*Escuola* yo... —murmuró Jasmine, queriendo ir con su hermana.

—Todavía eres muy chiquita, pero pronto podrás ir.

—Ah...

Judy fue a cambiarse y la ayudé. Después llevé a las dos a desayunar, donde ya estaban reunidos los demás miembros de la familia.

Aunque nadie dijo nada más, no pude evitar las miradas atravesadas ni las expresiones de enojo. Eso me encogía el corazón, pero sentía que me lo había ganado.



Malcon Collins

Capítulo veintiuno

Dejé a Jennifer y a Jasmine en casa con mis padres y fui a la comisaría. Más allá del compromiso que tenía con el pueblo, necesitaba entender mejor con qué o con quién podría estar lidiando, si es que realmente tenía que enfrentar a ese tipo.

En parte, Jennifer tenía razón. Había en mí un instinto de superhéroe. Siempre fui alguien que quería proteger a todos, y fue justamente por eso que me negué a dedicarme únicamente a administrar una granja cuando podía cuidar de la seguridad de las personas.

Fredericksburg no era un pueblo con un alto índice de criminalidad, pero al menos la gente me respetaba, y mi presencia hacía que se sintieran más seguros. Quería que mi hija sintiera lo mismo.

Si no podía protegerla, ¿de qué servía esta estrella en mi pecho?

—Buenos días, sheriff —me saludó uno de los oficiales.

—Buenos días, Tonny.

—¿Pudo resolver el problema?

—Sí —respondí, con una sonrisa leve—. Lo resolví.

—Eso es una buena noticia.

—No tienes idea de cuánto —dije, mientras arrastraba mi silla y me sentaba frente a mi escritorio—. Necesito que tú y los demás estén atentos por si aparece un sujeto merodeando por el pueblo.

—¿Se trata de algún criminal, señor?

—Sí.

—¿Debemos informar a los federales?

—Estoy manejando eso con ellos.

—Entendido. Solo tiene que pasarnos la información.

—Lo haré pronto.

Tomé mi celular y le mandé otro mensaje a Oliver.

Malcon:

En cuanto puedas, mándame un expediente más completo sobre ese tal Nolan. Necesito estar alerta, y mis hombres también.

Oliver:

Solo estaba esperando que lo pidieras.

Malcon:

Entonces hazlo, por favor.

Oliver:

Enviando un correo cifrado.

Malcon:

Gracias.

Oliver:

Cuídate.

Malcon:

Lo haré.

Me acomodé en mi escritorio, tratando de relajarme. Después de años buscando a mi chica, por fin la había encontrado y la tenía a mi lado junto con nuestras hijas, pero en el fondo, sentía que nada sería tan sencillo.

Jennifer tenía suficiente miedo como para huir de un lugar a otro y no poder llevar una vida normal. Si el amor que parecía sentir por mí cuando me miraba a los ojos era sincero, ese sujeto debía ser realmente un monstruo para que ella me dejara con nuestra hija.

Una gran parte de mí quería creer en esa historia, aunque la mayoría del pueblo y, especialmente, mi familia pensaran que era un completo idiota por caer en el cuento de esa mujer.

La bartender algo loca nunca pareció la mujer ideal para el sheriff serio del pueblo. Siempre fui un hombre metódico, más

preocupado por la seguridad de todos que por mi propia vida amorosa, hasta el día en que la vi en ese bar.

Jamás, en ningún otro momento, habría entrado a un baño con una chica para tener sexo dentro de una cabina. Yo era del tipo que prefería lugares menos públicos y más tranquilos, pero ella enseguida se mostró como una tormenta que me atraía y envolvía más de lo que podía controlar. Me gustaba eso. Me gustaba ella.

Era impresionante cómo estar con ella me hacía sentir bien, aunque para todos los demás fuera justo lo contrario.

Durante tres años no pude seguir adelante. No hubo un solo día en que no pensara en cómo sería tenerla ahí, conmigo. Les decía a todos que la búsqueda constante era solo para darle respuestas a mi hija, pero en el fondo era por mí, por ese vacío en el pecho que me dejó su ausencia.

—¡Señor! —El oficial se acercó a mí y levanté la mirada para mirarlo.

—¿Qué pasa?

—Hay una pelea en el aserradero.

—Vamos para allá.

Fui a atender la emergencia y dejé que mis pensamientos regresaran un poco al presente.



Jennife Dias

Capítulo veintidós

Abrí el armario de Judy, vi la ropa de mi hija y me sorprendí al darme cuenta de que todo seguía ahí, desde los vestiditos de cuando era bebé hasta la ropa que correspondía a su edad actual. Jasmine no tenía ropa y esperaba encontrar algo que le quedara, y no fue tan difícil como había imaginado al principio.

Elegí algunas prendas y salí del cuarto rumbo al baño, donde mi hija menor estaba sentada en el inodoro, mirando al vacío mientras movía las piernitas en el aire.

—¿Vamos a bañarnos, princesa?

—¿*Ahola*?

—Sí, ahora.

—Nooo...

—¿Por qué no? Siempre te ha gustado la ducha.

—Judy...

—Judy está en la escuela ahora.

—¿*Escuola*...?

—Tú todavía eres pequeña para ir a la escuela, pero quizás el año que viene vayas. —Pasé la mano por su carita y acaricié su cabello rubio, igualito al de su papá. Las dos niñas se parecían tanto

a Malcon—. Ahora puedes darte un baño y esperar a que llegue tu hermana para que jueguen juntas. ¿Qué te parece?

Ella asintió con la cabecita.

Empecé a quitarle la ropa y entré con la pequeña a la bañera blanca del baño. Ya estaba parcialmente llena y mi niña se relajó en cuanto se acomodó en el agua caliente.

Jasmine estaba tranquila y me encantaba verla así. No quería que mis hijas huyeran todo el tiempo. Deseaba que tuvieran un hogar donde crecer protegidas. Podrían decir que era la peor madre del mundo, pero al menos Judy tuvo una buena infancia bajo el cuidado de su padre.

Si Malcon no me hubiera detenido, seguramente me habría ido, dejándolas a las dos con él. Podrán juzgarme por eso, pero era lo mejor para ellas.

En el fondo todavía tenía mucho miedo de que Nolan apareciera y de alguna forma terminara lastimándolas. Era un monstruo sin escrúpulos al que no le importaría en lo más mínimo que fueran solo unas niñas, si con eso lograba hacerme sufrir.

No podía permitir que corrieran ningún riesgo.

Sería mentira si dijera que no deseaba acurrucarme en los brazos de Malcon y olvidarme de todo. La vida de ama de casa, cuidando a mis hijas, era muy atractiva. Ojalá no tuviera un maldito fantasma siguiéndome.

—¿Mamá? —Jasmine me llamó, y fue entonces que me di cuenta de que estaba viendo al vacío con un frasco de champú infantil en la mano.

—Hola, Jas.

—¿*Bano*?

—Sí, vamos a seguir bañándote. —Le puse el champú en la cabeza y comencé a masajearle el cuero cabelludo con suavidad.

Jasmine se relajó y aprovechamos el momento hasta que la enjuagué, la envolví en una toalla, la saqué de la bañera y la vestí con ropa de su hermana.

Emocionada, Jasmine salió del baño dando vueltas y terminó chocando con su abuela, que justo pasaba por el pasillo.

—*Discupa*...

—Está bien, mi amor.

Jasmine le sonrió y su abuela se inclinó para darle un beso en la frente.

—¿Está todo bien? —me preguntó Francine.

Asentí con la cabeza.

—Si necesitas algo, dímelo.

—Gracias.

—De nada. —Asintió y siguió su camino, entrando en uno de los cuartos del pasillo.

Noté que se estaba esforzando por ser al menos un poco amable y servicial conmigo, por el bien de su hijo, pero en el fondo no era del todo sincera. Aun así, sabía que no podía exigir mucho más que eso. La familia de Malcon no estaba equivocada al reaccionar de esa manera; por más que tuviera mis razones, no podía quitarme la culpa de encima.

Sufrí todos esos años pensando en cómo estaría mi hija y cuánto me habría necesitado, pero gracias a Francine y a las otras mujeres de esa casa, sabía que Judy había estado bien cuidada, y eso me tranquilizaba.

Aceptaría con gusto el trofeo a la peor madre del año si eso significara que mis hijas pudieran crecer felices y seguras en un hogar estable que les diera todo lo necesario para tener una buena infancia.

Lamentablemente, yo no tuve eso...

Mi padre era muy distinto a Malcon, y cuando mi madre murió, él se fue deteriorando más y más, arrastrándonos a los dos cuesta abajo, destruyendo su vida y la mía. Aprendí muy temprano que no había nadie que cuidara de mí y que tenía que ser fuerte si quería sobrevivir.

Me las había arreglado bien hasta que conocí a Malcon. Huir y llevar una vida solitaria era más fácil, pero todo cambia cuando tienes una familia.

—Jas, ¿vamos a peinarte el cabello?

Ella asintió con su cabecita.

Mirarla era una alegría, y no podía negar que tener a mis hijas era más que suficiente motivo para mantener la cabeza en alto y seguir adelante, a pesar de todos los desafíos.



Malcon Collins

Capítulo veintitrés

Después de resolver un malentendido entre empleados del aserradero que se estaban acusando mutuamente de robo, seguí en la patrulla hasta el jardín de infantes donde mi hermana menor daba clases y donde estudiaba Judy.

Tenía que admitir que la presencia de mi familia había hecho mucho más fácil el reto de cuidar de una hija. Sería mentira decir que estaba solo, porque ellos no me habían abandonado ni un solo instante.

No creían que la madre de Judy volvería. Para Liam, era posible que incluso estuviera muerta o que solo fuera una estafadora. Yo no estaba tan de acuerdo con eso, ya que mi familia tenía mucho dinero y ella no me había robado ni un centavo.

Idiota enamorado... Eso era lo que Jackson me vivía diciendo. Sin embargo, después de haberse casado y formar una familia, creía que ahora era capaz de entender lo importante que eso era, y que a veces uno tenía que hacer algunos sacrificios.

—¡Papá! —Judy vino corriendo a mis brazos cuando salió por las puertas de la escuela y me vio apoyado en la carrocería del coche.

—¡Ey, mi pequeña! —La levanté en el aire.

Ella rodeó mi cuello con sus bracitos y me abrazó.

—¿Cómo estuvo la clase hoy?

—Bien.

—¿Ah, sí? ¿Qué hiciste?

Ella se mordió los labios y se quedó pensativa un rato.

—Dibujé...

—¿Qué más?

—¿Conté?

—Sí, ¿contaste qué?

—Manzanas, peras, ovejitas...

—Qué bien.

—Estaba aprendiendo sobre conjuntos —explicó Zoe al acercarse, mientras se acomodaba la bolsa en el hombro.

—¿Y cómo le va?

—Tu hija es inteligente.

—Tenía que salir a alguien. —Me encogí de hombros.

—Tiene una buena familia. —Zoe sonrió.

—¡Papá! —Judy tiró de la solapa de mi uniforme para llamar mi atención, obligándome a volver a mirarla.

—¿Sí?

—¿Mamá todavía está en casa?

Su pregunta me inquietó y sentí un nudo en el pecho. *¿Y si volvía a casa y Jennifer ya no estaba ahí?*

—Sí. Está en casa. —Esa frase tal vez fue más para convencerme a mí mismo que a mi hija, porque yo también tenía miedo de volver y no encontrarla—. ¿Vamos a verla?

Judy asintió con la cabeza.

Acomodé a mi hija en su sillita en el asiento trasero de la patrulla, y mi hermana se sentó a mi lado para que pudiera manejar de regreso al rancho.

Esperaba que pudiéramos resolver ese problema y que ya no tuviera que vivir con el miedo de que Jennifer desapareciera otra vez.

Apenas me acerqué a la entrada de la casa, Liam apareció montado a caballo. Bajó del animal y lo guió por las riendas hasta donde estábamos. Mi hermano llevaba una camisa de cuadros empapada de sudor, pegada al cuerpo, y el rostro cubierto por la sombra del sombrero.

—¿Creés que así vas a llamar la atención de las mujeres? —me burlé.

—No tenés idea de cuánto. —Me guiñó un ojo y me hizo reír.

Mi hermano y yo, aunque físicamente nos parecíamos, teníamos personalidades completamente distintas. Mientras Liam era fiestero y mujeriego, yo prefería una buena copa de vino en la terraza del rancho.

—Vamos, papá. —Judy me tomó de la mano y me arrastró hacia el interior de la casa. No era el único ansioso por comprobar si Jennifer seguía allí.

Apenas entramos a la sala, una sonrisa se dibujó en mi rostro al ver a Jasmine jugando con su prima Lara y a Jennifer cuidando de las dos niñas.

—¡Mamá! —Judy fue corriendo hacia ella, como si no existiera espacio para el resentimiento en ese pequeño corazón.

—Hola. —Me acerqué.

—Ey. —Ella levantó la cabeza del hombro de nuestra hija para mirarme.

—¿Cómo estuvo el día?

—Todo tranquilo por aquí. —Me regaló una sonrisa leve—. ¿Y en tu trabajo?

—También tranquilo.

—Eso es bueno.

—Sí.

El ambiente entre nosotros era extraño, como si hubiera algo que necesitáramos decir pero ninguno lograra encontrar las palabras. Hasta que me incliné y toqué sus labios con los míos en un beso breve que la hizo sonreír cuando me separé.

Quería que todo esto fuera más fácil para los dos, pero habíamos pasado demasiado tiempo separados como para fingir que podíamos retomar desde donde lo dejamos. Ambos habíamos enfrentado muchas cosas y superado varios desafíos durante todo ese tiempo alejados.

—Judy —Jasmine llamó a su hermana, levantando una muñeca, y las dos empezaron a jugar con su prima.

Para mí, ese era un momento único, y deseaba que siempre fuera así.

Mi madre se sentó en el sofá a tejer, y la dejé al cuidado de las niñas antes de tomar a Jennifer del brazo y llevármela conmigo.

—¿Qué pasa? —preguntó, cuando estábamos en la terraza trasera de la casa.

—Solo quería un momento a solas.

—Ah, qué bueno... —Sonrió, rodeando mis hombros con los brazos y acercando su rostro al mío.

—Extrañaba estos momentos. —Pasé los brazos por su cintura y la atraje hacia mí.

—No tienes idea de cuánto.

—No, no tengo.

—¡Malcon! —Desvió la mirada, algo molesta por lo que había dicho.

—Pero es verdad. Tendrías que haber vuelto conmigo. Para empezar, ni siquiera tendrías que haberte ido.

—No es tan simple.

—Creo que es mucho más simple de lo que parece.

—¿Ves? —Dejó caer las manos y se alejó unos pasos de mí.

—¿Qué? —Fruncí el ceño, algo confundido.

—No lo entiendes.

—Creo que tal vez aún no lo has entendido. Jennifer, te quiero y siempre te protegeré.

—Ojalá fuera tan simple. —Se abrazó a sí misma como si una ráfaga de viento la hubiera hecho sentir frío, aunque no había ninguna.

—¡Pero lo es! —exclamé, y ella solo negó con la cabeza.

—Hoy estuve haciendo unas preguntas sobre el tipo que dijo que te estaba siguiendo.

—Malcon, no hagas eso... Por favor. —Su tono suplicante no fue suficiente para hacerme desistir.

—Solo quiero entender con quién estoy tratando.

—Es un hombre extremadamente peligroso. Eso es todo lo que necesitas saber.

—Le hice algunas preguntas a un contacto en el FBI...

—Sé que quieres sacarme de esto... —Ella se encogió aún más.

—¡Por supuesto que quiero!

—Solo no olvides que tenemos dos hijas, Malcon, y ellas te necesitan.

—También necesitan a su madre. —Fui firme—. ¿Creés que estos años fueron fáciles para Judy?

—No fue eso lo que quise decir.

—Entonces, por favor...

—Solo no quiero que ellas corran riesgos.

—No los van a correr. —Toqué su rostro con suavidad y Jennifer soltó un suspiro.

—Ojalá fuera tan simple...

—Shh... —Sostuve su rostro con ambas manos y lo acerqué al mío.

Quería que dejara de alejarse de mí, y no estaba dispuesto a aceptar ninguna excusa para que desapareciera de mi vida otra vez.

La amaba, y lo único que quería era que estuviera a salvo, cerca de mí.



Jennife Dias

Capítulo veinticuatro

Malcon sabía cómo ser seductor, y no había nada más irresistible que cuando me hacía creer que ya no tenía por qué tener miedo. Pero yo aún era muy consciente de la verdad: no solo estaba arriesgando mi vida al estar cerca de ellos.

Quería que ellos salieran ilesos, que estuvieran a salvo y protegidos.

Malcon llevó mi rostro hacia el suyo y no quise pensar en nada más que no fuera el sabor delicioso de sus labios y la manera en que sentía que me derretía con la presión alocada de sus manos en mis caderas.

Mordisqueó mi labio inferior y me apreté más contra su cuerpo, sintiendo cómo mis pezones se endurecían bajo la copa del sostén. A medida que Malcon fue dejando un camino de besos por mi cuello, me estremecí con un escalofrío.

—Ah... —Un gemido apagado se escapó de mis labios cuando me presioné aún más contra él, movida por una necesidad loca—. ¿El granero sigue en el mismo lugar?

—Sí, ¿por qué? —preguntó, extrañado por mi pregunta.

—Vamos para allá.

—¿Por qué no adentro de la casa?

—No quiero que nos escuchen.

—Está bien.

Bajó la mano hasta tomar la mía y me guió a través del pasto hasta que estuvimos frente a un enorme galpón con puertas de madera. Allí guardaban los suministros de la granja y todo lo que necesitaban para mantener el lugar funcionando.

Malcon abrió el cerrojo y me metió adentro. Estaba oscuro, algo sofocante y con olor a polvo, pero no me importó. No era la primera vez que estábamos ahí.

—¿Estás segura de que no prefieres un lugar más cómodo?

—Shh... —Esta vez fui yo quien lo silenció—. Y tráeme tu boca de vuelta.

Amaba demasiado a ese hombre, y la decisión de dejarlo no había sido nada fácil. Ojalá pudiera quedarme en sus brazos para siempre y olvidarme del mundo.

Di unos pasos hacia atrás hasta ver un saco de lino detrás de mí. Había una pila, probablemente contenían insumos agrícolas, pero no me importó antes de dejarme caer sobre ellos.

—¡Estás loca! —Malcon soltó una risa y yo lo tomé por el cuello del uniforme para que se uniera a mí.

Volvimos a besarnos, y mientras mi lengua se entrelazaba con la suya, me sentía la persona más feliz del mundo.

Sus manos grandes y pesadas se metieron dentro de mi blusa y pronto empezaron a subírmela. Levanté los brazos y dejé que la prenda cayera por ahí, en algún rincón de ese galpón.

Mi pecho subía y bajaba con rapidez, con una necesidad cada vez más desesperada por ese hombre.

Antes de conocer a Malcon, vivía rodeada de traumas y pensaba que mi cuerpo era solo una herramienta para que hombres más fuertes abusaran de mí. Pero con él me sentía increíble, y sabía que era exactamente lo que más deseaba.

Sus dedos recorrieron mi espalda, provocando un leve cosquilleo hasta que encontró el broche del sostén. Cuando me lo quitó, su boca fue directo a uno de mis pezones y yo arqueé el cuerpo hacia atrás, sumergida en esa sensación intensa.

Comencé a gemir mientras una de sus manos subía por mi vientre para alcanzar el otro pecho.

La sensación de necesidad entre mis muslos se volvía más urgente. La pulsación era frenética y solo podía pensar en abrir las piernas para rodear su cintura.

Me retorcía por el placer que su boca, su lengua y sus manos me provocaban. Malcon saboreaba y jugaba con mis tetas de una forma que solo lograba volverme aún más loca.

Mordisqueó uno de mis pezones mientras sus dedos se metían dentro del elástico de mi pantalón, bajándolo de golpe junto con la ropa interior.

Sentí el lino y la aspereza de los sacos bajo mi cuerpo mientras Malcon me besaba y acariciaba.

—Ah, estás tan excitante —gimió con la boca en mi oído, provocándome aún más.

—Tú también. —Volví a besarlo mientras mis dedos recorrían el cuello de su camisa y bajaban hasta los botones, abriéndolos lo más rápido que pude.

Solo quería frotarme contra él, mientras sentía su erección entre mis piernas. Su bulto, aún cubierto, estaba siendo presionado contra mi vulva, tan ansiosa. Esa pulsación que no me dejaba en paz hasta que por fin fuéramos uno solo.

Le quité la parte de arriba de su ropa y Malcon terminó de desvestirse, arrojándola a algún rincón, y presionó su pecho desnudo contra el mío. Jadeé, sintiendo las palpitaciones, y busqué su boca con más ferocidad.

Sus manos deliciosamente fuertes volvieron a recorrerme, apretando mis muslos, delineando mi cuerpo y dibujando mis curvas.

Ese pantalón suyo ya me estaba volviendo loca. No dudaba que el cierre de su cremallera estuviera húmedo por mi necesidad.

—¡Quítatelo! —Suplicaba entre jadeos, tirando de su ropa—. Sácate el pantalón ya.

Malcon rió y se alejó para obedecerme.

Yo lo rodeé con las piernas y me froté contra su verga dura.

—¿Lo deseas? —se burló de mí.

—Sí... —La voz se me quebró en los labios.

Malcon apoyó una mano en los sacos y con la otra se posicionó en mí. Gemimos juntos ante la sensación deliciosa de estar conectados. Cuando Malcon comenzó a moverse, yo levantaba la cadera para que entrara más profundo. Nuestros gemidos llenaban aquel galpón de madera mientras el sexo nos envolvía.

En momentos como ese, era prácticamente imposible imaginar una vida sin Malcon.

Agarró mi culo con una mano y embistió con más fuerza, haciendo que pusiera los ojos en blanco y me estremeciera con cada estocada.

Salió de mí y yo me quejé.

—No...

—¡Date la vuelta!

Haría cualquier cosa por esa voz ronca y grave.

Obedecí su orden, apoyando las manos en uno de los sacos y arrodillándome sobre otro. Malcon me agarró del cabello, tirando de mí hacia atrás, y me montó como si fuera uno de sus caballos. Cuando se posicionó encima, volví a gemir. Solo quería que no parara de moverse, que siguiera chocando su cuerpo con el mío. Con una mano en mi pelo, sujetó mi cintura con la otra para mantenerme completamente a merced de sus movimientos.

Estaba disfrutando cada segundo.

Habían pasado tres años sin sexo. Tres malditos años sin su olor, su sudor, su calor, su piel, sus nalgadas.

—¡Ah! —gemí aún más fuerte, cuando me pegó en el culo con una de sus manos.

Me arqueé un poco más, dejándolo ir más rápido, más rápido... El mundo se detuvo por completo, suspendido, hasta que el placer me barrió por completo y me dejó sin aire. Caí hacia adelante, sintiendo las oleadas mientras mi cuerpo se contraía.

No tardó en acabar él también. Sentí sus dedos apretarme con más fuerza mientras me derramaba su semen.

Rodé hasta quedar boca arriba, recuperándome de ese momento delicioso.

—Pensé que ya habíamos dejado de tener sexo en lugares raros —comentó al acomodarse a mi lado.

—No creo que tengamos que dejarlo.

—¿Ah, no? —Alzó una ceja.

—No tenemos porqué renunciar a lo que nos hace bien.

—En eso tienes toda la razón.

—¡Pues sí! —Me removí—. Ahora necesito un baño.

—¿Qué tal si vamos al arroyo?

—¿Al arroyo? —Me sorprendió su propuesta.

—A menos que tengas prisa por volver.

—No tengo.

—Perfecto.

Apenas se levantó, fui a buscar donde había dejado mi ropa y me sorprendió que Malcon encendiera el triciclo. Ni siquiera se molestó en vestirse, simplemente me tendió la mano, desnudo.

—¡Ven!

—¡Estás loco!

—¡Vamos ya! —Rió fuerte.

—Nos van a ver.

—Ya oscureció y todos están dentro de la casa.

—¿Estás seguro? —Yo todavía dudaba.

—¿No confías en mí?

Por supuesto que confiaba en él, con todo mi corazón.

Asentí con la cabeza, y él insistió con la mano hasta que la tomé.



Malcon Collins

Capítulo veinticinco

La tomé de la mano y la hice acomodarse detrás de mí en la moto antes de acelerar y salir del granero. Siempre decían que detrás de cada persona había una dosis de locura, y yo sospechaba que, en mi caso, esa locura medía un metro sesenta y tenía el cabello castaño.

Estar con Jennifer era desafiarme y volverme loco, y al mismo tiempo era donde encontraba justificación para las cosas más incomprensibles de mi vida.

El arroyo quedaba a dos kilómetros de la casa y normalmente íbamos a caballo. Era un lugar donde los animales bebían agua y jugaban. Además, ese sitio era clave para mantener el abastecimiento de casi todo el rancho.

Estaba oscuro, pero unas pocas luciérnagas hacían que el ambiente se sintiera hasta romántico.

Apagué el motor y Jennifer fue la primera en bajarse.

—Ha pasado mucho tiempo..

—Bastante… —La abracé por detrás y olí su cuello, viendo cómo se le erizaba la piel.

—Ah, Malcon… —gimió mi nombre en voz baja y presioné mi erección contra su culo.

Acabábamos de tener sexo en el granero, pero yo ya me sentía listo para otra vuelta. Era como si aún quedara mucho tiempo perdido por recuperar.

—Es tan bueno estar de vuelta. —Sonrió al girar el rostro hacia mí.

—No tienes idea de cuánto.

—Te amo. —Me sostuvo el rostro con ambas manos.

—Yo también te amo.

Volví a rodear su cintura y pronto nuestras bocas se encontraron. Tenía la intención de que nadáramos un poco, pero parecía imposible que siquiera llegáramos al arroyo.

—¡Malcon!

Le mordí la boca para que se callara y Jennifer se estremeció. Mis manos volvieron a recorrerla. Tan suave y delicada...

Ella también me tocó, acariciando mi abdomen y bajando un poco más…

Fue mi turno de gemir cuando sus dedos delicados rodearon mi miembro, provocándome pequeños chispazos.

—Jen... —Dejé de hablar cuando se inclinó para besarme el cuello.

Me mordió, luego dejó unos chupetones y fue bajando con las manos y los labios por mi pecho hasta que se arrodilló frente a mí.

Le sonreí al agarrarle el cabello y acercar mi verga a sus labios. La excitación volvió a envolverme cuando esa boca perfectamente suave me dio un beso provocador, antes de que su lengua, tan húmeda y caliente, comenzara a lamerme.

Con una expresión traviesa que me volvía loco de deseo, me sostuvo con los dedos y me la chupó. Apreté un poco más su cabello, animándola a seguir mientras su presión sobre mí solo aumentaba.

Empecé a gemir, tirando de su cabello mientras ella hacía movimientos de vaivén con la boca.

La luz de la luna no era intensa, pero bastaba para dejarme ver la curva de sus tetas mientras me complacía de rodillas, de la mejor forma posible.

Era difícil contenerme con esa boca tan húmeda y caliente, con esos labios tan increíbles.

Le jalé el cabello hacia atrás e hice que se detuviera antes de acabar en su boca. No quería que terminara tan pronto.

También me arrodillé, la empujé hacia atrás y la hice recostarse sobre el pasto. Sujeté sus muslos suaves y coloqué mi cabeza entre ellos, porque ahora me tocaba a mí probarla. Inhalé su

aroma y ella tembló, hasta que le abrí bien las piernas y lamí su punto más sensible, haciéndola arquearse.

—¡Malcon! —gritó mi nombre, delirando cuando empecé a provocarla con la lengua.

Le di pequeñas palmadas, lamí y froté. Sin ninguna vergüenza al chuparla de la mejor manera posible. No es que fuera virgen cuando nos conocimos, pero con ella aprendí a arriesgarme y, en consecuencia, a sentir más placer.

Le metí un dedo en el canal húmedo, que todavía tenía restos de mi semen, y ella se contrajo aún más.

—¡Malcon!

Cuando noté que estaba por acabar, reemplacé mis dedos por mi verga, disfrutando de las contracciones de placer de su interior. Empecé a moverme sobre ella, guiado por la fricción deliciosa de nuestros cuerpos, y pronto ya estábamos gimiendo.

Más rápido, más fuerte, la presionaba contra el pasto hasta que su cuerpo dio señales de que había alcanzado otro orgasmo, y enseguida me uní a ella.

La besé con una sonrisa, mientras necesitaba un momento para recuperar el aliento.



Jennife Dias

Capítulo veintiséis

Volví a la casa de los Collins un poco tambaleante, con el cuerpo y el cabello parcialmente mojados por el baño en el río. Probablemente iba a necesitar otro más tarde, pero no me arrepentía de ni un solo segundo.

Había olvidado lo mágico que era ser la chica de Malcon. Sentir su protección, sus besos, su cuerpo...

Después de todo el trauma por el que había pasado, él logró resignificar el sexo para mí.

—Ahí viene la parejita —murmuró Liam, y yo me sentí un poco incómoda.

Me preguntaba si su familia estaría molesta por nuestra desaparición, pero dejé de pensar en eso cuando vi a alguien sentado en el sofá de la sala, tomando una taza de té como si fuera lo más normal del mundo.

—No... —empecé a murmurar, dando unos pasos hacia atrás.

—¿Jennifer? —Malcon puso la mano en el centro de mi espalda—. ¿Qué pasa?

—No lo puedo creer...

Me quedé completamente paralizada en ese momento, como si mi sueño se hubiera transformado en una pesadilla.

—¡No!

—¡Jennifer! —Malcon estaba preocupado, hasta que sus ojos se dirigieron hacia el sujeto.

No podía ser posible...

La única explicación lógica para eso era que estuviera atrapada en medio de una pesadilla terrible. Pero parpadeé, me pellizqué, y aun así la imagen del demonio sentado en el sofá de los Collins no desapareció.

—¿Qué hace ese tipo aquí? —preguntó Malcon, mientras yo seguía completamente paralizada, sin poder decir ni pensar nada.

—Dijo que necesitaba hablar contigo, hijo —respondió Francine como si no hubiera ningún motivo para alarmarse. Claramente, la matriarca de los Collins no tenía idea del lobo que había dejado entrar en su propia casa.

—¡Sheriff! —Nolan se levantó y caminó hacia nosotros—. Por fin lo conozco. Tiene unas hijas hermosas...

—Será mejor que se mantenga bien lejos de ellas —dijo Malcon, en una postura totalmente defensiva. A pesar de que yo nunca le había mostrado una foto de mi acosador ni nada parecido, parecía saber muy bien quién tenía delante.

—No son ellas las que quiero. —Movió la cabeza y clavó sus ojos en mí, haciéndome temblar de pies a cabeza. Sentí un escalofrío recorrerme la espalda y me encogí.

Por reflejo, Malcon extendió un brazo y me protegió con él, colocándose entre ese sujeto y yo, como un muro.

—¿Por qué no conversamos los tres en un lugar más tranquilo?

—Será mejor que te largues de mi rancho.

—¿Malcon, qué está pasando? —Su padre por fin notó que algo andaba mal.

—No es nada —respondió Nolan, esquivando el tema—. Solo vine a hablar con el sheriff.

—Afuera —dijo Malcon, señalando con la cabeza hacia la puerta.

—Mejor así. —Con una sonrisa siniestra, Nolan estuvo de acuerdo y salió por la misma puerta por la que acabábamos de entrar.

Malcon fue tras él, pero antes de que yo pudiera seguirlos, extendió una mano hacia mí en señal de alto.

—Quiero que te quedes aquí con las niñas.

—Por favor, no...

—Déjame resolver esto.

—Es peligroso.

—Confía en mí.

Salió y yo me quedé ahí, congelada, con una sensación horrible atorada en la garganta, como si estuviera a punto de vomitar.

—A esto era a lo que le tenía miedo —dije, mientras las lágrimas comenzaban a acumularse en mis ojos.



Malcon Collins

Capítulo veintisiete

—No sé qué clase de loco eres, pero no deberías meterte en mi casa ni amenazar a mis hijas.

—No estoy amenazando a nadie, mi estimado sheriff. Al menos no por ahora.

—Entonces, será mejor que te largues de mi rancho y de mi pueblo.

—No mientras siga con algo que me pertenece.

—No tengo nada tuyo.

—Sabes muy bien que eso no es cierto. —Estiró el cuello como si intentara mirar por la ventana a las personas que estaban en la sala.

—Ella no es una propiedad que puedas venir a reclamar como si fuera tuya. No funciona así.

—Parece que tenemos opiniones distintas al respecto.

—Tu opinión me importa una mierda. No puedes venir aquí a exigir nada, mucho menos a Jennifer.

—¿Por fin volvió a usar su nombre verdadero? —Se rió de una forma que me dio aún más rabia.

—Eso no tiene importancia.

—¿Cuánto tiempo crees que va a tardar en salir corriendo de ti? Porque eso es exactamente lo que ella hace.

—Las circunstancias son distintas.

—¿Seguro? —Soltó una risita por la comisura de los labios.

Quisiera poder decir que ese tipo no me provocaba escalofríos, pero todo lo que Jennifer me había contado sobre él bastaba para que lo odiara y me diera asco. Tenía unas ganas inmensas de matarlo solo de pensar en lo que le había hecho cuando ella tenía apenas quince años.

—Vamos a resolver esto de forma pacífica, sheriff. Me la entregas y no tendrás que volver a verme.

—Tengo una idea mejor: desaparece de mi pueblo y mantente bien lejos de nosotros.

—No va a ser tan simple. —Su sonrisa se desvaneció.

—Sería lo mejor para todos.

—Deberías saber con quién te estás metiendo. —Esa amenaza disfrazada, seguida de un sutil movimiento en su chaqueta para mostrarme el arma escondida en la cintura, no fue suficiente para asustarme.

—Creo que tú eres el que no sabe con quién se está metiendo. —Saqué pecho con una valentía que Jennifer y mi madre probablemente considerarían bastante estúpida.

—Debo admitir que eres valiente, sheriff, pero yo no arriesgaría tanto por alguien como ella, especialmente cuando tienes a tanta gente que proteger.

—¿Estás amenazando a mi familia?

—Para quien sabe leer, con media palabra basta.

—Entonces espero que entiendas bien esto y te largues de una vez —dije con un tono más firme al ver que una patrulla se acercaba por el horizonte, y enseguida mis dos oficiales bajaron del vehículo y caminaron hacia el balcón donde estábamos.

—¿Todo bien por aquí, sheriff?

—Sí, ¿no es así? —Miré al tipo con una postura más desafiante—. Este hombre ya se estaba yendo.

—¿Quiere que lo escoltemos hasta el pueblo?

—Por favor.

—No hace falta. —El hombre se encogió de hombros—. Conozco bien el camino.

Ese sujeto podía sonar tan amenazante como quisiera, pero en el fondo no era completamente idiota. Si intentaba hacer algo contra mí, no saldría ileso teniendo a otros dos policías armados presentes. El problema era que dudaba mucho que eso fuera a mantenerlo lejos por mucho tiempo.

Se dirigió a un auto que estaba estacionado en la entrada del rancho, uno que no había notado antes, y encendió el motor.

—¿Quiere que lo vigilemos, sheriff? —preguntó uno de los oficiales.

—Por favor.

—Lo haremos.

—Pero tengan cuidado, es alguien muy peligroso.

—Entendido. —Asintieron y volvieron a la patrulla mientras yo entraba a la casa, donde mi familia estaba en pánico en la sala porque Jennifer no dejaba de llorar.



Jennife Dias

Capítulo veintiocho

Con los ojos hinchados y pesados de tantas lágrimas, levanté la mirada cuando escuché el sonido de la puerta de la sala, encontrándome con Malcon entrando. Él parecía intacto, pero eso no era suficiente para calmarme.

—¡Por Dios! —Francine se acercó a él—. ¿Puedes explicarme qué está pasando aquí?

—El tipo ya se fue. —Malcon se encogió de hombros como si no tuviéramos nada de qué preocuparnos, pero yo sabía que no era así.

—¿Vinieron tus policías? —preguntó Lincoln a su hijo.

—Sí, gracias por llamarlos, papá.

—Pensé que necesitarías ayuda.

—¿Pueden decirme quién es ese hombre? —insistió Francine.

—Ella no es la única que quiere saber. —Liam intervino.

Por suerte, Zoe había captado la tensión del momento y llevó a las tres niñas a jugar al piso de arriba para que no absorbieran la situación ni se asustaran con las expresiones y los gritos de los adultos.

—Él es el motivo por el que Jennifer está huyendo —resumió Malcon, lo que solo dejó a todos más confundidos.

—¿Qué? —Mi madre abrió los ojos sorprendida.

—Solo faltaba que ella ya estuviera casada —murmuró Liam.

—No es nada de eso. —Tuve que calmar los ánimos de todos y conté brevemente la historia que Jennifer me había contado.

—¿Y crees en eso? —Liam no se andaba con rodeos.

—¿Por qué no habría de creerlo?

—Tal vez ella esté aliada con ese tipo en algún plan loco.

—¡Habla en serio, hermano! —Malcon puso los ojos en blanco.

—Liam, no compliques las cosas —intervino el padre.

—Entonces, ¿quiere decir que hay un criminal persiguiéndonos por su culpa? —Francine dio unos pasos vacilantes hacia atrás, y su esposo la sostuvo con miedo de que se cayera.

—Nunca quise que pasaran por esto. —Me levanté, frotándome los ojos y limpiando las lágrimas.

—Ahora es un poco tarde para decir eso, ¿no?

—¡Liam! —gritaron Malcon y su padre al mismo tiempo.

—No podemos dejar que la familia corra riesgos —Lincoln dijo lo que era evidente.

—Claro que no —Malcon estuvo de acuerdo.

—Tengo que irme otra vez. —Por más que me partiera el corazón, era lo más sensato—. No debería haber dejado que se acercara tanto a ustedes.

—Ni siquiera debiste haberte involucrado con mi hermano desde un principio —murmuró Liam, y recibió una mirada furiosa de parte de Malcon.

—No vas a ir a ningún lado. —Malcon dio unos pasos hacia mí y tomó mis manos entre las suyas.

—Necesito irme.

—Ya te dije que voy a arreglar esto.

—Puede que venga con refuerzos y no se vaya solo por dos policías la próxima vez, sin contar las amenazas contra el resto de la familia. Malcon, por favor...

—Jennifer, escúchame. Las niñas te necesitan, yo te necesito, no voy a dejar que huyas otra vez.

—Pero... —Volví a llorar, con lágrimas pesadas corriendo por mis ojos.

Era obvio que quería quedarme. Fue la peor decisión de mi vida, dejarlo a él y a Judy. Sin la posibilidad de volver a ver a mi hija ni al hombre que amaba, pero sabía que no había otra opción que dejarlos a salvo y evitar que ese monstruo se acercara a ellos.

Estaba segura de que no había otra elección que pudiera tomar para mantenerlos a salvo.

—Sé que no entiendes. —Miré a Malcon por unos instantes y luego me giré hacia la familia—. Y que el resto de ustedes me ve como una persona horrible que dejó a su propia hija. Pero lo que quería era que estuviera a salvo. Además, sabía que Malcon iba a hacerse el héroe y acabaría lastimándose en todo esto. No quería que eso pasara bajo ninguna circunstancia. Así que, por favor, déjenme ir.

—Ella tiene razón —dijo Liam.

—¡Cállate! —El resto de la familia lo reprendió.

—No vas a ningún lado —Malcon fue firme conmigo.

—¿Y las niñas? ¿Y tú?

—Lo solucionaremos.

—¿No entiendes que no es tan fácil?

—¡Soy sheriff! ¡Y mi hermano es el maldito gobernador del estado! Eso debería ser útil para algo.

—¿Pero qué pasa si no lo es? ¿Y si Nolan aparece aquí y lastima a alguno de ustedes? ¿O si pasa algo peor...?

—Vamos a resolverlo.

Estaba tan asustada que ni siquiera podía pensar con claridad. Para mí, no había otra manera, pero era fácil dejarme

seducir por la idea de vivir feliz con él y con nuestras hijas de nuevo, como fue antes de que tuviera que huir. Aquellos años en que estuve con Malcon fueron mágicos. El sexo, el cariño, el descubrimiento del embarazo y el nacimiento de Judy, habían hecho que mi vida valiera la pena. Solo que debía saber que nada duraría para siempre conmigo. Estaba condenada a una vida de miedo.

—Ven aquí. —Malcon me atrajo hacia él.

—Tengo miedo. —Lloré con la cabeza en su pecho—. Las niñas, tú...

—Vamos a estar bien.

Quisiera estar tan segura de eso como él.

Nos quedamos así por un rato hasta que me aparté de él y subí corriendo las escaleras hacia el cuarto donde las niñas estaban con la tía.

Me detuve en la puerta y me froté los ojos hinchados para intentar ocultar un poco el llanto.

—¡Mamá! —Se levantaron del suelo de goma y corrieron hacia mí, rodeando mi cintura con sus pequeños brazos.

—Hola, mis amores. —Me incliné para besar la parte superior de sus cabezas.

Me arrodillé y las mantuve en mis brazos. Quería que ese momento se congelara, con ellas así de seguras.



Malcon Collins

Capítulo veintinueve

—¡Solo puedes estar volviéndote loco! —Liam se alejó, moviendo la cabeza en señal de negación.

—¿Crees que simplemente puedo dejarla ir otra vez? —Apreté los dientes, molesto.

—¡Creo que sí!

—¡Ah, vete al diablo, Liam! —Empujé su pecho con fuerza, haciendo que retrocediera, tambaleándose.

—Pueden dejar de pelear ustedes dos —gritó mi madre—. No es momento para estar discutiendo.

—¡Malcon debe estar volviéndose loco!

—Entiendo la necesidad de tu hermano de protegerla —dijo mi padre.

—¿Pero va a poner a todos en peligro por eso?

—Tiene que haber una forma de solucionar esta situación —pensé.

—Entonces, creo que será mejor que la encuentres pronto. —Liam dio la vuelta y subió las escaleras, pisando fuerte, para encerrarse en su habitación.

Mis padres se quedaron mirándome. Pero antes de que dijeran algo, la puerta de la sala se abrió y nos giramos de golpe. Justo a tiempo para ver a Cora y Brendon.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó mi hermana, mirando de un lado a otro, tratando de entender las caras de todos.

—Tenemos un gran problema que resolver —resumió mi padre.

—Apuesto a que tiene que ver con esa... —Mi hermana frunció el ceño.

—Cariño, creo que no es el momento para eso —comentó su esposo.

—Vamos a ver a nuestra hija. —Ella tomó la mano del hombre y ambos subieron también.

—¿Vas a llamar a tu hermano? —preguntó mi madre.

—Sí, y también al FBI.

—Hazlo —aceptó mi padre—. No dejes que tu emoción te controle, hijo. Es una situación muy complicada.

—Lo sé, papá.

Saqué mi celular del bolsillo y me quedé mirándolo por unos momentos antes de marcarle a Oliver.

Mi amigo no tardó en responder mi llamada.

—¡Malcon, ¿todo bien?! —Por su tono, supe que ya sospechaba que algo estaba mal.

—No como me gustaría.

—¿Qué pasó?

—Nolan apareció aquí en el rancho haciendo amenazas.

—¡¿En serio?! —Estaba sorprendido.

—Lamentablemente, sí.

—¡Qué mierda! ¿Qué pasó?

Le resumí lo sucedido y le conté que se fue cuando llegaron mis policías.

—¡Esto es muy grave!

—Sí. —Moví la cabeza de un lado a otro.

—¿No crees que sería necesario una medida protectora para alejar a ese hombre?

—Sé honesto, Oliver, ¿crees que sería suficiente?

—Probablemente no.

—Entonces... necesito más que eso.

—Hablaré con algunos colegas de narcóticos y de crímenes organizados para ver qué podemos hacer para ayudar, pero te aconsejo que tengas mucho cuidado.

—Lo sé...

—Sé que tienes recursos, yo pensaría en algún tipo de seguridad privada en lugar de esperar medidas legales.

—Ya había pensado en algo así.

—No dejes que la suerte decida por ti. Veré qué puedo hacer.

—Gracias, amigo.

—A ti.

Colgó la llamada y traté de marcarle a mi hermano de inmediato, pero Jackson no atendió al principio. Pensé que podría estar ocupado y le dejé un mensaje.

Malcon:

Necesito hablar contigo.

Pasaron unos veinte minutos antes de que me respondiera.

Jackson:

¿Es urgente?

Malcon:

Sí.

Poco después, mi hermano me llamó.

—¿Qué está pasando?

—Encontré a la madre de Judy.

—Eso es una buena noticia.

—Sí, pero no es por eso por lo que te estoy llamando.

—¿Qué necesitas? —Mi hermano mayor fue directo al grano.

—Refuerzo en la seguridad de la zona.

—¿Por qué?

—Ella está siendo perseguida por un tipo que apareció en el rancho haciendo amenazas.

—¡¿Qué?!

—Eso es lo que escuchaste.

—¿Cómo están nuestros padres? ¿Nuestras hermanas, los niños...?

—Están todos bien.

—¿Cómo se involucró con ese tipo?

—Es una larga historia, pero ella está huyendo de ese hombre desde los quince años.

—¿Y lo contó ahora?

—Sí...

—Hablaré con el comandante de policía y enviaré refuerzos, pero ten cuidado.

—Gracias, Jackson.

—A ti, y mantén a todos a salvo.

—Lo haré. —Colgué la llamada y noté que mi padre se acercaba a mí.

—Hablé con un viejo conocido que sirvió en Afganistán. Su hijo tiene una empresa de seguridad y nos enviará algunos hombres.

—Gracias, papá.

—Por favor, Malcon, no hagas nada imprudente.

—No te preocupes, papá.

—Bien.

Crucé miradas con mi madre antes de subir las escaleras al segundo piso en busca de Jennifer y mis hijas.

Las encontré acostadas en la cama, acurrucadas con la madre. No estaba seguro si dormían. Me apoyé en el marco de la puerta y me quedé mirándolas. Por más miedo que tuviera Jennifer, sabía que podría ignorar todo esto, solo para que ellas nunca más se separaran.

Por mucho que mi madre y hermana hubieran hecho un buen trabajo, Judy había sufrido mucho por la ausencia de su madre. ¿Cuántas noches se había dormido tarde, llorando, queriendo saber dónde estaba su madre?

No podía permitir que volviera a pasar por eso. Ni yo quería seguir viviendo sin ella. Por mucho que mi familia no lo entendiera, Jennifer era el amor de mi vida, y tres años más sin ella serían el final para mí.

Jennifer se movió en la cama, abrió los ojos, se estiró y me miró.

—Hola.

—Hola —murmuró, con voz suave.

—¿Cómo estás?

—Tensa.

—Pasará.

—Eso espero.

—¿Y las niñas?

—Ya se quedaron dormidas.

—¿Les dijiste algo?

—No, pero saben que algo está mal.

—Son muy inteligentes.

—Demasiado. —Sonrió ligeramente y se acercó un poco más —. Tienen algo de su padre.

—Un poco de la mezcla de los dos.

—Tal vez...

La tomé por la cintura y la hice acurrucarse contra mí. Ella descansó la cabeza en mi pecho, respiró profundo y dejó que el aire escapara lentamente.

—Todo va a estar bien. —Incliné la cabeza y aspiré su cabello suave.

—Ojalá pudiera estar segura de eso.

Le levanté el mentón y la hice mirarme a los ojos.

—¿Confías en mí?

—Sí, claro...

—Entonces, déjame a mí resolverlo.

—Eres muy bueno en todo, Malcon. Eres valiente y audaz, pero esta situación es mucho más complicada. Entiende que no quiero perderte.

—Creo que quien no entiende eres tú, Jennifer. —Mi tono firme hizo que ella abriera los ojos más, para verme mejor—. Yo tampoco quiero perderte. Parece que no comprendes lo difícil que ha sido para mí estar sin ti. Judy sufrió mucho, pero no fue la única.

—Pensé que tal vez nunca más querría verme. —Tragó saliva y miró a las niñas dormidas en la cama.

—Eres su madre, Jennifer.

—Pero yo la abandoné. —Sollozó.

—Ella es muy pequeña para guardar rencor y sabe que lo mejor para ella es que tú estés de vuelta.

—Es cierto...

—¿No quieres estar con ellas?

—¡Claro que sí!

—Entonces, quédate.

Volvió a tragar saliva.

Me abrazó con fuerza y apoyó la cabeza en mi pecho por mucho tiempo. Yo levanté una mano y le acaricié el cabello, y nos quedamos en silencio.

Quería que su regreso fuera menos problemático, pero lo importante era que ella estaba ahí, y no podía dejar que se fuera otra vez.



Jennife Dias

Capítulo treinta

Después de la cena nos acostamos a dormir y yo quería que fuera más fácil simplemente cerrar los ojos y no preocuparme por lo que podría pasar con Malcon y las niñas. Era obvio que extrañaba a Judy, no quería tener que dejarla, ni a su padre, pero para Jasmine había sido terrible estar huyendo conmigo. Al menos su hermana mayor tenía un hogar seguro, con personas que la cuidaban y la amaban. Eso me tranquilizaba.

Siempre que pensaba en mi hija, me convencía de que estaría creciendo bien y a salvo. Era mi mayor consuelo.

Me senté al borde de la cama, pasándome las manos por el cabello y empujándolo hacia atrás. No lograba cerrar los ojos sin imaginar a Nolan confrontando a Malcon. Por más valiente que fuera mi sheriff, el maldito jugaba sucio y no le importaba a quién tuviera que destruir para lograr sus objetivos.

Moví mis piernas y me di cuenta de que, esta vez, no estaba atada a la cama. Salí del cuarto y me dirigí al de las niñas.

Abrí la puerta tratando de no hacer ruido. Judy se movió en la cama junto a su hermana y me quedé quieta hasta estar segura de que estaba dormida. Me acerqué y acaricié el rostro de cada una de ellas.

Eran tan lindas...

Con la luz que entraba por la ventana, me levanté y vi los porta retratos. Había algunas fotos de Judy cuando era pequeña, y otros momentos en los que no estaba con ella. Cumpleaños, cuando empezó a hablar...

Sabía que había hecho falta, lo sabía. Pensaba en lo horrible que fue para mí perder a mi madre y tener que crecer sin ella. Tal vez no habría caído en las manos de Nolan si ella hubiera estado allí para protegerme. Claro, Malcon no era un padre terrible como el mío, pero tener a una madre era importante.

A pesar de todo, aún no veía una luz al final del túnel.

—Mamá... —Judy se movió y se sentó en la cama.

—Hola, hija.

—¿No te vas a ir?

Me acomodé al borde de la cama y la atraje hacia mí, besando su cabeza y haciéndola recostar en mi regazo.

—No me voy, hija.

—¿Lo prometes?

—Sí... —Quería decir que era fácil cumplir esa promesa con el pecho tan apretado.

—Por favor... —Ella rodeó mi cuello con sus bracitos y yo le devolví su abrazo.

—Estoy aquí, mi amor. —La llené de pequeños besos y la abracé fuerte contra mi pecho. Sabía que el momento juntas no podía reparar los tres años que la había dejado, pero solo quería que se sintiera bien.



Malcon Collins

Capítulo treinta y uno

Desperté por la mañana, toqué el espacio vacío a mi lado y resoplé.

—¡Jennifer!

Me senté en la cama, mirando de un lado a otro, y me puse la camisa antes de salir del cuarto a buscarla.

Escuché algunas risas infantiles y me dirigí al cuarto de Judy. Las tres estaban sentadas en el suelo, jugando con muñecas.

—¡Papá! —Se emocionó Judy al verme.

—Hola, princesa. ¿Están divirtiéndose con mamá?

—Sí, ella está jugando con nosotras.

—Qué bien. —Le acaricié el cabello y mi hija se apartó, volviendo a jugar con su hermana.

—Ah, ¿cuánto tiempo has estado aquí? —le pregunté a Jennifer.

—Bastante.

—Cuando desperté y no estabas en la cama...

—Necesitaba estar con ellas. —Me interrumpió con una sonrisa.

—Entiendo. Es importante para nuestras hijas.

—Sí.

Fue un alivio darme cuenta de que simplemente no se había ido.

La dejé allí y fui al cuarto a tomar una ducha y ponerme mi uniforme para ir a la comisaría. Aunque no estaba seguro de que fuera a salir de casa ese día. Necesitaba asegurarme de que no solo Jennifer y mis hijas, sino también toda mi familia, estuvieran a salvo.

Bajé a la sala y me encontré con mi padre leyendo el periódico. Lo cerró para mirarme y dejé escapar un largo suspiro mientras me acomodaba en la silla frente a él.

—¿Cómo estás?

—Ojalá estuviera tranquilo. —Solté un largo suspiro mientras me inclinaba hacia adelante.

—Esos son los desafíos de la vida, hijo mío.

—Tal vez no deberían ser así.

—Hay muchas cosas que no quisiéramos que fueran así.

—Es cierto... —Moví la cabeza en señal de acuerdo—. Las niñas no deberían pasar por esto.

—Ni tú.

—Parece difícil escapar.

—Eres bueno en eso.

Escuchamos un golpe en la puerta principal de la casa y mi padre se levantó, pero extendí la mano para que esperara. No quería que mi padre se arriesgara con una visita inesperada, sobre todo después de lo que había sucedido el día anterior.

Me toqué la cintura al darme cuenta de que no llevaba mi arma y dudé en abrir la puerta, pero lo hice de todos modos.

Miré por el ojo de la mirilla y vi a tres hombres fuertes del otro lado de la puerta. Iban mal vestidos y me dieron miedo.

—¿Qué está pasando? —preguntó mi padre.

—Hay algunos tipos raros.

—Creo que son los guardaespaldas.

—¿De la empresa de tu amigo?

—Sí.

Confié en la palabra de mi padre y abrí la puerta.

—¿Quiénes son ustedes?

—Somos seguridad de Gladiador. Nuestro jefe nos envió aquí a pedido del señor Lincoln Collins.

—¡Ah, claro! —Mi padre me tomó por el hombro para darles paso—. Pueden entrar.

—Gracias. ¿Usted debe ser Lincoln Collins?

—Exactamente.

—Es un placer.

—El placer es todo mío.

—¿Ya están al tanto del caso? —Fui directo al grano, interrumpiendo el momento cordial.

—Solo nos informaron que necesitan seguridad.

—Vamos a la biblioteca —indicó mi padre, haciendo un gesto para que lo siguiéramos.

Estaba serio, observando todo con mucha cautela, y no podía evitarlo. Las vidas de mis hijas, de la mujer que amaba y de toda mi familia estaban en riesgo. Sin dudas, ese era el momento más tenso de mi vida, incluso después de tantos años como sheriff.

El tranquilo pueblo de Fredericksburg no solía verse afectado por este tipo de situaciones. Las peleas y disputas de tierras eran los problemas más comunes, pero siempre lograba manejarlas de la mejor manera posible. Quería que esta vez fuera tan simple, pero no podía subestimar los años de terror que Jennifer había vivido, ni todos los avisos que me dio Oliver.

Si ese tipo volvía a tocar a mi puerta, debía estar preparado para enfrentar lo que fuera.

Mi padre se acomodó en una silla y yo me quedé de pie a su lado mientras los otros hombres se pusieron frente a nosotros,

analizándonos mientras trataban de entender mejor la situación en la que los habían involucrado.

Expliqué, sin entrar en demasiados detalles, el involucramiento de Jennifer con el tal Nolan y el hecho de que nos estaba rodeando, queriendo llevársela. Subrayé que era peligroso y que debían tener mucho cuidado, especialmente con las personas que vivían en esa casa.

—El rancho es muy grande, no podemos cubrir toda el área con vigilancia física, pero podemos colocar cámaras y sensores de movimiento para ayudarnos a monitorear, además de quedarnos en la casa y seguir a algunos de los habitantes cuando salgan. También necesitamos concienciar a todos para que estén seguros. Y tal vez más refuerzos cuando sepamos exactamente con quién estamos tratando y toda la fuerza que él pueda intentar usar —dijo un hombre, que imaginé era el líder de los tres.

—Mi hermano enviará refuerzos para patrullar el pueblo.

—Perfecto.

—Ya hay algunas cámaras en el rancho, pero vamos a añadir más para cubrir todo el territorio con mayor precisión —aseguró mi padre.

Ni siquiera pensé que no quería que esos tipos estuvieran allí, entrando en mi casa y haciendo cambios, porque eran un mal

necesario y mientras Nolan siguiera siendo una amenaza, no podían irse.



Jennife Dias

Capítulo treinta y dos

Quería mucho quedarme allí y sabía bien todos los esfuerzos que Malcon estaba haciendo para que eso fuera posible. Estaba agradecida, principalmente por la oportunidad de volver a estar cerca de Judy y permitir que mis hijas crecieran juntas, pero no podía evitar la presión incómoda en mi pecho y el escalofrío que subía por mi espina dorsal, empujando a mi estómago a revolverse.

Había huido por mucho tiempo y alimentado demasiado miedo como para creer que existía una vida diferente a esa, y que podría confiar en que todos estaríamos bien. Tenía una historia de vida terrible donde los finales felices parecían imposibles.

Pero Malcon siempre cambiaba todo...

Cuando puse mis ojos en ese hombre por primera vez, vi cómo entraba al bar, se acercaba a la barra y se quitaba el sombrero de ala ancha para mirarme. Sentí mi corazón detenerse y mi boca secarse. Él solo había pedido una dosis de tequila, pero yo era capaz de ofrecerle cualquier cosa.

¿Cómo podía un hombre tan guapo y perfecto como él siquiera tener ojos para mí?

Pero los tuvo, y nos involucramos, proporcionándome los momentos más felices de mi vida y dos hijas.

El día en que lo dejé a él y a Judy, me fui con el pecho sangrando y el corazón en la mano, pero sabía que no había alternativa; para que ellos estuvieran seguros, tenía que irme. En ese momento, Malcon estaba preocupado por convertir el rancho en una fortaleza para que pudiera quedarme con él y las niñas. Eso solo me daba un millón de motivos para amarlo, pero aún así me sentía culpable.

—Mamá, ¿me arreglas el cabello? —Dejé de mirar al vacío cuando vi a Judy cerca de mí, tirando de mi blusa y ofreciéndome un peine.

—Claro, mi amor. —Le sonreí ampliamente. Extrañaba esos momentos en los que me dedicaba a mi hija.

Ellas tenían el cabello largo, liso y rubio, que habían heredado de su padre, lo que hacía que fuera mucho más fácil de cuidar.

—¿Vamos al sillón?

Ella asintió con la cabeza.

Jasmine aún estaba dormida y no me molesté en despertarla. Podía descansar un poco más.

Arreglé a Judy, pasé el peine por su cabello y luego comencé una trenza que había aprendido durante el tiempo que trabajé en un salón de belleza, uno de los muchos trabajos que hice para sobrevivir.

—¿Tienes una liga?

—Ahí, mamá. —Señaló hacia la cómoda.

—Gracias.

—De nada.

Mi sonrisa se hizo aún más grande. Judy era una niña tan linda y sonriente que me llenaba de orgullo. Aunque estaba segura de que mi ausencia había hecho mucha falta, estaba muy agradecida de que tuviera un excelente padre que había hecho, y aún hacía, un gran trabajo para que ella creciera bien y segura.

—Listo. —Le masajeé los hombros después de terminar la trenza.

—Gracias, mamá.

—De nada, hija.

—Es tan bueno tenerte aquí.

—Me encanta estar aquí. —La abracé tan fuerte como pude. Estar allí con mi hija, sin dudas, era uno de los mejores momentos de mi vida.

—Mamá... —Jasmine se levantó de la cama, adormecida.

—Buenos días, hija.

—Día...

—Aún está despertando. —Comentó Judy.

—Sí. —Me reí—. Puedes quedarte quietecita aquí y esperar a mamá. —Le pedí a la más pequeña.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Vamos con tu tía? —Le ofrecí la mano a Judy, quien asintió con un movimiento de cabeza.

Bajé con la mayor hasta la sala, donde la tía las esperaba para ir juntas a la escuela. Zoe no me dirigió la mirada más amistosa del mundo y sabía que iba a tomar tiempo, si es que alguna vez podría recuperar la confianza en esa familia. Sin embargo, a pesar de las miradas y expresiones de juicio, no había nada que me hiciera más feliz que estar allí.

Los Collins para mí eran un ejemplo, personas que siempre admiré. A pesar de todos los recursos y la fortuna que tenían en el rancho, aún se preocupaban por los demás y se dedicaban a hacer de Fredericksburg un pueblo mejor. No había nadie en ese lugar que no los viera con buenos ojos.

Eran una familia muy diferente a la que yo tuve, pero de la cual me enorgullecía al menos seguir de cerca.

—Ella necesita comer algo antes de ir a la escuela —dije, al mirar a la más pequeña.

—¿No le diste nada aún? —refunfuñó.

—Estaba peinando su cabello.

—Ya es tarde.

—No es tarde, tía —murmuró Judy, tratando de defenderme.

—Yo esperaré aquí —dijo, encogiéndose de hombros.

Fui con mi hija hasta la cocina y preparé una tostada con mermelada y leche para que pudiera comer. A diferencia del mal humor de la tía, Judy siempre me miraba sonriendo, lo que calentaba mi corazón. Podría haber fallado mucho como madre, pero ver que mi hija estaba feliz solo por tenerme allí me motivaba a hacerlo mejor.

—Ve con tu tía, que yo voy a arreglar a tu hermana.

Judy asintió con la cabeza, saltó de la silla y fue hacia la sala, donde Zoe la esperaba.

Subí nuevamente, viendo a Jasmine sentada al borde de la cama, moviendo los pies de un lado a otro mientras me esperaba.

—¿Vamos a cepillarnos los dientes? —Extendí la mano para ella, que saltó de la cama para acompañarme al baño del pasillo.

—¿Y Judy? —preguntó, inclinando la cabeza al buscar a su hermana.

—Ella ya se fue a la escuela, podrán jugar juntas más tarde.

—*Escuola... quielo.*

—Pronto podrás ir, solo necesitas esperar un poquito más, ¿está bien?

—Sí.

La ayudé a cepillarse los dientes y a cambiarse el pijama por ropa limpia que aún estábamos usando del armario de su hermana mayor, ya que Jasmine no tenía muchas pertenencias. Era prácticamente imposible acumular cosas cuando tenía que huir todo el tiempo y nunca sabía si podría quedarme en un lugar, pero en ese momento esperaba que todo fuera diferente.

Cuando bajamos al primer piso de la casa, vi a Malcon saliendo de la biblioteca, seguido por su padre y tres hombres de mirada ruda. Jasmine se asustó y se escondió detrás de mí.

—¿Quiénes son esos tipos? —Me atreví a preguntar.

—Son de una empresa de seguridad, van a cuidar la seguridad del rancho —explicó Malcon.

—Ah... —Aunque imaginaba que algo así era necesario, me sentí un poco incómoda.

—Están aquí para la seguridad de todos —dijo Lincoln.

—Lo sé.

—¿Están bien? —Malcon se acercó más cuando su padre y los hombres se dirigieron en otra dirección.

Jasmine estiró el cuello para mirar a su padre.

—Estamos bien.

—Solo no quería que tuvieran que pasar por todo esto.

—No es momento para lamentarse.

—Tienes razón. —Me esforcé por sonreír y traté de deshacerme del peso incómodo que sentía sobre mis hombros—. Muchas gracias por todo lo que estás haciendo por mí, Malcon.

—No es solo por ti. —Sostenía mi mentón y me obligó a mirarlo—. Es por nosotros. ¡Por mí y por nuestras hijas!

Mi sonrisa se amplió cuando se inclinó y tocó mis labios con los suyos.

—Hubiera sido mucho más fácil si me hubieras contado todo antes, en vez de huir.

—Era la única forma que veía para protegerlos.

—Lo entiendo, aunque no lo comparto.

—Lo siento por todo lo que te hice pasar. —Parpadeé varias veces, intentando evitar que las lágrimas salieran—. Sé que no fue fácil.

—No lo fue, pero ya pasó. Es mejor mirar hacia lo que podemos cambiar.

—Tienes toda la razón.

—¿Cómo estás, princesa? —Se inclinó para mirar a su hija, y Jasmine sonrió, estirando los bracitos para que la tomara en brazos.

—*¡Escuola!*

—Ella también quiere ir a la escuela —le informé a Malcon.

—Hablaré con Zoe, tal vez podamos encontrar un lugar para ella.

—¿No crees que es demasiado pronto?

—Judy iba a la escuela cuando tenía su edad, creo que no será un problema.

—Está bien, entonces. Gracias.

—Ahora tengo que ir a la comisaría, pero los guardias se quedarán aquí. ¿Puedes no salir del rancho por ahora? No quiero que corras riesgos innecesarios.

—Estaré bien aquí.

—¡Perfecto!

Me dio un último beso rápido y me entregó a Jasmine antes de irse.



Malcon Collins

Capítulo treinta y tres

Tan pronto como llegué a la comisaría esa mañana, vi algunas patrullas de la policía estatal detenidas en la puerta, esperando, pero no eran las únicas. También había algunas personas del pueblo, acumulándose allí, curiosas. Me encantaba Fredericksburg, pero si había algo negativo de vivir allí era que las noticias corrían muy rápido, y solo sería cuestión de tiempo para que todos comenzaran a hacer preguntas, tratando de entender lo que podría estar sucediendo. Solo esperaba que eso no significara un riesgo para el resto del pueblo.

—¡Sheriff! —dijo uno de los policías, acercándose a mí tan pronto como bajé de la patrulla.

—¡Hola!

—Venimos a pedido del gobernador.

—Justo los estaba esperando. Entremos todos a la comisaría. —Hice un gesto con la cabeza para que me siguieran.

Eran una docena de policías, mucho más de lo que aquel pequeño pueblo solía ver reunidos, lo que solo alimentaría aún más los rumores.

—Bienvenidos a mi comisaría —dije, cuando mis oficiales se levantaron de sus mesas para observar a los forasteros.

—Soy el sargento Kyle. —Uno dio un paso al frente y me extendió la mano—. Soy el responsable de estos hombres.

—Muchas gracias, sargento. Me alegra que hayan venido.

—Siempre es un placer servir, señor.

Asentí con un gesto de cabeza antes de que él fuera directo al grano.

—¿Con qué estamos lidiando, sheriff?

—Un criminal de Seattle.

—¿Algún tipo de asesino en serie o algo así?

—No, pero tiene varias sospechas sin acusaciones por estar involucrado en el crimen organizado de su ciudad de origen.

—¿Qué lo hizo decidirse a operar en Texas? Es un desplazamiento de recursos muy grande. Además, ya existen milicias y pandillas bien establecidas aquí, lo que sin duda generaría una disputa de poder.

—Él no está operando aquí, al menos no hasta donde yo sé. Vino detrás de mi esposa.

—¿Cómo es eso? —El sargento frunció el ceño, confundido.

—Jennifer nació en Seattle y fue negociada por su propio padre cuando tenía solo quince años, y este hombre cree que tiene derecho sobre ella.

—Entonces, estamos lidiando con un acosador aquí.

—Sí, armado y altamente peligroso.

—Entiendo.

—Señor —pronunció otro policía—. No sé si es el caso, pero soy estudiante de derecho y creo que podríamos recurrir al fiscal del Estado. Tal vez para una medida de protección...

—Ya he pensado en eso —murmuré—. Creo que un hombre como ese no respeta la ley, posiblemente no respetaría ese tipo de orden judicial, y no estoy dispuesto a correr el riesgo para asegurarme.

—Entiendo.

—Tal vez no sea posible procesarlo aquí, pero quién sabe, con un trabajo conjunto con la policía de Seattle, el criminal podría ser arrestado por violación. Eso, si su esposa está dispuesta a testificar y podemos reunir pruebas que corroboren su historia.

—No lo sé... —murmuré en voz baja. No era algo en lo que había pensado, pero al mismo tiempo no me parecía una tarea tan sencilla.

—Veremos qué podemos hacer —comentó el sargento.

Asentí.

Sabía que, aunque esto pareciera una misión prácticamente imposible, debía mantener la cabeza fría y pensar racionalmente

para asegurarme de que nadie a mi alrededor resultara herido y que Jennifer siguiera a salvo.



Jennife Dias

Capítulo treinta y cuatro

Estaba sentada en el sofá observando a Jasmine jugar con su prima Lara. La pequeña era más joven que mi hija, pero parecía que se estaban divirtiendo mucho.

Quedarme sentada, mirando al vacío y esperando que el tiempo pasara, no era nada fácil. Quería decir que no estaba volviéndome loca poco a poco con toda esa situación, pero estaba segura de que Malcon tenía razón. No había nada mejor para hacer en ese momento que mantenerme a salvo.

No tenía ningún poder para enfrentar a Nolan sola, así que había aprendido que mi mejor estrategia era huir. Si no lograba atraparme, no podría hacerme daño. Pero la verdad era que, aunque estuviera lejos de él, seguía siendo una sombra constante que me perseguía y me robaba la paz.

Me sobresalté cuando escuché un golpe en la puerta de la sala y me removí en el sofá.

—¿Quién será? —comentó Francine, distraída con su bordado.

—No lo sé.

—Voy a ver quién es. —La mujer se inclinó para levantarse, pero extendí la mano para tratar de evitarlo.

—¿No crees que es mejor esperar?

—¿Por qué? No voy a ser prisionera en mi propia casa. —Caminó hacia la entrada y yo contuve la respiración.

Lidiar con eso no era nada fácil.

—Ah, puede entrar.

Estiré el cuello y vi a una mujer de edad similar a la madre de Malcon, caminando junto a Francine hacia dentro de la casa, hasta que se acercaron a mí y a las niñas.

—Entonces, es cierto que volviste. —Me miró de pies a cabeza, dejándome aún más incómoda.

Solo moví la cabeza afirmando.

—Hace algunos días —aclaró Francine.

—Ah, entonces debes saber por qué ha aumentado la vigilancia en el pueblo.

—¿Ha aumentado? —Francine fingió no entender.

—¿No sabes?

—Lo consultaré con mi hijo.

—Pensé que era por algún criminal peligroso.

—¿Criminal peligroso? Estamos en Fredericksburg.

—Por eso mismo. Siempre ha sido un pueblo tranquilo y pacífico, pero los tiempos están cambiando y eso nos pone alerta.

—Estoy segura de que si hay algún problema del que el pueblo deba preocuparse, mi hijo lo dirá —aseguró Francine.

—Claro que sí. —La otra mujer sonrió forzadamente. No tenía muchas opciones, pero al final aceptó—. Traje una bandeja de pastel de manzana para ustedes.

—Muchas gracias, Grace.

—De nada. —Asintió con la cabeza y me hizo un gesto—. Bienvenida de nuevo.

Antes de que pudiera agradecer, Francine la guió hacia afuera de la casa, y respiré con un suspiro de alivio cuando la vecina desapareció de mi vista.

—Amo a la gente de este pueblo, pero siempre hay quienes disfrutan de una buena charla de chismerío —dijo Francine, cuando regresó.

—¿Cuánto tiempo crees que tomará para que todos sepan que esto tiene que ver conmigo?

—Si yo fuera tú, no me preocuparía por los chismes del pueblo.

—Lo siento... —Bajé la cabeza.

—Eso no cambia nada. Solo espero que no hagas sufrir a mi hijo de nuevo después de todo lo que ha hecho por ti.

—No lo haré.

—Espero que no.



Malcon Collins

Capítulo treinta y cinco

—¿Cómo vamos a manejar los rumores del pueblo, sheriff? —preguntó uno de mis hombres, cuando ya estábamos por terminar nuestra jornada.

—Les diremos que no hay nada de qué preocuparse.

—¿Y si eso no es suficiente?

—Tendrá que serlo. No necesitan hacer especulaciones sobre el maníaco que está persiguiendo a Jennifer. Eso podría poner en peligro la seguridad de todos, y eso es algo que ninguno de nosotros quiere, ¿o sí?

—No, señor.

—Perfecto.

—Mantendremos esto entre nosotros por ahora y solo diremos que estamos en una operación conjunta con la policía estatal. Los chismosos de siempre tendrán que conformarse con eso.

El policía asintió con un gesto de cabeza y yo quedé satisfecho con nuestra conversación.

—Vamos a casa, compañero. —Le di una palmada en el hombro—. Todos necesitamos descansar un poco.

—¿Me llama si necesita algo?

—¡Claro que sí!

—¡Buenas noches, sheriff!

—¡Buenas noches, oficial!

Caminé hasta mi patrulla, que estaba estacionada en la entrada de la estación, y me despedí de los otros oficiales que se quedaban en la pensión del pueblo. Fredericksburg era tan pequeño que ni siquiera tenía espacio para albergar un gran contingente de policías.

Conduje de vuelta al rancho, estaba solo en la patrulla cuando sentí que alguien me seguía. Miré hacia atrás y solo vi la polvareda levantada, probablemente por mi propio vehículo. Lo último que necesitaba en ese momento era ponerme paranoico.

Había asumido una posición en la que las situaciones de riesgo y que requerían mi rapidez para reaccionar debían ser frecuentes. Me había formado con otros oficiales y tenía bastante experiencia hasta llegar allí. Eso debía ayudarme a mantener la calma y el enfoque.

Quería recuperar a Jennifer, y en ese momento no podía dejar que todo se me escapara de las manos.

Pasé por las puertas del rancho y observé las cámaras en la parte superior, vigilando el movimiento del vehículo. Toda esa seguridad no era necesaria antes, pero no podía tentar al destino.

Cuando estacioné en la entrada, vi a uno de los hombres que mi padre había contratado en la terraza, observando el movimiento, aunque parecía estar mirando al vacío. A veces tenía la sensación de que no necesitábamos tanta seguridad, que el tal Nolan ya había regresado a su casa y que no representaba una amenaza, pero no podía aflojar hasta estar completamente seguro de eso.

Pensé que tal vez sería bueno contratar a un investigador privado para que siguiera de cerca a ese tipo y monitoreara sus pasos, para no ser tomado por sorpresa. Era algo que probablemente haría.

Saludé al guardia con un gesto de cabeza y entré a la casa. Todo estaba extrañamente silencioso, excepto por el sonido de la televisión donde mi padre miraba un partido de béisbol.

—¿Cómo te fue hoy, hijo? —Se acomodó en la silla para mirarme.

—Los oficiales que Jackson envió ya están en el pueblo.

—¡Eso es genial!

—Sí.

—¿Algún rastro de ese sujeto?

Negué con un movimiento de cabeza.

—Tal vez ya se haya ido.

—Eso es todo lo que más quiero.

—Solo no bajes la guardia tan pronto.

—Lo prometo. —Asentí—. ¿Dónde están todos?

—Cora fue a Dallas a ver un espectáculo con su esposo y Liam está en un rodeo, fue con Zoe y su mamá.

—¿Y Jennifer?

—Está con las tres niñas arriba.

—¿Cora no protestó por dejar a Lara con ella?

—Quizás no lo sepa. —Mi padre se encogió de hombros y me hizo reír.

—Voy a verlas.

—Está bien.

—¿No quisiste ir al rodeo?

—Creo que ya estoy un poco viejo para esas cosas.

—Nunca es tarde para divertirse, papá.

—Tal vez.

Sonreí y subí las escaleras, siguiendo las risas y voces de las niñas hasta encontrar a Jennifer con las tres jugando con muñecas en el cuarto de Judy, en el suelo de goma.

—Hola, chicas. —Me asomé por la puerta.

—¡Papi! —Judy se levantó y corrió hacia mí, la hermana dejó la muñeca y se tropezó un poco al intentar hacer lo mismo.

Me agaché y las tomé en mis brazos.

—¿Cómo están mis dos princesas?

—Bien —respondió Judy.

—¿Cómo te fue en la escuela hoy?

—¡Bien! Mis compañeros ya saben que mi mamá volvió a casa.

—¿De verdad?

—Sí.

Aunque me preocupaba que esa noticia se difundiera, sentía que no podía detenerla y que no era solo por mi hija de cinco años.

—Voy a dejar que sigan jugando. —Las puse nuevamente en el suelo y sonreí a Jennifer, que me miraba fijamente—. Voy a darme una ducha.

Las niñas asintieron y volvieron a jugar.

Entré en mi cuarto, me quité el uniforme, sentía un peso sobre mis hombros, pero pensaba que desaparecería pronto cuando la situación se resolviera. A pesar de lo angustiante que era este momento, el solo hecho de tener a Jennifer de vuelta hacía que todo valiera la pena, aún más después de descubrir que teníamos otra hija.

Desnudo, me metí bajo la ducha y abrí el grifo, dejando que el agua caliente cayera sobre mi cuerpo, llevándose un poco de la tensión y permitiéndome relajarme. Respiré varias veces antes de estirar la mano y tomar un frasco de champú para masajear mi cuero cabelludo.

Estaba completamente distraído hasta que sentí dedos delicados deslizándose por mi pecho y rodeando mi torso por detrás.

—Jennifer...

—Hola. —Suspiró, con su cabeza sobre mi espalda—. Ya puse a las niñas a dormir.

—¿Ah, sí? —Me di vuelta y la tomé por la cintura, pegando su cuerpo desnudo y mojado por el agua contra el mío.

—Sí...

Incluso con el agua dificultándome mantener los ojos cerrados, observé su cuerpo y la curva de sus tetas apretadas contra mi pecho.

—Estás tan buena... —dejé escapar en un tono más travieso.

—¿Lo estoy? —Se hizo la desentendida.

—Sabes que sí.

—Hum... —gimió, apartando la mirada y haciendo una leve escena que no hizo sino excitarme aún más.

Le rodeé la cintura con una mano y le agarré el pelo, tirando con fuerza de los mechones hasta que oí un grito y acerqué su boca a la mía, entrelazando nuestras lenguas de forma feroz y salvaje. Su gusto por el peligro y la adrenalina era quizás algo que me había atraído, incluso inconscientemente.

Giré sobre mí mismo hasta apretarla contra los azulejos de la ducha. Jennifer gimió contra mis labios y deslicé las manos por su cuerpo, recorriendo sus tetas redondas y húmedas y sus curvas hasta que volví a agarrarle el culo. Se frotó contra mí al mismo tiempo que mi boca se deslizaba por la línea de su cuello y mordisqueaba la base de su garganta.

—Malcon... —gimió mi nombre.

La saboreé mientras quería verla embriagarse con mis toques y caricias.

Volví a apretar una de sus tetas, sintiendo todo el volumen en mi palma mientras mi boca saboreaba su cuello. Con la otra mano, hundí los dedos en su culo y el contacto solo hizo que mi verga palpitara aún más. Había un deseo latente en ella que me volvía completamente loco.

Me arrodillé, le rodeé la cintura con las manos y la obligué a levantar un muslo. Sujetándola, miré su vulva mojada por la ducha antes de acercar mi boca. Asenté la cabeza entre sus muslos y lamí

el agua que goteaba antes de abrirme paso entre sus labios vaginales mayores y presionar su clítoris.

Jennifer dejó escapar un gemido más fuerte y se echó hacia atrás, apoyando la espalda contra la pared de azulejos y rodando ligeramente mientras yo la lamía y chupaba. Se frotaba cada vez más fuerte contra mí mientras se me hacía la boca agua al disfrutar de su sabor.

Con una mano en su muslo y la otra en su nalga, controlé sus movimientos para que no se escapara del alcance de mi boca. Oía su placer y el hecho de estar allí, arrodillado, practicándole sexo oral en plena ducha también me excitaba mucho.

—Malcon...

Bailé con mi lengua sobre su clítoris, chupándolo ligeramente y dándole unas cuantas caricias, atento a cada una de sus reacciones hasta que me incorporé.

—Date vuelta —le ordené con tono firme, haciéndola girarse y colocar las manos sobre los azulejos.

Jennifer no necesitó que le diera una orden para sacar el culo todo lo que pudo y frotarlo contra mi verga, resbaladiza por el agua, para volverme aún más loco. Le di una bofetada que la hizo salpicar.

Coloqué mi miembro entre sus nalgas y lo deslicé arriba y abajo, viéndolo entre aquellos dos montículos perfectamente redondos, pero sin penetrarla. Volví a agarrarla del pelo y la apreté

contra la fría pared. Jennifer abrió las piernas todo lo que pudo y yo me encajé en su interior, deslizándome con facilidad en el canal húmedo que se amoldaba completamente a mí.

Se retorció, apretándome, y gemimos juntos.

Agarré sus nalgas con ambas manos, sintiendo su roce contra mi pelvis. La atraje hacia mí y empecé a moverme, penetrándola con cada embestida que hacía vibrar de placer cada parte de mí, especialmente cuando ella me apretaba. El agua que nos rodeaba estaba tibia, pero en medio de nuestro sexo, la sentía cada vez más caliente. Disfrutaba de cada momento y quería aprovecharlo al máximo.

Mi cuerpo crepitaba al chocar con el suyo y me dejaba guiar cada vez más por la incesante necesidad de llegar al orgasmo. Todo su cuerpo vibraba cada vez que chocaba y la maravillosa visión de su culo no hacía sino enloquecerme aún más.

Para mí, podríamos quedarnos así para siempre, porque no parecía importarme nada más.

—¡Malcon! —dejó escapar mi nombre en un tono más alto y, por sus contracciones cada vez más frecuentes, me di cuenta de que iba a acabar pronto. Fue estupendo, porque yo también pendía de un hilo.

Di unos cuantos empujones más y cuando ella me apretó muy fuerte, no pude resistirme más, clavando mis uñas en sus nalgas,

eyaculé, llenándola con mi líquido.

Apoyé la cabeza en su nuca, jadeando. No me separé de ella mientras me recuperaba y bajé una de mis manos hasta su vulva. Bastaron unos segundos para que Jennifer se uniera a mí. Ambos completamente embriagados de placer, permanecimos inmóviles durante uno o dos segundos hasta que recobramos las fuerzas.

La di vuelta y la atraje hacia mí para darle un beso, pero antes de que pudiera pensar en volver a empezar, oí fuertes golpes en la puerta.

—¿Qué ha pasado? —Jennifer se sobresaltó.

—No lo sé.

Salí de la ducha y me envolví en una toalla, dirigiéndome a la puerta del dormitorio, donde vi a mi padre jadeando, rojo y angustiado.

—¿Qué es lo que pasa?

—Es tu hermano.

—¿Liam?

—Parece que le han dado una paliza.

—¿Cómo?

—En realidad no sé lo que pasó, tu madre llamó aterrorizada y tuvimos que ir allí para comprobarlo.

—Me vestiré rápido.

—¡Date prisa!

—Ya voy.

Volví a entrar en la habitación y busqué un polo y unos pantalones lo más rápido que pude, sin molestarme en secarme bien, pero antes de que pudiera salir por la puerta, apareció Jennifer, mirándome fijamente.

—¿Qué ha pasado?

—Parece que Liam se ha metido en un lío.

—¿Suele ocurrir esto?

—No, pero es Liam. Nunca ha sido de los que se quedan callados.

—Tenemos que ver qué ha pasado.

—Yo iré. Tú quédate aquí con las niñas.

—Pero...

La miré seriamente y Jennifer no tuvo más remedio que asentir con un sutil movimiento de cabeza.



Malcon Collins

Capítulo treinta y seis

Cuando mi padre y yo bajamos de la vieja camioneta con la que él me había estado esperando para ir al rodeo en una ciudad cercana, donde mi hermano estaba compitiendo, vi una pequeña multitud alrededor de lo que me pareció una ambulancia.

—¡Liam! —grité, mientras corría en su búsqueda y abría paso entre las personas. Mi padre, que estaba jadeando de tanta preocupación, vino inmediatamente detrás. Como era un hombre mayor, no tenía la misma energía que yo.

Vi a mi hermano sentado en una camilla, con una paramédica curándole las heridas, mientras él no dejaba de seducirla con sus palabras.

Liam, siendo el Liam de siempre...

—¿En qué te metiste? —Lo miré con una expresión seria y recriminatoria.

—¿Yo? —Sus ojos se abrieron de par en par, pero se contrajo, probablemente al empezar a sentir dolor.

—¡Sí!

—La culpa es tuya.

—¿Mía? —Fue mi turno de dar un paso atrás, completamente confundido.

Miré rápidamente a mi hermano, a mi madre y a mi hermana que estaban cerca, todos tan confundidos como yo.

—¿De qué se trata esto, Liam? —También quiso saber nuestro padre.

—Estaba saliendo de los establos después de montar y me encontré con tres tipos que me rodearon y me dieron una paliza. Si hubiera sido uno a uno, hasta podría haberme defendido, pero tres... Después de dejarme tirado en el suelo, me dijeron que devolvieras pronto a la chica o yo no sería el único que sufriría.

—¡Maldito hijo de puta! —bufé de rabia. No podía creer que ese malnacido de Nolan hubiera llegado tan bajo como para amenazar a mi familia.

—¿Dónde están esos tipos? —Quise saber.

—Se escaparon antes de que alguien los viera.

—¿Habrá cámaras por aquí? —Miré de un lado a otro.

—¿Tienes idea de cuánta gente de diferentes lugares viene para acá? —comentó Liam—. Va a ser imposible encontrarlos.

—Tenemos que hacer algo —resoplé.

—Sabes lo que él quiere —murmuró mi hermano.

—¡Liam! —habló mi padre por mí.

—¡Hablando en serio! —Él levantó los ojos al cielo—. Está bien, puedo aguantar unas golpizas, pero ¿quién será el siguiente? ¿Zoe? ¿Mamá?

—No voy a dejar que eso pase —gruñí.

—No eres Superman, Malcon.

—Tampoco voy a entregar a Jennifer a un hombre capaz de mandar a sus matones a darle una paliza a mi hermano.

—Eso es un problema de ella.

—No es solo de ella.

—Vámonos de aquí —dijo mi padre, seguramente sin querer que siguiéramos discutiendo un tema tan delicado frente a los curiosos.

—Llámame después. —Le guiñó un ojo a la paramédica antes de bajarse de la camilla y tomar su camiseta, manchada con su propia sangre.

Solo negué con la cabeza. No era el mejor momento para que él estuviera coqueteando, pero no iba a discutir por eso. Teníamos un problema mucho más grave en ese momento.

—A partir de ahora vamos a tener que tener mucho más cuidado —dijo mi padre, cuando todos estábamos en casa y mi hermana estacionó el coche de Liam junto a la camioneta.

—¿Cuidado? —Liam resopló.

—¡Esto es serio! —regañó nuestra madre.

—¡Esta es nuestra casa, nuestro pueblo! No podemos perder el derecho de ir y venir solo por una mujer con la que Malcon está teniendo unos revolcones sexuales.

—¡Liam, por el amor de Dios! —Nuestra madre parecía horrorizada con las palabras de mi hermano.

—No dije ninguna mentira —murmuró, dándose unos pasos atrás.

—No vamos a resolver nada con discusiones —dijo mi padre de manera sensata. —Vamos a entrar, dormir, y mañana pensamos qué hacer.

Finalmente, todos acabamos de acuerdo con él y entramos a la mansión.

Por más enojado que estuviera por las palabras de Liam, mi hermano no estaba del todo equivocado. No era justo que él y el resto de mi familia tuvieran que pagar por una decisión que yo había tomado.

Necesitaba hacer algo con esa situación y priorizar la seguridad de todos. No quería que nadie más saliera herido.



Jennife Dias

Capítulo treinta y siete

Estuve inquieta, caminando de un lado a otro en la habitación de Malcon durante lo que me parecieron varias horas. Afortunadamente, las niñas no se habían despertado, porque no quería que se dieran cuenta de lo tensa que estaba desde que Malcon se había ido. Solo había escuchado una parte de la conversación con su padre, pero fue suficiente para deducir que algo había sucedido con Liam. No es que fuera el hermano que mejor se portaba de todos, pero en los años que había vivido con esa familia, no recordaba ningún otro incidente que hiciera que Lincoln reaccionara con tanta desesperación.

Froté mis manos una contra la otra y el sudor frío no ayudaba, al contrario. La presión en mi pecho se hacía cada vez más evidente, y ya sabía que era culpa mía, aunque nadie me hubiera dicho nada.

Mi regreso a la vida de Malcon comenzaba a parecer más una maldición que alguna clase de beneficio. No quería que nadie sufriera, pero cada vez me parecía más difícil evitar que eso sucediera.

—¿Jennifer?

—¡Malcon! —Cuando apareció, prácticamente salté a sus brazos y dejé que notara lo acelerado que estaba mi corazón—. ¿Cómo está tu hermano?

—Necesita un poco de hielo y descanso, pero estará bien.

—Eso es un alivio.

—¡Sí! —Malcon hizo una breve pausa y supe que lo que tenía para decir no me iba a gustar nada—. Los hombres de Nolan fueron tras él, querían exigir que te entregara.

—¡Maldita sea! —murmuré, sin saber qué decir—. ¿Vas a...

—¡De ninguna manera! —No me dejó terminar la frase—. El hecho de que haya mandado golpear a mi hermano solo confirma lo psicótico que es ese tipo.

—También demuestra lo mucho que está en peligro tu familia.

—Lo está.

—¡Entonces! —Solté un largo suspiro.

Me sentía terrible con toda esa situación.

—Si no me hubiera acercado a ti, nada de esto estaría pasando.

—No es tu culpa.

—Sí es culpa mía. —Mis ojos volvieron a llenarse de lágrimas que no pude evitar.

—¿No entiendes que eso es justamente lo que él quiere, asustarnos? Pero no vamos a ceder.

—Malcon...

—Entiende, Jennifer. Esto no va a suceder.

Tragué saliva, apartándome seria para ir hacia la ventana de la habitación. Me apoyé en el alféizar, mirando el hermoso cielo estrellado del rancho.

—Ah, cariño... —Malcon llegó detrás de mí y abrazó mis hombros, hundiendo su nariz en mi nuca.

—Parece una pesadilla que no termina nunca.

—Terminará.

Contuve la respiración y luego exhalé con fuerza.

—Es tan tentador creer en eso.

—Entonces cree.

Negué con la cabeza y luego bajé la mirada.

—¿Liam va a estar bien?

—Sí.

—Esto no debería haber pasado.

—Shh... Lo resolveremos.

—Malcon...

—Confía en mí, ¿no confías?

—Claro.

—Entonces, cálmate un poco más.

No es que fuera cierto de verdad, pero Malcon parecía manejar todo eso como si fuera menos terrible de lo que era. Sin embargo, estaba segura de que el resto de la familia no lo veía de la misma manera.

—¿Por qué no mejor vamos a dormir? —Malcon intentó jalarme hacia la cama.

Asentí con un movimiento de cabeza, pero no dije nada. Sabía que sería otra de esas noches en las que no podía dejar de dar vueltas de un lado a otro.



Malcon Collins

Capítulo treinta y ocho

Me levanté muy temprano, Jennifer se movió en la cama y traté de no despertarla al salir. Me puse una camisa y bajé a la cocina, donde mi mamá estaba tomando café. Mi papá estaba sentado en la mesa cerca de Liam.

Fue difícil mirar a mi hermano. Tenía la cara hinchada, un ojo morado y un corte cicatrizando sobre su ceja.

—¿Cómo estás? —pregunté.

—Bien —respondió, torciendo los labios. Sabía que no era así, pero mi hermano estaba molesto conmigo y no podía culparlo por eso.

—Esto no puede volver a pasar —dijo mi mamá, poniendo la jarra de café en el centro de la mesa.

—No —respondí, estando de acuerdo.

—Podrían haber matado a tu hermano, Malcon.

—Pero no lo mataron.

—¿Te gustaría que fuera diferente?

—Claro que no, mamá.

—¿Hasta cuándo nuestra familia va a estar en peligro?

—No lo sé. —Solté un suspiro al admitirlo—. Pero ¿qué quieres que haga? ¿Entregar a la madre de mis hijas a un hombre capaz de mandar golpear a mi hermano?

—No, pero... —Mi mamá se quedó sin palabras, sin saber qué decir.

—Tendremos que tener más cuidado —comentó mi papá.

—¿Siendo prisioneros en nuestra propia casa? —murmuró Liam.

—Solo será por un tiempo. —Intenté tranquilizarlo.

—¿Qué garantía tienes de eso? —respondió Liam—. ¿Vas a arrestar al tipo? ¿O lo vas a matar?

—¡Liam! —gritó mi mamá, reprendiéndolo.

—Solo intento ver la lógica de todo esto —dijo, encogiéndose de hombros.

—Tal vez no sea tan lógico —murmuré.

—Solo espero que haya algo de lógica en esto.

—¿Y si nos vamos de aquí? —Intenté pensar en una alternativa para esa situación que nos estaba volviendo locos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó mi mamá.

—Si llevo a Jennifer y a las niñas a otro lugar, tal vez atraiga a ese hombre y haga que se olvide del resto de la familia.

—O simplemente intentará atraerlos de nuevo —comentó mi papá.

—Necesitamos intentar alguna alternativa —dije, inclinando la cabeza hacia atrás, sintiendo mis sienes pulsar.

Por más que quisiera transmitir tranquilidad a Jennifer y a las niñas, no estaba siendo tan fácil manejar esa situación como me gustaría. Quería estar preparado para esto y manejar el caos de manera más controlada, pero no era tan simple.

—Hay una casa en venta cerca de la comisaría. Es una casa de dos pisos que le pertenecía a la señora Thompson antes de que se fuera a vivir con sus hijos a Dallas.

—Es un lugar mucho más pequeño —observó mi mamá.

—Pero podría ser más fácil de proteger y yo estaría cerca siempre.

—¿Crees que sería suficiente para que él se olvide del resto de nuestra familia? —Mi papá se rascó la barba, pensativo.

—Honestamente, no estoy seguro, pero creo que debería intentarlo.

—No sé... —Mi mamá estaba dudosa.

—Necesito al menos intentarlo.

—Puede ser. —Finalmente mi papá estuvo de acuerdo.

Serví un poco de café y tomé algunos sorbos antes de levantarme.

—Voy al pueblo a resolver esto.

—Por favor, hijo, no vayas solo —suplicó mi mamá, preocupada.

Asentí con un movimiento de cabeza y me levanté.

Iba al pueblo para intentar negociar la casa. La posibilidad de un hogar para mí, Jennifer y las niñas podría ser una chispa de esperanza en un momento tan incómodo como ese.

Quién sabe, tal vez la casa no fuera ideal en muchos aspectos, pero para las niñas y Jennifer podría representar que éramos una familia unida.



Jennife Dias

Capítulo treinta y nueve

Me levanté, vi a Malcon salir de la cama, pero me quedé quieta.

Después de la agresión a Liam, me di cuenta de lo peligroso que Nolan podría ser para la familia del sheriff, y eso me llenaba de angustia. Una cosa era estar en peligro yo sola, pero que todos a mi alrededor lo estuvieran hacía todo aún peor.

No importaba lo que le dijera a Malcon, él seguía decidido a protegerme. Solo esperaba que esto no fuera lo más estúpido que él iba a hacer en toda su vida.

Amaba a ese hombre, y amaba aún más la necesidad que tenía de protegerme, porque nunca nadie más se había preocupado por mí de esa forma. Pero era demasiado arriesgado, y lo amaba lo suficiente como para no querer verlo exponiéndose tanto.

Me levanté y me senté al borde de la cama, masajeándome las sienes. En el fondo, la sensación de irme seguía dominándome. Sentía que no había nada mejor para ellos que dejarlos en un lugar seguro.

Preferiría que me odiaran antes que verlos heridos como le pasó a Liam...

Quería no preocuparme por todo eso y dejarle todo a Malcon, como él quería, pero era prácticamente imposible. No podía simplemente cerrar los ojos y dejar que las cosas sucedieran.

Si Nolan había hecho eso con Liam, ¿qué más terrible podría hacer?

Salí de la habitación, pero antes de bajar, me llamaron desde la habitación de las niñas.

—Mamá...

—¡Hola, hija! —Entré y vi a Judy levantándose de la cama y frotándose los ojitos.

—¿A dónde vas?

—Iba a bajar.

—¡Ah! ¿No tengo que ir a la escuela?

—Puedes dormir un ratito más.

—¿Puedo?

—Sí.

Sonrió tímidamente y volvió a acostarse junto a su hermana.

Judy y Jasmine eran tan pequeñas, tan indefensas. Solo quería que Nolan se mantuviera lejos de ellas, porque no podían pasar por nada de lo que yo había vivido.

Bajé a la planta baja y seguí las voces hasta la cocina. Vi a los padres de Malcon, a su hermano, pero no había señales de él. Los tres me miraron y me observaron por unos segundos, pero no se atrevieron a decir nada.

Sentí un sabor amargo en la boca y la sensación de que algo se me había atascado en la garganta. Quise decirles que lo sentía, pero ya lo había hecho antes, y al final no servía de nada.

—Buenos días... —fue todo lo que pude decir.

—Buenos días —respondió Francine, pero no con la misma sonrisa que solía darme antes de que todo comenzara a desmoronarse.

—¿Café? —Lincoln levantó la jarra para servirme.

Negué con la cabeza.

—Gracias.

—De nada.

—¿Malcon...?

—Salió. Fue hasta el pueblo.

—¡Ah! Debe haber ido temprano a la comisaría.

—En realidad, fue a resolver cosas sobre ti —masculló Liam.

Volví a tragar en seco, pero no me arriesgué a preguntar exactamente qué había ido a hacer Malcon, en parte porque tenía

miedo, y en otras porque sabía que ellos me juzgarían. Lo que era evidente en el peso de sus miradas.

No dije nada, solo di media vuelta y regresé al piso de arriba, dirigiéndome a la habitación de mis hijas. Las dos estaban dormidas en la cama y me incliné para besar la frente de cada una de ellas.

Judy se estiró y abrió los ojos.

—¿Es hora de despertar?

—Sí.

—Está bien. —Se dio vuelta y se levantó de la cama. Me arrodillé, extendí los brazos, y no necesité decir nada antes de que ella me envolviera en un abrazo cariñoso.

Quería que no hubiera nada más de lo que preocuparme, solo el cariño de mis hijas.

—¿Vamos a arreglarte para la escuela? —Le di un beso en la cara.

—¡Vamos!

Tomé su manito y la guié al baño. Judy era muy inteligente y ya había aprendido a cepillarse los dientes sola. Todavía tenía en mi mente las imágenes de ella cuando era pequeña, sus primeros pasos y sus primeras palabras, pero había un vacío de tres años que nunca podría llenar.

Después de que se cepilló los dientes, le peiné el cabello y la ayudé a vestirse para la escuela.

A pesar de todo lo que estaba pasando, no quería que mi hija sufriera más con todo esto. Cuanto menos impacto tuviera en su vida, mejor.

La llevé a la cocina para el desayuno y Judy terminó cruzándose con su tío, sorprendida por su rostro golpeado.

—¿Qué te pasó, tío? ¿Estás mal...? —Soltó mi mano y se inclinó un poco más para mirarlo mejor.

—Me caí del caballo —mintió. Era mejor eso que contarle a una niña de cinco años que lo habían golpeado.

—¡Qué pena! —murmuró ella.

—Pronto estaré curado. —Sonrió Liam a su sobrina.

—Sí.

Liam levantó la cabeza y nuestras miradas se cruzaron, pero ninguno de los dos se atrevió a decir nada hasta que él salió de la casa. Yo llevé a Judy a la cocina.

—¡Hola, abuela! —Judy entró saltando.

—Buenos días, mi niña. ¿Estás bien?

—Sí.

—Siéntate a comer. Voy a hacer panqueques.

—¡Yupi! —Judy se apresuró a acomodarse.

Me quedé cerca, parada junto al umbral de la puerta, solo observando mientras la abuela le servía panqueques frescos a la nieta.



Malcon Collins

Capítulo cuarenta

—Es una casa antigua, necesita algunas reparaciones —comentó el viejo George Helton, quien había sido el agente inmobiliario del pueblo desde antes de que naciera.

—¿Tiene algún problema con el gas o el agua?

—No.

Entrecerré los ojos.

—Bueno, al menos no que yo sepa, pero espero que puedas hacer una oferta. Está bastante cerca del centro del pueblo y de la comisaría. Es espaciosa y tiene un hermoso jardín, además de tres habitaciones, dos de ellas con baño privado. Me dijeron que ahora tienes una hija más...

—Sí… así es —murmuré, un poco molesto al pensar en lo rápido que corrían las noticias en ese pueblo.

—También me enteré de que hay un criminal peligroso rondando el pueblo.

—Son rumores, George...

—¿Y qué pasa con los policías del Estado? ¿Por qué están aquí?

—Es una acción conjunta.

—¿Por un criminal, no es así?

—No hay nada de qué preocuparse para el resto del pueblo.

—¿Estás seguro?

—Sí, puedes confiar en mí —aseguré, con la palabra del sheriff. Ese problema era particularmente mío y no tenía que convertirse en un pánico generalizado extendiéndose por el pueblo.

Dediqué unos pasos más sobre el suelo de madera, observando el entorno a mi alrededor. No era tan grande como la casa de mis padres, pero sería suficiente para comenzar una vida con Jennifer.

—Me quedo con la casa.

—¡Ah, perfecto! —El viejo sonrió—. Puedo comenzar con la documentación tan pronto como hagas el depósito inicial.

—Vamos a agilizar esto, quiero mudarme cuanto antes.

—Claro, haré lo posible.

Miré el ambiente vacío por un momento más, imaginando los muebles y los juguetes de las niñas llenando el lugar. Nunca había pensado en mudarme de la casa de mis padres, mucho menos cuando Jennifer se fue dejándome solo con Judy, pero en ese momento era diferente, podríamos ser una familia.



Jennife Dias

Capítulo cuarenta y uno

Me quedé mirando la hierba en la entrada de la casa a través de la ventana, mientras Jasmine jugaba con su prima Lara. Las dos estaban entretenidas con unas ollas de plástico mientras yo solo observaba el paso del tiempo.

Malcon aún no había regresado a casa y, por más que intentara evitarlo, mi preocupación solo aumentaba, especialmente por lo que había pasado con Liam la noche anterior.

Aunque me gustaba cuidar de las dos niñas, quedarme ahí solo observando el tiempo pasar no me ayudaba en nada.

—¡Mamá! —Jasmine llamó mi atención.

—Hola, hija.

—Come —dijo, acercándome un plato de plástico vacío y estirando una cuchara rosa del mismo material hacia mí.

Abrí la boca y fingí una expresión como si estuviera probando.

—Qué delicia, hija.

—¡Papá! —Volvió emocionada hacia la cocina de juguetes.

Sin duda, la vida de Jasmine estaba siendo mucho mejor desde que su padre nos había encontrado. Ella podía jugar tranquila, comer y dormir mejor. Aunque yo todavía me sentía ansiosa, ella

parecía estar sintiendo menos, gracias a la seguridad de la casa y otros motivos que la distraían.

—Papá, Lara.

—Papá —repitió la prima, moviendo las ollas y lanzándolas al aire.

La hija de Cora tenía algunos rasgos de ella, pero también se parecía a su padre.

Mucho había cambiado en estos tres años que estuve fuera. Empezando por el matrimonio de dos de los hermanos de Malcon. Cora fue una sorpresa, pero Jackson y Tatiana... Aunque siempre se describían como buenos amigos, era evidente que había algo más entre ellos. Me alegraba pensar que finalmente habían visto lo que estaba tan claro para todos y ahora estaban felices juntos.

Participé con las niñas durante su juego e intenté dejar pasar el tiempo, tratando de evitar el malestar y toda la preocupación que llenaban mi pecho.

Ya estaba oscureciendo cuando Malcon regresó a casa. Verlo ileso me dejó tranquila y me levanté del sofá para ir hacia él.

—¡Eh!

—¡Hola! —Pasó la mano por mi rostro, me acercó a él y me dio un rápido beso.

—¿Cómo te fue en el trabajo?

—Tranquilo.

—Tranquilo es bueno —susurré aliviada.

—Sí. Tengo una sorpresa para ti.

—¿Sorpresa? —Fruncí el ceño, algo desconfiada. Después de todo lo que había pasado en los últimos días, no sabía si algo inesperado podría ser bueno.

Malcon asintió con la cabeza.

Me puse un poco tensa mientras él se inclinaba y metía la mano en el bolsillo, sacando una llave.

—¿De dónde es esto? —Me intrigó.

—De nuestra casa.

—¿¡Casa!?

—Sí. —Su sonrisa se amplió—. Compré una casa para los dos cerca de la comisaría.

—¡Vaya! —exclamé, asimilando la noticia sin saber exactamente cómo reaccionar.

En otro momento habría sido increíble tener una casa solo para nosotros, me haría sentir que realmente teníamos una familia, pero con el peligro constante de Nolan, no sabía si era una buena idea.

—¿No te gustó? —La decepción en sus ojos me hizo forzar una sonrisa.

—¡Claro que me gustó! —Intenté cambiar un poco mi emoción—. Solo no esperaba que lo hicieras ahora.

—De hecho, estoy pensando en la seguridad de mi familia. Tal vez si nos alejamos de ellos, lo que pasó con Liam no se repita, al menos hasta que capturemos a Nolan y arreglemos todo esto.

—Te entiendo. —Sonreí.

Aunque esa no era una solución en la que yo pensaría, parecía algo con lo que Malcon podría lidiar. En el fondo, solo me ponía tensa al pensar que todavía estábamos cerca de mis hijas y que ellas seguirían en riesgo.

—¿Y las niñas? —me arriesgué a preguntar.

—Van a quedarse con nosotros —me aseguró, pero continuó antes de que pudiera expresar más preocupaciones—. Voy a traer más seguridad privada y mantener una patrulla de policía las 24 horas frente a nuestra casa.

—Espero que sea suficiente —murmuré.

—Lo será —Malcon sonrió con optimismo y no quise interrumpir el momento.

Solo me incliné hacia él y apoyé mi cabeza en su pecho. A pesar de todo, solo debía estar agradecida por tener a ese hombre

en mi vida. Sentía que necesitaba tener un poco más de fe y no dejar que Nolan destruyera la confianza que tenía en Malcon.

El sheriff del pueblo resolvería todo eso y podríamos ser la familia feliz que tanto soñé y nunca tuve.



Malcon Collins

Capítulo cuarenta y dos

Mi papá me ayudó a bajar algunas cajas de la camioneta y traerlas a la sala de estar, donde Jennifer y las niñas estaban desarmando todo.

Habían pedido que trajeran algunos muebles de ciudades cercanas, porque la fábrica de ahí había solicitado más tiempo del que yo quería esperar.

Mis hijas no sabían exactamente el motivo de la mudanza, pero estaban muy emocionadas, corriendo de un lado a otro por la casa nueva y observando cada detalle.

—¡Cuidado, niñas! —les advertí porque no quería que se lastimaran.

Judy se detuvo y me miró por un momento antes de preguntar.

—¿Puedo subir?

—Aún no.

—¡Ah! —Torció los labios, haciendo un puchero.

—No quiero que tú ni tu hermana se lastimen. Así que es mejor que se queden cerca de nosotros, donde tu madre y yo podamos cuidarlas.

—Pero... ¡soy grande!

Solo moví la cabeza en señal de que no, y ella terminó por aceptar.

—Caprichosas… —murmuré, y mi papá se rió.

—Como si no tuvieran de dónde sacar eso.

—Yo no era así —dije, encogiéndome de hombros.

—Ah, eras peor.

—¿Peor?

—Sí.

—¡Ay, papá, en serio!

—Te conozco muy bien, hijo.

—Tienes razón.

Terminamos de sacar todas las cajas de la camioneta y las acomodé junto al sofá en la sala.

Jennifer estaba guardando algunas de nuestras cosas y otras las apilaba cerca de la escalera, para que subiéramos a los cuartos. La mayoría eran juguetes y ropa de Judy.

—¿Quieres que me quede a ayudar a guardar las cosas? —ofreció mi papá.

—No hace falta.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Entonces voy a regresar al rancho. Hay una vaca preñada que puede parir en cualquier momento. Desde que Tatiana se mudó a la capital con su hermano, no he encontrado otro veterinario tan bueno como ella.

—Quién salió ganando fue Jackson.

—Sin duda, ellos merecen ser felices.

—No cabe duda.

—Tú también, hijo.

—Sí. —Dejé escapar un suspiro.

—Esto pasará pronto.

—Espero que sí, preferiría que fuera lo más rápido posible.

—Así será.

—Gracias.

Abracé a mi papá y él se despidió de Jennifer y las niñas antes de irse.

Quería que mi entusiasmo fuera el mismo que el de mis hijas, pero, por dentro, me sentía tenso al mirar por la ventana y ver a mis guardias apostados dentro de la patrulla, observando el movimiento

de la calle. El pueblo era tan tranquilo que incluso entendía el estado de alerta de los vecinos con los rumores que rondaban.

Si Liam no hubiera sido atacado, tal vez habría bajado la guardia, pensando que ya no había motivos para estar tan alerta. Pero la verdad era que no podía relajarme, al menos hasta estar seguro de que no había más amenazas.

—¡Papá! —Judy me llamó, metida dentro de una de las cajas.

—¿Qué haces ahí, traviesa?

—Encontré al señor Batata. —Levantó el juguete.

—Qué bien, hija. —Sonreí.

Las niñas comenzaron a revisar las cajas y yo fui a ayudar a Jennifer a guardar las cosas.



Jennife Dias

Capítulo cuarenta y tres

Teníamos una casa...

Era una casa de dos pisos, de madera, con una galería encantadora y un jardín trasero con espacio para armar una pequeña área de juegos en el futuro.

Intenté disfrutar el momento, enfocarme en lo positivo, cuando Malcon y yo terminamos de acomodar nuestras cosas en su lugar. Las niñas se habían quedado dormidas en el sofá. Las levantamos con cuidado y las llevamos al piso de arriba, acostándolas en sus respectivas camas, porque ahora cada una tenía la suya en un cuarto rosa digno de un cuento de hadas.

—¿Te gustó la casa? —Malcon se acercó a mí después de asegurarse de que las niñas estaban bien dormidas.

—¡Es hermosa!

—Necesita algunos arreglos, pero puedo ir haciéndolos con el tiempo.

—Ni siquiera sé lo que es tener una casa que pueda llamar mía.

—Ahora la tienes. —Sonrió.

—Creo que eso es motivo de celebración. —Le rodeé el cuello con los brazos y me incliné hacia él.

—¡Sin duda! —Él me rodeó la cintura, atrayéndome contra su pecho.

—Te amo, Malcon.

—Yo también te amo, Jennifer. —Subió una de sus manos hasta mi rostro y acarició mi mejilla.

Me puse en puntas de pie y acerqué mi boca a la suya.

Malcon enredó sus dedos en mi cabello y solté un gemido justo antes de que me besara. Su lengua se fundió con la mía mientras retrocedíamos por el pasillo sin dejar de besarnos.

Caminamos así hasta que llegamos a la puerta de nuestro cuarto. Extendí la mano, tanteando la perilla mientras respondía a su beso sin siquiera mirar.

Malcon me levantó en brazos y, de una patada, cerré la puerta. Me recostó en el centro de la cama y subió sobre el colchón, que se hundió con el peso de su cuerpo. Enlacé su cintura con mis piernas, frotándome contra la erección que se marcaba en su pantalón.

Eché la cabeza hacia un lado cuando sus labios bajaron hasta mi cuello. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo y cerré los ojos, estremeciéndome.

—Ah… —Dejé escapar un gemido.

Sus besos, mordidas y chupadas me encendían, haciéndome arder y estremecerme al mismo tiempo. Bajó las tiras de mi blusa y del sostén, y su lengua delineó la curva de mis tetas, haciendo que los elevara hacia él para que continuara.

Malcon bajó el sostén, dejando mis tetas al descubierto. Se apoderó de uno de mis pezones con la boca y yo me arqueé en la cama, retorciéndome entre gemidos por el placer que me provocaba.

—¡Malcon!

—¿Te lastimé? —Levantó la cabeza para mirarme.

—No... sigue.

Me ayudó a quitarme la blusa y el sostén, y volvió a centrarse en mis tetas. Las apretó, torció mis pezones con delicadeza, aumentando mi excitación hasta dejarlos sensibles y doloridos.

Su lengua descendió por mi abdomen hasta llegar al cierre del short que llevaba puesto. Lo bajó, y yo me moví para ayudarlo a desnudarme.
Mi cuerpo ya estaba húmedo, palpitante. Lo deseaba.

Malcon mordió mis muslos, pero antes de que me besara ahí, lo atraje hacia mí para besarlo, mientras comenzaba a quitarle la camisa.

Hundí la nariz en su cuello, mordisqueando su piel, mientras mis dedos bajaban hasta el cierre de su pantalón. Quería sentirlo, tocarlo.

Lo ayudé a quitarse la ropa y luego lo empujé suavemente para que se sentara en la cama. Al ver su erección, me relamí.

Tomé su verga con una mano y Malcon acarició mi cabello, llevándolo hacia atrás para poder ver mi rostro.

—¿Vas a chupármela? —preguntó, con una sonrisa ladeada.

—No puedo evitarlo —respondí, humedeciéndome los labios antes de lamerlo.

—Claro… —murmuró, empujando mi cabeza con suavidad hacia abajo. Abrí los labios y dejé entrar su verga sobre mi lengua.

Salivaba. El deseo de saborearlo era intenso.

Antes de él, el sexo había sido algo temido, doloroso. Pero con Malcon, aprendí lo hermoso que podía ser.

Lo recorrí con los dedos, sintiendo la textura, las venas hinchadas por la excitación. Lamiendo su glande, levanté los ojos para ver su rostro, y su expresión de placer me impulsó a seguir.

Se inclinó hacia mí, acariciando mi cuerpo, apretando mi culo mientras yo lo complacía.

No pude evitar recordar nuestros momentos más salvajes, como cuando le chupé la verga en su patrulla, con él tan sexy en su

uniforme de sheriff.

—Ven acá —dijo con voz ronca, tomando mi cabello para levantarme.

Sus manos se posaron en mi cintura y me subió a su regazo. Acomodé su miembro con mis dedos y lo guié dentro de mí.

Apreté los labios para no gemir demasiado fuerte mientras comenzaba a moverme sobre él, sintiendo cómo me llenaba por completo.

Lo abracé, buscando su boca, y lo besé con hambre, con urgencia.

Malcon me sujetó fuerte del culo, guiando mis movimientos con firmeza. Me dejé llevar, rebotando sobre él con un ritmo desesperado. El calor, la fricción, su cuerpo dentro del mío… todo explotó dentro de mí.

Caí sobre la cama, jadeando, con el corazón latiendo a mil, completamente saciada.

Malcon se inclinó, me besó, y luego rodó a mi lado, acomodándose junto a mí.

No era lo que más había extrañado en estos tres años… pero el sexo con él seguía siendo igual de increíble.



Malcon Collins

Capítulo cuarenta y cuatro

Me desperté por la mañana con un pájaro en la ventana. Estaba picoteando el vidrio y eso me hizo abrir los ojos. Jennifer estaba extendida a mi lado, desnuda, y aún parecía tener en los labios la sonrisa post-sexo.

No había razones para que me sintiera tenso. Ella y las niñas estaban bien, y esperaba que ese tal Nolan no siguiera rondando a mi familia.

Me giré hacia el lado y coloqué mi brazo alrededor de la cintura de Jennifer, inhalando su cuello entre su cabello desordenado.

—¡Buenos días! —dijo ella, moviéndose un poco.

—Buenos días. ¿Dormiste bien?

—Maravillosamente bien. —Soltó una risita—. Necesito vestirme antes de que las niñas despierten.

—Así es. —Asentí.

—Entonces, suéltame. —Intentó girar para salir de la cama, pero la detuve, jalándola hacia mí.

—¡Espera!

—Malcon... —Se encogió con una voz juguetona—. Déjame ir.

—Un rato más. —Me subí encima de ella y le tomé el rostro para besarla.

Ella estuvo un poco reacia al principio, pero terminó correspondiendo a mis besos.

Subí mi mano por el lateral de su cuerpo hasta llegar al pecho que, por alguna razón, me pareció un poco más hinchado esa mañana.

—¡Mamá! ¡Papá! —Escuchamos unos gritos desde el otro lado de la puerta.

—Esto tendrá que esperar. —Ella me empujó por el pecho para que me apartara de ella.

Me deslicé fuera de la cama y Jennifer hizo lo mismo.

Nos vestimos rápidamente antes de abrir la puerta y ver a las dos niñas paradas en el pasillo.

—¿Qué pasa, hijas? —preguntó Jennifer.

—¿No hay escuela hoy? —Judy se restregó los ojitos.

—Hoy no, querida, es domingo.

—¡Ah!

—¿Podemos dormir con ustedes?

—Claro que sí.

Las dos corrieron y saltaron a la cama, esperando que nos uniéramos a ellas.

Las abracé a las tres, envolviéndolas, y me sentí contento, al menos por ese momento. Tener a toda mi familia reunida allí valía todos mis esfuerzos para mantener a Jennifer con nosotros.

Las amaba demasiado y eran toda la razón de mi vida.

Pasamos el resto de la mañana del domingo acostados en la cama, hasta que empezaron a sonar nuestros estómagos hambrientos y nos levantamos para preparar una comida en la nueva cocina. Jennifer estaba haciendo panqueques mientras yo lavaba los platos, cuando empecé a escuchar un ruido extraño proveniente de la tubería.

—¿Qué es eso, papá? —dijo Judy, algo confundida.

—No sé... —Apenas tuve tiempo de responder antes de que un chorro de agua estallara de la llave de la cocina y me mojara de pies a cabeza.

Las niñas empezaron a reír mientras yo intentaba detener la fuga.

Jennifer apagó la estufa, cruzó la cocina y fue a cerrar la llave, pero se reía junto con las niñas.

—¿Qué pasó? —Quiso saber, mirándome de pies a cabeza y riéndose al verme completamente empapado.

—No lo sé. —Me agaché para mirar la tubería—. Debe haberse roto, la casa es vieja.

—¿El señor Clark todavía se encarga de las reparaciones de plomería?

—Creo que sí. Hablaré con él mañana. Al menos tenemos panqueques, ¿no?

—Así es.

—¿Quién quiere panqueques? —Me giré hacia las niñas.

—¡Yo! —Saltaron las dos.

—Vamos a comer. —Jennifer tomó un trapo de cocina y me lo dio para que me secara un poco y me sentara con el resto de la familia a comer panqueques.



Jennife Dias

Capítulo cuarenta y cinco

Podría vivir en esa burbuja para siempre.

El fin de semana de la mudanza y, sobre todo, el domingo en familia, con Malcon, yo y las niñas, sin duda formaba parte de los mejores momentos de mi vida, si no era el mejor. No deseaba nada más que eso, y pensaba que si hubiera alguien observando por mí desde arriba, no me arrebataría esa felicidad.

El lunes por la mañana, desperté a las niñas y las preparé para ir a la escuela, ya que Zoe había aceptado dejar a Jasmine en una de las clases más pequeñas de la escuela infantil del pueblo. No estaba segura de si mi hija se adaptaría bien, pero sería bueno para ella al menos intentarlo. Pensaba que la influencia de la hermana la haría esforzarse.

Estar con el papá y Judy era maravilloso para Jasmine, que antes de que Malcon llegara a nuestras vidas, vivía exclusivamente conmigo y no tenía contacto con otros niños, mucho menos la bendición de un hogar sólido y feliz.

Por un momento, mientras me despedía de los tres por la mañana, incluso logré olvidarme de la sombra de Nolan y de todo lo horrible que había pasado hasta ese momento.

—Quédate dentro de la casa, ¿está bien? —Malcon se inclinó para darme un rápido beso en los labios.

—Claro.

Les hice una señal con la mano mientras los veía salir de la casa y subirse a la patrulla de Malcon. Él las dejaría en la escuela bajo el cuidado de la tía y luego las recogería por la tarde. Mientras tanto, yo me quedaría sola en casa.

Había varias cosas que hacer, además de las cajas con objetos que aún no se habían organizado. Podría distraerme con eso mientras esperaba a que volvieran a casa por la noche.

Tenía que admitir que hubiera preferido encontrar un trabajo o hacer algo que no dejara mi mente tan disponible para pensar en cosas que no me ayudaban en nada en ese momento. Sin embargo, Malcon tenía toda la razón. Salir de ahí y escapar de la seguridad de los policías solo haría que corriera un riesgo innecesario, algo que no quería.

Era mucho mejor aceptar lo que no podía cambiar y estar contenta con el rumbo que las cosas estaban tomando. No necesitaba aumentar la preocupación de Malcon después de todo lo que le había hecho sufrir en los últimos años.

Me acerqué a la ventana de la sala y corrí la cortina, mirando afuera, y vi la patrulla policial estacionada allí. A uno de ellos lo conocía, estaba a servicio del pueblo cuando Malcon y yo

comenzamos a salir, el otro debía ser un novato. Los dos estaban completamente distraídos y no parecían preocupados por ninguna amenaza. O Malcon no les había contado la verdadera razón por la que estaban allí, o creían que no era tan peligroso. Fuera como fuera, eso me puso algo tensa.

No necesitaba tener miedo, estaba bien allí, protegida. Lo que Nolan le había hecho a Liam era solo una forma de intentar aterrorizarnos, pero no podía dejar que él ganara y terminara haciendo exactamente lo que él esperaba.

—¡No! —protesté en voz alta.

No iba a abandonar al hombre de mis sueños y a mis hijas para volver a las garras de ese monstruo.



Malcon Collins

Capítulo cuarenta y seis

Me acomodé en la silla de la mesa al atender una llamada que esperaba desde hacía mucho tiempo.

—Teniente, es un placer finalmente poder hablar con usted.

—El placer es mío, sheriff Collins —dijo la mujer con tono cordial al otro lado de la línea.

Ella era la responsable de un departamento que se encargaba de la violencia de género en la ciudad de Seattle, y esperaba poder trabajar con ella para sacar de una vez por todas a Nolan de la vida de Jennifer.

—Mi detective me dijo que tenía un asunto importante que discutir conmigo. Tengo una mínima curiosidad, ya que estamos en Estados tan distantes y las operaciones entre Washington y Texas no son muy habituales.

—No es una situación común, en efecto.

—Entiendo... —murmuró, pensativa.

—Voy al grano porque creo que será lo mejor. Mi esposa nació en Seattle y por años ha estado huyendo de un abusador... —Le conté todo lo que Jennifer me había dicho y también incluí las amenazas personales de Nolan y la agresión que sufrió mi hermano.

—No me sorprende. Nolan es una figura importante aquí en la ciudad, hay muchos rumores sobre él, pero nada confirmado. El problema es que, lamentablemente, parece estar blindado. Ningún departamento ha logrado conseguir pruebas suficientes para arrestarlo. Sería genial si tuviera algo concreto que lo vincule a los incidentes que me mencionó.

—Aparte de que vino personalmente a amenazarnos, no tengo nada.

—Eso es terrible.

—Ya lo creo —suspiré.

—Sheriff Collins, honestamente, me encantaría meter a ese tipo en una celda y tirar la llave, pero lamentablemente no puedo hacer nada. Ya amenazó con demandar a la policía por acoso, y sin pruebas, tengo las manos atadas. Sin embargo, sepa que si obtiene cualquier avance, puede contar con toda mi colaboración para el caso.

—Gracias, teniente.

—A su disposición. Que le vaya bien, sheriff. —Colgó la llamada.

Molesto, dejé que mi cuerpo se desplomara sobre la mesa y mi celular se deslizó por el escritorio de madera. Era muy frustrante darme cuenta de que no podía hacer nada contra ese hombre, excepto evitar que dañara a alguien que me importaba.

Una de las ventajas de haber nacido en un pueblo pequeño y trabajar allí era que, generalmente, los grandes criminales no andaban por ahí. De vez en cuando, arrestaba a un pequeño traficante y los demás se desanimaban de operar en el pueblo. Los jóvenes que querían divertirse con alguna sustancia ilícita generalmente tenían que ir a otra ciudad.

Aunque a veces era demasiado tranquilo, amaba Fredericksburg y no veía razones para dejar ese lugar.

Todo lo que necesitaba era mostrarle a ese tal Nolan que lo mejor que podía hacer era mantenerse lejos de mi pueblo y de mi familia. Si era un poco listo, acabaría reculando. Con el dinero y el poder que tenía, seguramente podría encontrar a otra mujer que no fuera la mía.

Mi celular comenzó a vibrar y me sorprendió ver que era un mensaje de Jackson. Era improbable que el gobernador, siempre tan ocupado, se tomara unos minutos para hablar conmigo.

Jackson:

Oye, Malcon. ¿Cómo estás?

Malcon:

Analizando todas las perspectivas del escenario actual, diría que bien.

Jackson:

No solías hablar así. Jaja.

Malcon:

Aprendí de un buen político.

Jackson:

Entonces, necesitas ver más de mis discursos.

Malcon:

En otro momento.

Jackson:

Bromas aparte. Quiero saber cómo va la situación. ¿Los policías que envié fueron suficientes? Mamá me contó que Liam recibió una golpiza.

Malcon:

Oh, por supuesto que te lo iba a contar...

Jackson:

Como si él no se lo mereciera. Jaja.

Malcon:

Encima terminó coqueteando con la enfermera.

Jackson:

Liam siendo Liam.

Malcon:

No es el único pavo real de la familia.

Jackson:

Dijo el señor valentía.

Malcon:

Creo que todos tratamos de lidiar bien con nuestros desafíos.

Jackson:

Hacemos lo mejor que podemos.

Malcon:

Siempre.

Jackson:

¿Y cómo va Harper? Supe que su verdadero nombre es Jennifer. Nació en Seattle, tiene veinticinco años, y ambos padres están muertos...

Malcon:

¿Revisaste su expediente?

Jackson:

No me juzgues, mamá me lo pidió. Todos están muy preocupados por esta situación.

Malcon:

No quería que pasaran por esto.

Jackson:

Todos haremos lo que podamos para ayudarte, Malcon. Somos familia.

Malcon:

Lo sé y lo agradezco.

Jackson:

¿Y las niñas? Dos hijas, ¿no?

Malcon:

Están bien. Creo que quizás estén manejando la situación mejor que yo. Judy está muy feliz de tener a su madre de vuelta y una hermana. Jasmine está siguiendo el ejemplo de la mayor.
Solo quiero hacer lo mejor posible para cuidar a las dos.

Jackson:

Estoy seguro de que lo estás haciendo muy bien.

Malcon:

Lo que no significa que sea fácil.

Jackson:

¡Ni lo digas!

Malcon:

Creo que todos tratamos de lidiar bien con nuestros desafíos.

Jackson:

¡Exacto!

Malcon:

Pero una sonrisa lo hace todo valer la pena.

Jackson:

Ni me lo menciones. Pensaba que no necesitaba una familia hasta que la tuve, y me imagino lo desafiante que debe ser todo esto para ti, hermano.

Malcon:

Mucho.

Jackson:

Haré todo lo que pueda. No dudes en pedirme ayuda.

Malcon:

Muchas gracias, hermano.

Jackson:

No es nada, que tengas un buen día.

Malcon:

Igualmente.

Dejé de intercambiar mensajes con mi hermano y me quedé mirando la pantalla de mi celular durante algunos segundos. Era una foto de Judy que había tomado hace aproximadamente un año, y pensé que ya era hora de cambiarla por una que incluyera a mi familia, o al menos a mis dos hijas.

Tuve que admitir que no era nada fácil lidiar con la posibilidad de que hubiera un maníaco amenazándonos, sin embargo, tenerlas en mi vida parecía más que suficiente para hacerme dar lo mejor de mí. Sin contar que el apoyo de todos los Collins hacía ese peso un poco más liviano.



Jennife Dias

Capítulo cuarenta y siete

Pensé en preparar la cena, sería bueno que cuando ellos regresaran a casa tuvieran algo para comer. Sin embargo, la nevera no había sido llenada y Malcon me había pedido que no dejara la casa.

Pensé en tal vez pedirle que comprara algunos ingredientes antes de regresar a casa y que todos cocináramos juntos cuando volvieran. Era una opción, pero antes de que pudiera llegar al teléfono, alguien tocó la puerta principal de mi casa. Era media tarde y no esperaba a nadie, supuse que si fuera Malcon no habría tocado. Sin embargo, aún quedaba la posibilidad de que fuera algún miembro de su familia enviado a verificar cómo estaba.

Fui hasta la ventana y corrí la cortina, pero no pude ver quién era, así que no me quedó otra opción que abrir la puerta.

—¡Hola!

Me extrañó ver a una señora parada con una bandeja que parecía tener algún tipo de pastel dulce. De manzana o frambuesas, podría suponer. Apreté los ojos varias veces para tratar de reconocerla, pero no conocía bien a las personas que no frecuentaban el bar de Billy donde trabajaba cuando me mudé al pueblo.

—¡Bienvenida, vecina!

—Ah, gracias. —Me sentí algo incómoda mientras la miraba.

—¿Puedo pasar? —Señaló hacia la sala y terminé asintiendo, dando un paso al costado para abrirle paso.

Era solo una señora con un vestido amplio y floral, cabello canoso, que no debía tener menos de sesenta años. Pensé que no había motivo para sentir miedo y, de hecho, podría ser hasta bueno conversar con alguien durante el resto de la tarde.

—Nos mudamos este fin de semana y aún faltan algunas cosas por acomodar —dije, algo incómoda al darme cuenta de que ella estaba observando a su alrededor.

—Cuando mi amiga se mudó de aquí para vivir con sus hijos en Dallas, no imaginé que encontrarían nuevos vecinos tan rápido.

—Es un buen lugar para nosotros. Queda cerca de la comisaría.

—¡Ah, claro! ¡Sheriff Collins! —comentó como si acabara de darse cuenta de que éramos la familia de Malcon, lo cual me parecía bastante improbable, ya que era difícil mantener algo en secreto en un pueblo tan pequeño como ese. Mucho más con la familia más influyente.

Desde que pisé ese pueblo por primera vez, supe que todos siempre estaban pendientes de los Collins. La familia del gobernador,

la propiedad más lucrativa, los bondadosos y filántropos... Siempre había murmullos.

—Traje un pastel de manzana. —Levantó la bandeja.

—Oh, muchas gracias. Es muy generoso de su parte.

—No es nada. —Se encogió de hombros—. Quiero que se sientan a gusto con los vecinos.

—Genial.

—Entonces, ¿qué hace la patrulla afuera? ¿Está pasando algo?

Aunque no era precisamente un tema que quisiera discutir, no era algo que me sorprendiera. Quería saber qué estaba pasando y esa señora no era más que una espía para esparcir rumores por el pueblo.

—No tienen que preocuparse por los policías afuera. —Esperaba que mi respuesta fuera suficiente.

—Pero, ¿por qué están allí? ¿Qué misterio hay alrededor de ti? Me enteré de que te fuiste, estuviste años fuera y ahora regresas con una hija más. ¿No parece al menos extraño?

—Tuve mis razones.

—¿Qué razones?

—Perdón, señora, pero no creo que sea algo que deba compartir con todo el pueblo.

—Si es lo suficientemente importante como para tener una patrulla de policía parada veinticuatro horas afuera, creo que tenemos derecho a saber qué está pasando. ¿Sabía que tenemos vecinos con niños? ¿Y si ellos salen a jugar y terminan siendo alcanzados por alguna bala perdida?

—Eso no va a pasar.

—¿Quién nos lo garantiza?

—Señora...

—Downy, Elizabeth Downy.

—Entonces, señora Downy, puede estar segura de que usted y todos los niños de esta calle están a salvo.

—¿Y tú? —me preguntó, con una mirada firme.

—No tiene de qué preocuparse. —Fue la mejor respuesta que pude dar, pero sabía que no sería suficiente para calmar la curiosidad de esa mujer. Pronto el pueblo estaría lleno de rumores y teorías que no servirían para nada.

—Pero...

—Le agradezco mucho el pastel. —Tomé la bandeja de sus manos—. Estoy segura de que a mis hijas les encantará. Se ve delicioso. Ahora, si me permite, tengo que ocuparme de algunas cosas de la mudanza y pensar en la cena para mi familia. Será un

placer conversar con usted en otra ocasión. —La empujé suavemente hacia afuera hasta cerrar la puerta.

No era mi mejor momento de hospitalidad, pero no podía contarle la verdad a esa mujer.

Solté el aire con fuerza cuando me di cuenta de que finalmente había desistido y se había ido.

Me encantaría que mi mayor problema fueran las vecinas curiosas y las malas lenguas de un pequeño pueblo.



Malcon Collins

Capítulo cuarenta y ocho

Paré la patrulla frente a la escuela infantil donde mi hermana daba clases y mis hijas iban a estudiar.

Cuando Jennifer se marchó, fue Zoe, mi hermana menor, quien más me ayudó a cuidar de mi hija pequeña. Ella siempre traía a Judy para acá, y la niña había disfrutado del ambiente escolar desde pequeña. A mi hermana le gustaban los niños y mi hija podía convivir con otros mientras yo estaba dedicado a mi trabajo como sheriff.

Aunque preferiría que su madre estuviera cerca. Todo salió bien dentro de lo posible.

Vi a algunos otros niños salir con sus respectivos padres y esperé afuera, hasta ver a Zoe, pero para mi sorpresa, mi hermana estaba sola. Miré de un lado a otro, y no había ninguna señal de las niñas.

Antes de que ella me hablara, me acerqué.

—¡Hola, Zoe!

—¡Ey, Malcon! —Me sonrió ampliamente.

—¿Dónde están las niñas?

—¿Cómo que dónde están las niñas? ¿No las mandaste a buscar?

—¿A buscarlas?

—Sí. Hace más de media hora vino uno de los policías y se las llevó. Dijo que tú las habías mandado.

—Yo no las mandé a buscar.

—Era un policía, solo pensé que... —Mi hermana se tensó y vi cómo su expresión pasó de alegre a un asombro total en cuestión de segundos—. Era un policía… Llevaba el uniforme, dijo que estabas ocupado en la comisaría. Oh, Malcon…

—¡Maldita sea, Zoe! —grité, con una furia que no pude controlar—. ¿Qué policía? ¿Anotaste al menos su nombre o sacaste una foto? ¿Era alguno de los que ves conmigo o en la comisaría?

—No me acuerdo de haberlo visto antes.

—¿Y simplemente le entregaste a mis hijas?

—Yo… Yo no… —balbuceó, sin saber exactamente qué decir ante mi expresión furiosa.

—¡No debías haber hecho eso, Zoe!

—Vivimos en un pueblo tranquilo, siempre confiamos en todos…

—¡No ahora! ¡No en esta situación! —Me pasé las manos por el cabello, empujándolo hacia atrás. Estaba perdiendo la cabeza de

preocupación y sentía como si todo a mi alrededor girara, como si los árboles fueran a caer sobre mí.

—Malcon... —Mi hermana extendió la mano para tocarme el hombro y me aparté—. Lo siento mucho.

Por más que podía ver que ella también estaba alterada, sus palabras de disculpas no significaban nada para mí. Me sentía completamente perturbado y esa sensación solo se iría cuando pudiera encontrar a mis niñas.

Saqué mi celular del bolsillo y lo primero que hice fue llamar a la comisaría, avisando a mis verdaderos policías que mis hijas habían sido llevadas. Fuera quien fuera, tenía una hora de ventaja, lo suficiente para llegar a algunas ciudades cercanas y con un poco más, podría estar en Dallas. Tendría que llamar a mi hermano, contactar a la policía estatal o incluso al FBI.

No había mayor angustia para un padre que perder el paradero de sus hijas, y las teorías que empezaban a surgir en mi mente solo me dejaban más aterrorizado. Ni siquiera quería pensar en lo que podría pasar si ese monstruo que perseguía a Jennifer llegaba a poner las manos en mis hijas. Eran demasiado pequeñas y en ningún momento deseaba que pasaran por los mismos horrores que vivió su madre.

Tenía que protegerlas, esa era mi tarea principal…

Caí de rodillas, cuando sentí que la agonía en mi pecho iba a aplastar mi corazón.

Durante tres años, mi vida se había reducido a ser el mejor padre posible para Judy, y dejarla caer en las garras de alguien peligroso era algo que ni siquiera podría considerar.

—Malcon… —Zoe tocó mi hombro.

Giré la cabeza para mirarla y mi hermana menor ni siquiera pudo decir que lo sentía, porque eso era completamente irrelevante en ese momento.

—Si ese maldito…

—No pensemos en lo peor.

—¿Cómo no pensar en eso?

—Ah, Malcon…

Antes de que intentara decir algo más, sentí mi celular vibrar y lo saqué del bolsillo. Esperaba que el sargento que vino con la policía estatal pudiera ayudarme a pensar en alguna forma de traer a mis hijas de vuelta, porque en ese momento apenas podía pensar con claridad.

—¿Sheriff? —Era la voz de uno de mis policías al otro lado de la línea.

—Sí.

—Las niñas están en su casa.

—¿Cómo que en casa?

—Estoy aquí de guardia y las vi entregadas a su madre.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Por quién?

—Llevaba el uniforme estatal, pero no pude ver bien su rostro.

—Entonces ¿me estás diciendo que están en casa? —Era difícil de creer después de lo que había pasado.

—Sí, señor.

—Qué buena noticia. —Zoe parecía aliviada.

—Voy para mi casa —le dije al policía antes de colgar.

—Quizás pediste que las buscaran y se te olvidó —dijo mi hermana, con un tono algo más animado.

—No, Zoe. Yo no pedí nada. —De eso estaba completamente seguro. No me confundiría con algo así.

—Entiendo, pero están bien, ¿no?

—Eso es lo que voy a ver.

—Mantenme al tanto.

—Está bien.

Di un paso atrás y volví hacia la patrulla, conduciendo lo más rápido que pude hasta mi casa. Vi a los policías afuera, incluyendo a aquellos que me habían llamado. Saqué la llave del bolsillo, algo preocupado, y entré.

—Qué rico, mamá... —Escuché la voz de Judy y fui directo a la cocina, viendo a las tres sentadas alrededor de la mesa, comiendo lo que parecía una tarta de manzana.

—Ah, están aquí… —suspiré, aliviado.

—¿Qué pasó, Malcon? —Jennifer levantó la vista para mirarme —. Estás pálido.

—¿Quién dejó a las niñas aquí?

—Un policía.

—¿Qué policía? —pregunté con tono más firme, lo que hizo que ella abriera los ojos, aún más sorprendida por mi actitud.

—No lo sé.

—¿Qué te dijo?

—Que era para cuidar de nuestras hijas y que eran muy lindas.

—¿No era Nolan?

—¡Claro que no! ¿De dónde sacaste eso?

—¿Estás segura?

—¿Crees que no lo reconocería? —Movió la cabeza, enfatizando su confusión—. Malcon, por favor, dime qué está pasando.

—No fui yo quien mandó a buscar a las niñas. Cuando llegué a la escuela, Zoe me dijo que las había entregado a un policía, pero nadie tiene idea de quién es.

—¡Ay, Dios mío! —Jennifer se desplomó sobre el respaldo de la silla y, esta vez, fue ella quien se puso pálida—. ¿Crees que fue Nolan quien mandó a buscarlas?

—No me sorprendería si así fuera.

—¡Qué mierda! —Dejó escapar la palabrota, pero enseguida se arrepintió de haberla dicho frente a las niñas—. No repitan eso, niñas.

Ellas asintieron y siguieron comiendo. Estaban tan concentradas en el pastel que ni se enteraban de la gravedad del asunto del que yo hablaba con su madre.

—Pero él me las entregó en vez de secuestrarlas, ¿por qué?

—Fue una advertencia, solo una forma de asustarnos, exactamente igual que la paliza que le dio a mi hermano. Ese psicópata quiere demostrar que puede afectarnos, aunque no lo creamos.

—¿Qué vamos a hacer, Malcon? —ella resopló, dejando ver su preocupación y el miedo que podría estar sintiendo.

—Las niñas están bien. Por ahora, tenemos que mantener la calma.

—¿Hasta cuándo?

—No lo sé... —Odié dar una respuesta como esa, pero la situación se estaba complicando mucho más de lo que quería.

Una cosa era amenazar a mi hermano, que a veces merecía unos golpes, pero otra muy diferente era hacerle eso a mis hijas. Ellas eran pequeñas e indefensas, y la persona que se atreviera a amenazar a niños no podía tener ni un mínimo de escrúpulos.

—¿Tú hiciste este pastel? —Volví a fijarme en lo que estaban comiendo.

Jennifer negó con la cabeza.

—Nos la dio una de las vecinas. Vino a verme con excusa de ser cordial, pero en el fondo quería saber por qué desaparecí y por qué los policías estaban en la puerta. Cree que estoy poniendo en peligro a la comunidad y que todos tienen derecho a saberlo.

—Eso era lo último que me faltaba.

—Las chismosas del barrio podemos ignorarlas, y al menos el pastel está bueno.

—Por lo menos eso. —Sonreí.

—¿Quieres un pedazo?

Asentí con la cabeza.

Jennifer sirvió y me lo dio.

—Gracias.

Me acomodé en una silla cerca de ellas y traté de no seguir mostrando lo tenso que estaba, pero era mucho más difícil de lo que me gustaría. Ese maldito estaba demasiado cerca, por más que intentara evitarlo, y eso me volvía loco. Tenía que evitar que le hiciera daño a Jennifer y a las niñas.

—Necesito ingredientes para la cena. —Ella cambió de tema y me dio una sonrisa forzada.

—¿Qué te parece si pedimos una pizza hoy?

—¡Pizza! —Judy se emocionó de inmediato.

—¿No sería mejor algo más saludable? —Pensó por un momento Jennifer, pero cuando se dio cuenta de lo que pasaba, entendió que no quería que fuéramos a ningún lado.

—La pizza suena bien.

Asentí y saqué mi celular, llamando a la pizzería del pueblo, que dijo que el pedido llegaría en media hora.

Me gustaba tener el control de todo y estar seguro de las situaciones, pero era mucho más difícil de lo que podía admitir.



Jennife Dias

Capítulo cuarenta y nueve

Después de que las niñas se llenaron de pizza y les di un baño, las acomodé en la cama para dormir, y Malcon apareció detrás de nosotras, dándoles un beso en la frente a cada una de sus hijas.

Ellas estaban tranquilas y probablemente tendrían una noche tranquila, cosa que no podía decir de nosotros, los padres

Tan pronto como me di vuelta hacia Malcon en el pasillo, soltó un largo y profundo suspiro.

—Pareces exhausto.

—Ojalá fuera solo físicamente.

—Lo siento mucho por todo lo que están pasando.

—La culpa no es tuya —repitió, enfatizando—. De tu padre, de Nolan..., pero no tuya.

—Aún así, es por mi culpa que todo esto está pasando y me siento horrible por no saber qué hacer.

—No eres la única.

Me acerqué más y apoyé la cabeza en su pecho. Malcon me rodeó con su cintura y me pegó a él. Nos quedamos así un buen rato, y me dejé envolver por los latidos de su corazón. El sonido era reconfortante y ayudaba a que me calmara.

Pensé en ponerme de puntillas y besarle en la boca, pero antes de que pudiera hacerlo, su teléfono comenzó a sonar y se apartó para contestar.

—¡Hola!

Me quedé en silencio, solo prestando atención a lo que lograba escuchar de la conversación.

—Sí, están bien y en casa... No, aún no tengo idea de quién las trajo y no me gusta pensar en eso... Están durmiendo ahora... Okay, gracias. Buenas noches.

—¿Quién era? —me atreví a preguntar.

—Mi padre. —Malcon se giró hacia mí.

—¿Cómo están?

—Bien, supongo. Preocupados por nosotros, Zoe le contó lo que pasó, debe estar sintiéndose culpable.

—Tampoco fue culpa de ella...

—Pero mi hermana sabe la complicada situación por la que estamos pasando.

—Todos confían en ti y en los policías de este pueblo, no podía saber que ese en específico no era un policía de verdad.

—Pero... —Respiró hondo, mantuvo el aire en los pulmones un momento y finalmente decidió no decir lo que había pensado.

—¿Por qué no vamos a tomar un baño?

—¡Claro!

Sonreí, aceptando la mano que Malcon me tendió, y fuimos juntos a nuestro cuarto.

Nos desvestimos y entramos en el pequeño baño. Estábamos lo suficientemente cerca, chocando y tocándonos solo por movernos, pero ninguno de los dos se atrevió a pasar de ahí. Aunque el deseo que sentíamos el uno por el otro siempre era evidente, no era el mejor momento. Simplemente no teníamos ánimo para tener sexo ese día y era muy fácil entender por qué.

Después de secarnos y vestirnos, nos acostamos en la cama, apoyados el uno en el otro, y permanecimos en silencio un largo rato hasta que Malcon decidió interrumpirlo.

—Las niñas no van a ir a la escuela hasta que resolvamos esto. Las dejaré aquí contigo.

—¿Estás seguro? —Me giré de lado para mirarlo.

—No quiero que corran riesgos.

—Pero eso le mostrará a Nolan que está consiguiendo exactamente lo que quiere, asustarnos.

—No es el momento para hacerle frente, especialmente con nuestras hijas en medio de esto.

—Tienes razón —tuve que admitir.

—Sé que no les gustará esto, especialmente a Judy, pero puedes encontrar una forma de pasar el tiempo con ellas.

—Sí, puedo —asentí—. Hablaré con Zoe y le preguntaré si tiene algunas actividades que pueda sugerirme.

—Hazlo. —Sonrió, rodeando mis hombros. Malcon me dio un beso en la cabeza y me acurruqué contra él.

Nos quedamos así, juntos, hasta que nos quedamos dormidos.

Estaba agradecida de estar así, pero no podía evitar la culpa que pesaba sobre mis hombros y el miedo de que algo terrible le sucediera a ellos y yo no pudiera hacer nada para evitarlo.



Malcon Collins

Capítulo cincuenta

Había cinco policías de guardia en la puerta de mi casa y mi deseo fue quedarme allí, aunque sabía que podría hacer mucho más desde la comisaría, tratando de investigar y conseguir alguna prueba que me ayudara a incriminar a Nolan y sacarlo de una vez por todas del camino de mi familia.

Aquel hombre disfrazado era un fantasma alegre al que no le bastaba con encender la luz para que dejara de atormentarnos. Liam seguramente diría que la culpa era mía. Me había metido en esa situación al comenzar a salir con Jennifer, pero la verdad era que, aunque pudiera prever todo este lío, difícilmente dejaría de intentar rescatarla de todo eso.

Jackson tenía razón, desde niño siempre me creí un héroe y pensaba que podía proteger a todos. Era mi personalidad, y eso me impulsó a entrar en la policía y convertirme en el sheriff del pueblo.

Lo único que tal vez haría diferente sería haber descubierto eso antes para que Jennifer no hubiera huido, y para que Judy no hubiera tenido que pasar tanto tiempo sin su madre, ni Jasmine sin mí, o yo sin la mujer que amaba.

Cuando llegué a la comisaría, todo lo que quería era encontrar al falso policía que se había acercado a mis hijas y había

hecho una amenaza velada, mostrando que no estaban tan seguras como me gustaría.

Pedí acceso a las cámaras de seguridad del pueblo: en el bar de Billy, en el restaurante de Troy, en la gasolinera de los Tucker; pero nada. Eran horas y horas de grabaciones que no llevaban a nada.

Uno de los problemas de un pueblo pequeño, donde todos confiaban en todos, era que la seguridad no se trataba como una prioridad. ¿Para qué cercas altas y perros si nadie iba a invadir?

Eso solo no era bueno cuando teníamos que lidiar con alguna amenaza.

Estaba sentado en mi mesa, mirando una de las grabaciones, cuando uno de los policías me llamó y me hizo levantar la cabeza.

—¿Sheriff?

—¿Qué pasa?

—Hay una señora aquí diciendo que vio algo. ¿Puedo dejarla entrar?

Reflexioné un momento, pero finalmente asentí. La lengua larga y el olfato observador de las mujeres de aquel pueblo debían de servir para algo.

Miré a la mujer, su ropa de beata y el cabello canoso recogido en un moño mientras se acercaba a la entrada de mi oficina. Me

levanté y asentí con la cabeza cuando ella se detuvo frente a mí.

—¿Señora Downy?

—Ah, hola, sheriff.

—¿Vino a hablar sobre su pastel? —comenté—. Estaba delicioso, muchas gracias.

—De nada —dijo, con una sonrisa amistosa—. Llevaré otro cuando mi hijo traiga manzanas frescas de la granja.

—Es muy generoso de su parte.

—Sé lo mucho que les gustan a los niños.

—Siempre les encanta lo dulce. —Reí—. Pero no vino hasta aquí solo para hablar del pastel, ¿o sí?

—¡No, claro que no!

—Entonces, ¿qué es? ¿Algo que requiera de la policía?

—Fui al restaurante hoy, a veces almuerzo allí con mis amigas del club de costura. Debe conocerlo, su madre...

—Por favor, vaya al grano —dije, tratando de no sonar grosero, pero definitivamente no tenía tiempo para eso.

—Oí que estaba buscando a alguien. Sospeché que algo andaba mal desde que vi a los policías parados frente a su casa.

—¿Y vio algo? —pregunté.

—Vi al policía que dejó a sus hijas en su casa encontrándose con un tipo raro que andaba rondando el pueblo hace unos días. No sé, me quedé con la duda, tal vez no sea nada, pero pensé que era mejor contarle.

Me moví hacia el ordenador, busqué una foto de Nolan y giré la pantalla para que ella pudiera ver la imagen.

—¿Por casualidad uno de esos hombres era este?

—Sí. El que estaba en el coche y se encontró con el policía. ¡Él anda rondando por el pueblo! ¿Es un criminal? Necesitamos saberlo, sheriff. Nuestros niños juegan en la calle y van a la escuela todos los días, no podemos dejar que estén en peligro.

—No necesita entrar en pánico, señora Downy. Ya estoy tomando cartas en el asunto y este hombre no es una amenaza para el resto del pueblo.

—Pero sí para su familia. —La señora era un poco más astuta de lo que me gustaría—. Este tipo anda rondando la ciudad desde que ella volvió y usted también trajo policías de afuera. ¿Es porque ella ya estaba casada? ¿Es eso?

—No, señora Downy, Jennifer no estaba casada.

—Entonces, ¿quién es este hombre, sheriff?

—Alguien que la está amenazando a ella y a mis hijas.

—¿Por qué?

—Es una larga historia, señora.

—Si nos la cuenta, tal vez podamos ayudar.

—Lo dudo mucho. —Fui honesto—. Lo que más ayudaría es que no se involucren hasta que logre solucionar la situación. El sujeto que usted vio, ese hombre —apunté a la pantalla del computador—, es muy peligroso y no quiero que usted ni ningún otro civil de este pueblo se acerquen a él, ¿está bien?

—Si es tan peligroso, ¿por qué no lo arresta de una vez?

—Es más complicado de lo que parece, pero necesito que sigan confiando en mí, como lo han hecho durante todos estos años.

—Pero...

—¿Puede hacerlo, señora Downy?

Finalmente, ella asintió.

—Gracias. Sería muy bueno que el pueblo no se asustara, eso no va a ayudar en nada ahora.

—Déjelo en mis manos. Yo me encargaré. Avíseme si necesita algo.

—Tal vez algunos pasteles para los policías.

—Está bien. —Sonrió.

La visita de la señora no trajo nada realmente relevante para mi investigación, pero al menos me sirvió para confirmar que Nolan

estaba detrás de todo esto.



Jennife Dias

Capítulo cincuenta y uno

—¡Apártate de la ventana, Judy! —le grité a mi hija, que estaba distraída mirando el paisaje y observando cómo pasaba el tiempo—. Vamos a hacer la actividad que nos mandó tía Zoe. ¡Mira, tiene ovejitas, qué divertido!

No tuve la oportunidad de estudiar, apenas terminé la secundaria. Cuando uno está huyendo de un lugar a otro, la educación no es precisamente una prioridad. Sin embargo, sabía lo importante que era y quería que mis dos hijas tuvieran oportunidades y una vida mucho mejor que la mía.

—¡Ven, Judy!

—¡Mamá! ¡Humo!

—¿Qué? —Me sorprendió su comentario.

—¡Mira! —Apuntó hacia fuera de la ventana y me acerqué para ver qué era; Jasmine vino conmigo.

Cuando me acomodé en el sofá, de rodillas para ver mejor, me sorprendió por completo el túnel de humo que salía de la casa de enfrente, junto con las llamas que parecían consumir una de las habitaciones.

—¡Fuego! —exclamó Judy. Ella ya se había dado cuenta del incendio, aunque no comprendía la magnitud de lo que estaba ocurriendo.

Vi a los policías que estaban protegiendo mi casa en la entrada, movilizándose para ayudar a los vecinos antes de la llegada de los bomberos, que no estaban muy lejos y contaban con pocos efectivos.

—Volvamos a las actividades, niñas —intenté distraerlas, aunque Judy no estaba muy contenta, estaba curiosa y quería seguir mirando, pero no creía que fuera bueno para ellas estar observando cómo alguien más perdía su hogar.

Esperaba que pudieran apagar el fuego antes de que se perdiera demasiado, porque era una gran tragedia.

—¡Judy!

—Ah, mamá…

—Nada de "ah, mamá" —le respondí con firmeza. A pesar de que ya tenía cinco años, no debía desafiarme—. Vamos a hacer los ejercicios de conjuntos. Es divertido.

Ella me miró un rato, hasta que finalmente asintió.

—¿Cuántas ovejitas hay aquí?

—¿Cuatro?

—¡Eso, cuatro! ¿Y cuántas manzanas?

Mi hija mordió su labio inferior y pareció contar, hasta que abrió la mano y miró sus deditos.

—¿Cinco?...

—Mira bien.

Estábamos concentradas en el ejercicio cuando escuché un golpe fuerte en la puerta.

Me levanté, pensando que podría ser uno de los policías, tal vez necesitaba una manta o agua para ayudar a sofocar el incendio.

—Quédense tranquilas aquí —les avisé a las dos al levantarme.

Judy me miró, pero no dijo nada.

Fui hasta la puerta y la abrí sin pensar demasiado. No me pasaba por la cabeza que en ese momento podríamos estar en peligro.

—¿Qué haces aquí? —Me sorprendí enormemente cuando mis ojos se encontraron con los suyos.

Un escalofrío recorrió toda mi espalda y me dejó completamente paralizada cuando Nolan sacó un arma y la apuntó a mi estómago.

—Mejor quédate bien quieta...

—¡No deberías estar aquí!

—¡Shh! —Colocó su dedo sobre su boca, haciendo un gesto para que me quedara en silencio y acercó el arma a mi abdomen.

—Por favor, mis hijas están aquí.

—Qué lindas que son, ¿no? Serían más bonitas si se parecieran más a ti, pero lamentablemente nada es perfecto.

—Vete, por favor...

—¿Por qué? —Apretó aún más el arma contra mi barriga, dificultando mi respiración—. Acabo de llegar, ¿por qué no me dejas entrar y pasar un rato con las niñas?

—Nolan...

—No querrás que me quede afuera, ¿verdad?

Sin alternativas, di algunos pasos vacilantes hacia atrás, lo suficiente para que Nolan entrara y nos encerrara dentro de la casa.

—Fuiste tú quien incendió la casa de los vecinos. —No necesitaba mucho para deducirlo.

—Necesitábamos una distracción para que nos quedemos a solas.

Tragué en seco, el miedo que sentía por su presencia era insoportable. Mirar sus ojos me traía todos los recuerdos aterradores de las pesadillas que me había causado en el pasado.

—Mamá... —llamó Judy, apareciendo detrás de mí, curiosa por lo que podría estar pasando y notando mi ausencia.

—Hija, toma a tu hermana y llévala al cuarto de arriba. —Intenté mantener la calma, aunque era completamente imposible. Nolan infundía tanto terror en mí que no podía ocultarlo.

—Pero, mamá...

—Por favor, Judy.

—¿Quién es este señor?

—Llévala a jugar a su cuarto, hija, por favor —supliqué, tratando de contener las lágrimas que ya se acumulaban en mis ojos.

—¿Por qué no vienen aquí con nosotros? —Nolan sonrió de forma siniestra, acercando su rostro para mirar a mi pequeña detrás de mí—. Me encantaría conocerlas mejor.

—Te lo suplico. —No pude evitar que una lágrima cayera pesadamente por mi rostro—. No te acerques a ellas.

—¿Por qué no? Son tan bonitas.

—¡Son solo niñas, por el amor de Dios!

—¿Dios? —Se echó a reír—. No sabía que fueras religiosa. Creo que algunas cosas cambiaron mientras estuvimos separados, ¿verdad, amor? —Extendió la mano para tocar mi rostro y me aparté rápidamente, inclinándome todo lo que pude hacia atrás—. Sobre todo eso de darles dos hijas a otro hombre.

—Ellas no tienen la culpa de nada.

—¿Crees que me importa eso? —Inclinó la mirada con una expresión tan oscura que hizo que mi sangre se helara en las venas.

—Mamá... —Judy empezó a quejarse.

—¡Anda, hija, sube!

—Pueden quedarse aquí. —Apretó el arma contra mi barriga, haciendo que tragara nuevamente en seco.

No me importaba mucho lo que pudiera pasarme a mí, siempre y cuando mis hijas estuvieran a salvo. No quería que presenciaran la muerte de su madre o cualquier otra atrocidad que ese monstruo tuviera en mente para mí.

—¡No!

—Déjalas...

—¡Judy, sube! —ordené con un tono más firme y mi hija terminó obedeciéndome, yendo a la sala a buscar a su hermana.

Ella solo tenía cinco años, no debía cargar con esa responsabilidad, pero yo necesitaba asegurarme de que las dos estuvieran a salvo.

No pude voltear para ver qué estaba pasando detrás de mí, pero escuché cómo subían las dos por las escaleras, mientras Jasmine sollozaba. Pobrecitas, las dos no entendían nada, pero solo con estar arriba, lejos de la mira del arma que Nolan presionaba contra mi abdomen, me sentía un poco menos aterrada.

—Ahora somos solo tú y yo. —Nolan levantó el arma y la apuntó a mi rostro, rodeándolo con el cañón frío de una forma que me dejaba aún más paralizada.

—Por favor, vete... —sollocé, completamente aterrada.

—¿Crees que hice todo esto para dejarte ir ahora?

—No soy nada. Estoy segura de que puedes tener a la mujer que quieras.

—¡Estás equivocada! —Apuntó el cañón del arma contra mi sien, haciendo que más lágrimas de desesperación salieran de mis ojos—. Eres mía desde el acuerdo que hice con el drogadicto de tu padre. ¡Me perteneces, Jennifer! ¡Estoy harto de tener que perseguirte por todo el país mientras juegas a la casita con otros hombres, perra!

—No es así...

—¿No? —Se echó a reír ruidosamente—. Es exactamente como yo quiera. —Bajó el arma y con la otra mano me tomó del cuello, empujándome hacia atrás hasta que mi espalda chocó contra la pared del pasillo.

Dejé de respirar. Los dedos de él rodeando mi garganta ejercían una presión dolorosa. Aunque no era la primera vez que Nolan me lastimaba de esa manera, no hacía que fuera menos aterrador.

—¡Puta!

—Pero... —Traté de suplicar, pero la presión en mi cuello me impedía hablar.

—¿Qué? —Inclinó la cabeza, acercando su oreja a mi boca, pero yo no podía hablar—. No deberías haber huido de mí.

Me quedé paralizada, como si sus manos me hubieran convertido en piedra mientras él bajaba el cañón del arma por mi escote y lo detenía en el espacio entre mis tetas. Pensaba que un disparo allí haría que mi corazón se detuviera antes de que mi cerebro se diera cuenta de que estaba muerta.

—¿Cuántos?

Me quedé confundida con su pregunta y no pude responder, porque no sabía exactamente qué quería Nolan.

—¡Te pregunté cuántos, puta de mierda! —gritó, y si hubiera podido atravesar la pared que estaba detrás de mí, lo habría hecho.

—¿Cuántos qué? —me esforcé por decir, mientras él me amenazaba con esa expresión aterradora.

—¿Cuántos además de ese sheriff del pueblo?

—¿Eh?

—¿Con cuántos te acostaste, putita? Apostaría a que así es como sobrevivías.

—Estás equivocado. Yo nunca... nunca me prostituí. Amo a Malcon. —Decir eso fue sin duda un gran error, pero no pude pensar con claridad en medio de una situación tan tensa.

—¿Amas? —Soltó mi cuello y me tomó del cabello, tirando de él hacia atrás con tanta fuerza que me hizo golpear la cabeza contra la pared, dejándome con las sienes palpitando.

—Nolan, por favor...

Me empujó la cabeza hacia abajo con tanta violencia que mis rodillas cedieron. Puse las manos sobre sus muslos en un reflejo para no caer, pero me arrepentí de inmediato cuando la mano que me sujetaba el cabello con tanta ferocidad sacudió mi cabeza.

—Uno pensaría que una rata de alcantarilla como tú sabría lo que es el amor. Apostaría a que solo estabas usando a ese idiota.

—¿Por qué no me sacas de aquí? —Intenté levantar la cabeza y mirarlo con firmeza, por más difícil que fuera—. Volvamos a Seattle y nadie tiene que salir lastimado.

—¿Crees que será tan fácil?

—Por favor...

—¡Deja de suplicar! —me gritó, tirando de mi cabello con tanta fuerza que, por el dolor, pensé que me quedaría calva.

—¿Qué quieres que haga?

—Sé una buena mujer, al menos una vez.

—Solo no hagas más daño...

—¿Crees que puedes hacer algún tipo de trato conmigo después de todo lo que me hiciste pasar? Tengo muchas cosas que resolver en Seattle, pero en vez de eso, tuve que salir a buscar a una puta fugitiva por todo el país.

—Solo llévame de vuelta.

—Nunca debiste haber huido de mí, para empezar.

Sentía que este podría ser mi final, pero no me importaba lo que Nolan me hiciera, mientras mis hijas y Malcon estuvieran a salvo. Tuve suerte de haberme involucrado con un hombre tan bueno y con una familia tan acogedora, porque no importaba lo que me pasara, mis hijas tendrían una vida y una adolescencia mucho mejor que la mía, y eso me daba algo de calma en medio del caos.

—Lo sé... —murmuré—. Me arrepiento de haber huido, nunca debí haberte dejado y sé que estás furioso por eso.

—Furioso es poco.

—Solo te pido que me lleves de vuelta para corregir mi error.

Él soltó una risa alta y cruel que hizo que cada vello de mi cuerpo se erizara y el pavor corriera aún más fuerte por mis venas.

—¿Crees que será tan fácil?

—Por favor...

—¡Deja de pedir por favor! —Volvió a sacudir mi cabeza y el mareo subió desde la base de mi estómago. Sabía que iba a terminar mal, pero trataba de mantenerme firme y creer que podría enfrentar cualquier cosa que me pasara—. Sé una buena perra y hazme feliz.

—Aquí no. —Lloré.

—¿Por qué? ¿No quieres manchar los recuerdos con ese sheriff tonto?

—Las niñas están arriba.

—¿Y qué? Al menos te las has quitado de en medio.

—Así no...

—¡Va a ser como yo quiera!

Nolan soltó mi cabello, pero antes de que los mechones cayeran alrededor de mi rostro, me dio una bofetada tan fuerte que por poco no golpeé mi cabeza contra la pared otra vez. Era tan brutal que ni siquiera podía creer que estuviera pasando.



Malcon Collins

Capítulo cincuenta y dos

Sentí un malestar en el pecho que me hizo inclinarme hacia adelante y poner la mano sobre el corazón, que latía fuerte. No debía ser nada más que el peso de aquellos días tan caóticos cayendo sobre mis hombros, pero aún así, la sensación era aún peor y simplemente no pude ignorarla.

Tomé mi celular y llamé a Jennifer. Ella debería estar bien y en casa con nuestras hijas, pero cuando la llamada se cortó sin que me respondiera, me alarmé aún más. Debería haber mil razones por las que no me atendiera de inmediato, pero ninguna de ellas me gustaba.

Intenté llamar de nuevo, pero otra vez la llamada cayó al buzón de voz. Jennifer podría estar preparando la cena o dándoles un baño a las niñas, pero no me sentiría tranquilo hasta hablar con ella.

Llamé a uno de los policías que debía estar de guardia en la puerta de mi casa y él respondió después de algunos tonos.

—¿Sheriff?

—Cabo, ¿cómo está todo por ahí?

—Todo tranquilo, señor.

—¿Nada de lo que deba preocuparme?

—No.

—Genial. No han dejado de vigilar la casa ni un instante, ¿verdad?

—No —respondió demasiado rápido—, en realidad...

—¿Qué pasó?

—Una casa en la vecindad comenzó a incendiarse, y fuimos a ayudar, pero solo por unos minutos hasta que llegaron los bomberos.

—¿Alguien se lastimó?

—No, señor, y el incendio ya está controlado.

—¿Y mi esposa y mis hijas?

—No salieron de la casa.

—¿Puedes ir allá y ver cómo están?

—¿Pasó algo, sheriff? —Se extrañó por mi petición, pero solo quería asegurarme de que todo estuviera bien con ellas.

—No, pero ¿puedes ir a revisar?

—Claro, señor. Voy a tocar la puerta y le avisaré.

—Gracias.

No le mencioné que Jennifer no había contestado las llamadas, tal vez solo fuera un malentendido. Al menos eso era en lo que trataba de creer.



Jennife Dias

Capítulo cincuenta y tres

Mis ojos estaban hinchados y ya no podía detener las lágrimas que caían como cascadas. El miedo y el pavor eran tan grandes que me dominaban y paralizaban. Quería decir que podría controlar la situación, pero no tenía la menor idea de cómo hacer para convencer a Nolan de que dejara todo eso.

Podía ver en sus ojos, era como si cada vez que pensaba en mí y en Malcon, más furioso se ponía.

Eso era terrible y odiaba que las niñas estuvieran lo suficientemente cerca. Si algo me pasaba, ¿cómo iba a impedir que ese monstruo se acercara a ellas?

—Volvamos a Seattle —supliqué—. Te prometo que me comportaré, nunca más huiré de ti.

—¿Crees que esas promesas vacías me convencen de algo? —Me agarró de la mandíbula, apretó el hueso y levantó mi cabeza para que lo mirara—. Estuve diez años persiguiéndote. ¡Diez años!

—Lo sé... Lo siento mucho por eso, pero la situación no se repetirá.

—¡No lo sientes una mierda!

—Nolan...

—¿Crees que soy un idiota, mujer? Ya me engañaste por mucho tiempo.

—Pero ahora será diferente... te lo prometo.

Soltó mi mandíbula, haciéndome caer hacia atrás y golpeándome la espalda contra la pared.

—No soy un idiota.

Antes de que pudiera hacerme cualquier otra cosa, escuchamos el timbre de la entrada sonar.

—Necesito atender —dije.

—¡No vas a atender una mierda! —volvió a gritar, molesto.

—Van a empezar a sospechar que algo anda mal.

—¿Y qué?

—No quieres que nadie nos interrumpa, ¿verdad? —Estaba intentando todo para convencer a Nolan, porque en el fondo no quería que Malcon apareciera ahí y quedara en la mira de esa arma. El sheriff podría terminar lastimado, y esa idea me aterraba—. Solo voy a asegurarme de que quien sea que esté ahí se vaya y podamos continuar nuestra conversación sin más interrupciones.

—Hazlo ya —dijo, alejándose de mí, pero aún mirándome con una expresión amenazante—. Pero no hagas nada raro o iré a ver a tus hijas en el piso de arriba.

—Por favor, no —supliqué.

—Entonces, compórtate.

—Solo echaré sutilmente a quien esté tocando y ya vuelvo.

—Será mejor que no hagas nada raro. —Volvió a apuntarme con el arma.

—Te prometo que no haré nada.

—Más te vale.

Me froté los ojos, tratando de ahuyentar las lágrimas y caminé hacia la entrada de la casa. Abrí la puerta y me encontré con dos policías parados. Estaban serios, pero no parecía que sospecharan que algo raro estaba pasando.

—¿Está todo bien, señora Collins?

—Sí. —Forcé una sonrisa, intentando disimular los ojos hinchados—. Todo está bien.

—Vinimos solo a verificar cómo están usted y las niñas.

—Todo está bien por aquí. —Forcé otra sonrisa, tratando de convencerlos.

—¡Qué bien! —Uno de ellos me sonrió.

—Pueden quedarse tranquilos.

—Eso es bueno.

—Vi el incendio, ¿alguien resultó herido? —Cambié de tema, tratando de fingir que realmente no pasaba nada.

Aunque quería gritar para que esos hombres me ayudaran, sabía que eso sería una imprudencia que podría poner en peligro la vida de mis hijas, y eso no lo deseaba de ninguna manera.

—Afortunadamente no. —El policía sonrió—. Ayudamos a controlar el fuego y los bomberos llegaron rápido.

—Qué buena noticia.

—Así es.

—Pueden quedarse tranquilos, todo está bien aquí —les aseguré una vez más, tratando de que mi voz no revelara lo contrario.

—Maravilloso, señora Collins. Que tenga una buena tarde.

—Gracias. —Asentí con la cabeza y cerré la puerta sin siquiera considerar invitarlos a entrar.

—¿Pensabas quedarte hablando con ellos el resto de la tarde? —Cuando me giré, Nolan tenía los dientes apretados y el arma apuntándome.

—Solo necesitaba transmitir que todo estaba bien.

—¿O dejar que sospecharan algo?

—No, te juro que no.

—Será mejor que no intentes nada, o no serás la única a la que voy a matar.

—Son solo niñas... —El desesperado sentimiento volvió a consumir mi pecho y no podía ni respirar bien.

Por ellas, estaba dispuesta a entregarme y nunca más huir, solo necesitaba asegurarme de que Nolan nunca más se acercara.

—Malcon no va a tardar en llegar, es mejor que nos vayamos antes de que eso pase. Así nadie sale herido.

—¿Quién te dijo que no quiero que alguien se lastime? —La sonrisa sombría que me lanzó me hizo retroceder—. Tengo planes para ese sheriff de mierda.

—Por favor, no lo lastimes —supliqué, incapaz de razonar bien.

—¿Crees que vas a poder protegerlo después de todo lo que hizo contigo?

—Él no hizo nada. No sabía nada. Nunca le conté sobre nosotros. La culpa es toda mía, siempre lo fue. Yo mentí y engañé.

—¡Cállate! —Nolan me golpeó con la culata del arma, lo que me hizo dar algunos pasos tambaleantes a un lado y caer de rodillas.

El dolor en la cabeza fue tan intenso que levanté las manos y me apreté las sienes, que me pulsaban.

—No encajas como heroína, nunca fue tu papel, Jennifer.

—No quiero ser heroína, Nolan. Solo sé que no necesitamos involucrar a quienes no tienen nada que ver con esto.

—No me importa una mierda. —Apretó los dientes.

En ese momento sentí que tal vez no sería tan fácil sacarlo de la casa antes de que Malcon llegara, y eso podría costarle la vida al sheriff. Solo pensar en esa posibilidad me aterraba, y las ganas de llorar eran aún mayores.

Malcon no merecía nada de eso. Podía pasarme cualquier cosa, pero las niñas lo necesitaban.

—Sabes que esto es una estupidez —traté de argumentar, aunque mis palabras salieran dudosas.

—¿Estupidez? —Nolan levantó las cejas, sorprendido por lo que dije.

—Sí. Si nos vamos, solo tú y yo, no tendrás que preocuparte por nada más. Ya tengo un historial de ser una fugitiva, y la culpa recaerá sobre mí, pero si lastimas al sheriff o a cualquier otra persona de este pueblo, ¿crees que vas a salir impune? La policía de Texas e incluso el FBI irán tras de ti.

—No podrán hacer mucho en mi ciudad.

—Crees que eres muy poderoso, pero Malcon es hermano del gobernador, que está en el mismo partido que el presidente.

—¿Eso es una forma de amenazarme? —Rió, como si no le importara lo que estaba diciendo.

—No, para nada. Solo es una advertencia. No valgo nada, pero no querrás meterte con las personas equivocadas.

—Yo también soy una persona poderosa, puta de mierda.

—Sería una estupidez ver quién tiene más poder.

—Estúpida eres tú si piensas que puedes convencerme de algo. Este juego no es tuyo, Jennifer, es completamente mío.

—Lo sé, nunca pensé lo contrario.

—Te conozco muy bien, maldita, y la inteligencia nunca fue tu fuerte.

—Solo quería sobrevivir.

—¿Sobrevivir? —gritó, como si hubiera una cuestión que no entendía completamente.

Solo asentí con la cabeza.

—Pude haberte hecho una reina, pero, ¿cómo me agradeciste? ¡Huyendo!

—Solo era una niña, estaba asustada... ¡Me violaste! —Se me llenaron los ojos de lágrimas al recordar todo el dolor. Tenerlo encima de mí, metiéndome la verga a la fuerza mientras yo forcejeaba y le suplicaba que parara…

—Pudo haber sido mucho mejor si no hubieras luchado tanto, pero nunca quisiste ser una buena niña. Esa rebeldía tuya es lo que más me irrita. —Nolan dio unos pasos hacia mí, y pensé que iba a

volver a golpearme, pero antes de alcanzarme, escuchamos el picaporte de la puerta moverse.



Malcon Collins

Capítulo cincuenta y cuatro

Cuando bajé de la patrulla en el garaje de mi casa, vi la residencia del otro lado de la calle, chamuscada por el incendio que ya había sido controlado. En otro momento iría hasta allá, preguntaría cómo estaban y si podía ayudar en algo. Desde niño, mis padres me habían enseñado a cuidar de este pueblo de la mejor forma posible, y tanto mi familia como yo nos tomábamos eso muy en serio. Sin embargo, en ese momento, una especie de emergencia me latía en el pecho.

Aunque uno de mis oficiales ya había hablado con Jennifer y me había asegurado que todo estaba bien, no podía dejar de pensar que algo podría estar pasándole, a ella o a las niñas. Estaba deseando que esa sensación tan incómoda desapareciera en cuanto las viera. Así que me apresuré a entrar en casa.

Apenas abrí la puerta principal, me sorprendió el silencio, pero supuse que las niñas podrían estar dormidas.

Di unos pasos hacia el interior y me llevé un susto al ver a Jennifer de rodillas, con un tipo detrás de ella, sujetándola del cabello y apuntándole con un arma a la sien. Sin pensarlo mucho, saqué mi arma y la apunté directo hacia él.

—Suelta a mi mujer —gruñí.

—¡Sheriff! —Rió él—. Justo me estaba preguntando cuándo ibas a llegar para unirte a la fiesta. Jennifer me estaba contando cuánto le gusta engañar a los hombres y hacerlos quedar como idiotas. Empezó conmigo...

—Ya te dije que la sueltes.

—¿O qué? —continuó, inflando el pecho—. No estás en posición de exigir nada, sheriff.

—¿De verdad crees que vas a salir ileso si la lastimas?

—¿Quién tiene más que perder?

—Aléjate de ella.

—Es más mía que tuya.

—Jennifer no es una propiedad para que hables así. —Mantuve el arma apuntando al hombre. Mis dedos resbalaban sobre el metal y el corazón me latía como un tambor. Había enfrentado pocas situaciones con rehenes, y sin duda esta era la peor de todas.

—Tienes un bonito discurso de buen tipo, sheriff, lástima que no sea suficiente. Y menos tratándose de una mujer como esta. —El cretino le dio una patada a Jennifer que me hizo rugir de rabia.

No tenía idea de cuál era el maldito sentido de superioridad que ese cabrón tenía en la cabeza, pero no lograba encontrar ninguna justificación para que alguien tratara así a una mujer o a cualquier otra persona. Por más enojado que estuviera por el tiempo

en que Jennifer había estado huyendo, tenía todo el sentido del mundo que le tuviera miedo a un gusano como ese.

—Suéltala.

—No lo voy a hacer —dijo, sonriendo con convicción.

—Si te atreves a hacerle algo, no vas a salir vivo de acá.

—Estoy seguro de que seré el primero en disparar —dijo, con una sonrisa sombría que me dio escalofríos y me confirmó que ese sujeto estaba completamente loco.

—Si bajas el arma, te dejo salir de aquí y nadie sale herido.

—No vine a negociar nada contigo, sheriff.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Hacer que esta perra sufra. —Tiró del cabello de Jennifer con más fuerza y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Aléjate de ella! —rugí.

—¿Ves quién no está en condiciones de exigir nada? —se burló, y confirmé que estaba completamente desequilibrado.

Sin duda, esa era la situación más tensa que había vivido en mi vida, y no tenía idea de cómo reaccionar.

—Yo bajo mi arma si tú haces lo mismo.

Él solo se rió.

—Ay, ay, sheriff, definitivamente eres un idiota.

—Ya te dije que me voy contigo —dijo Jennifer, desesperada —. Solo deja a Malcon y a las niñas en paz.

—Jennifer, no... —supliqué ante esa idea suya.

—Es lo que debí haber hecho desde el principio.

Negué con la cabeza. De ninguna manera iba a dejar que se fuera con ese tipo. El terror en sus ojos y su llanto me daban aún más certeza de eso.

—Jamás.

—Además de heroico, eres un idiota —siguió burlándose—. Aquí quien decide cómo serán las cosas soy yo, ¿no? —Se inclinó y le agarró la mandíbula a Jennifer con una mano, obligándola a mirarlo, y cuando la besó, sentí el estómago revolverse de puro asco.

No podía permitir que ese sujeto abusara de mi mujer frente a mí. Lo único que quería era no pensarlo demasiado y dispararle directo en la cabeza, pero si lo hacía, existía el riesgo de que Jennifer saliera herida, y no podía permitir que mis hijas se quedaran sin su madre.

—Nos vamos a ir, ¿verdad, Nolan? Nadie tiene que salir lastimado.

—No es exactamente lo que quiero.

—Por favor...

—¡Basta de súplicas! ¿Todavía no entendiste que no tienen ningún efecto en mí?

—No ganas nada haciendo esto.

—Todo lo contrario. Me divierto mucho con todo el sufrimiento que puedo causarte, y creo que ni siquiera hemos empezado. —Al escuchar esas palabras salir de su boca, supe con certeza que era un maldito enfermo. Alguien que se divierte con el sufrimiento ajeno solo puede ser un psicópata.

—Papá... —Judy apareció en lo alto de la escalera y sentí que el corazón se me salía del pecho. Eso solo aumentó mi preocupación por la gravedad de la situación al darme cuenta de que mis hijas también estaban en riesgo.

—Vuelve al cuarto, querida —suplicó Jennifer.

—Pero, mamá...

—Por favor, hijita. —Fue mi turno de rogar—. No quiero que estén aquí viendo todo esto.

—Tengo miedo —sollozó.

—Está todo bien, Judy. Solo estamos hablando con un amigo de mamá. Vuelve a tu cuarto y después vamos a jugar.

—Pero...

—Anda, hija.

Todavía con desconfianza, ella terminó acatando mi orden. Sería difícil explicarle por qué estaba apuntándole con mi arma a un hombre que amenazaba a Jennifer, pero ese era un asunto para otro momento.

—Quizás me llevo a una de ellas... o a las dos —amenazó el desgraciado, haciéndome enfurecer aún más.

—No te atreverías —dije, entre dientes.

—Jennifer ya se está poniendo vieja y aburrida...

—¡No! —Esta vez fue ella quien se enojó—. ¡No vas a tocar a mis hijas, maldito monstruo!

Todo pasó demasiado rápido. No tenía idea de dónde Jennifer había sacado tanta fuerza, pero empujó a Nolan, haciéndolo retroceder varios pasos, tambaleándose.

El arma se disparó y sentí que el corazón se me detenía por unos segundos. Me aterraba la posibilidad de que ella hubiera sido alcanzada por una bala. Sin embargo, no tuve tiempo de pensar en lo que acababa de pasar, porque antes de que Nolan volviera a apuntarle a Jennifer, yo le disparé. Una bala le dio en el pecho y la otra en la garganta. Cayó hacia atrás, ensuciando el suelo de mi casa con su asquerosa sangre.

Me acerqué, pateé su arma lejos y lo dejé desangrándose, ahogándose con su propia sangre, mientras me inclinaba para ver cómo estaba Jennifer. A pesar de tener los ojos bien abiertos del

susto, no parecía tener heridas graves... hasta que vi la sangre que le escurría por un costado del rostro.

—¡Jennifer!

—Estoy bien.

—No, estás sangrando.

—¡Ay! —Se llevó la mano al costado de la cara y notó que tenía una zona dolorida.

—¡Te dieron un tiro!

—Estoy bien.

—Voy a llevarte con Cora para que te revise.

—No hace falta... Las niñas…

—Van a estar bien. —La levanté en brazos, sin prestarle atención al cuerpo tirado en el suelo. Abrí la puerta del salón y los policías ya estaban entrando.

—Señor, escuchamos disparos.

—El criminal estaba aquí dentro.

—¿Qué?

—Está muerto en el piso. Encárguense del cuerpo y que otro oficial suba a vigilar a mis hijas, que están en el piso de arriba. Yo me llevo a Jennifer a la clínica —di las órdenes a toda prisa y los

agentes pasaron junto a mí mientras yo salía rumbo a la patrulla y acomodaba a Jennifer en el asiento del copiloto.

—Las niñas...

—Van a estar bien. Y tú también.

—Yo estoy... —Parpadeó varias veces y me di cuenta de que estaba mareada.

No estaba seguro de que realmente estuviera bien.

Tomé el volante y manejé tan rápido como pude hasta la clínica pública del pueblo, donde trabajaba mi hermana, Cora. Apenas frené en la entrada, Melissa, la asistente de enfermería, vino corriendo hacia nosotros, notando que algo andaba mal.

—¿Sheriff?

—A Jennifer la hirieron.

—¿Con qué?

—Un disparo.

—¡Dios! —Se puso algo pálida y tardó en reaccionar mientras yo sacaba a Jennifer en brazos y la llevaba adentro.

—¿Dónde está mi hermana?

—Está atendiendo a un paciente.

—¡La necesito ya!

—Tranquilo, sheriff.

—Está sangrando.

—Acompáñeme, por favor, a uno de los consultorios. Voy a revisar qué tiene.

Quería que fuera Cora quien la atendiera, pero en ese momento no podía ponerme exigente. No porque no confiara en Melissa, sino porque Cora tenía más experiencia y yo estaba desesperado.

Acomodé a Jennifer en la camilla y Melissa se puso unos guantes de látex antes de acercarse.

—Déjenme ver qué pasó aquí.

Todavía con cierta preocupación, me aparté unos pasos y dejé que revisara la oreja de Jennifer.

—La bala pasó rozando. Le provocó un corte, pero no alcanzó el tímpano ni ninguna zona peligrosa, tampoco se quedó alojada. Solo voy a limpiar la herida y dar unos puntos. Va a estar bien.

—¿Estás segura?

—Absolutamente, sheriff.

—Gracias. —Solté un suspiro de alivio. Ver tanta sangre me había dejado completamente desorientado.

—¿Voy a poder irme? —preguntó Jennifer a Melissa.

—Déjame curar esa herida y ya te dejo ir.

—¡Muchísimas gracias!

—De nada —dijo Melissa con una sonrisa, y fue a buscar el material para atenderla como se debía.



Jennife Dias

Capítulo cincuenta y cinco

Sentía como si aquella pesadilla no hubiera terminado cuando llegué a casa y vi a varios curiosos reunidos alrededor de una cinta de aislamiento, como esas que uno ve en escenas de películas policiales.

Todavía estaba un poco mareada por el golpe cerca del oído, pero no dije nada porque estaba demasiado ansiosa por ver a mis hijas. Después de todo lo que habíamos vivido, lo único que quería era abrazarlas y asegurarme de que estuvieran bien.

El cuerpo de Nolan seguía tirado en el suelo, aunque ya lo habían cubierto con una lona negra. Algunos policías inspeccionaban el lugar y tomaban fotos. Aunque entendía que era parte del procedimiento, todo eso seguía poniéndome muy tensa.

—Necesito ver a las niñas —le dije a Malcon.

—Vamos con ellas —respondió él, apoyando su mano en mi espalda mientras me guiaba hacia el piso de arriba, donde estaban los cuartos.

Abrimos la puerta y las vi sentadas sobre el piso acolchonado, mirando al policía que claramente no sabía muy bien qué hacer con ellas. Me sentí agradecida de que no hubieran visto la escena espantosa de abajo.

—¡Mami! ¡Papi! —gritaron, mientras corrían hacia nosotros.

—¡Ay, mis hijas! —Me agaché para abrazarlas y sentí cómo las lágrimas regresaban a mis ojos, pero esta vez no eran de miedo, sino de alivio.

—¿Mami, te duele? —preguntó Jasmine, al ver el vendaje cerca de mi oreja.

—Estoy bien, mi amor.

—¿Fue el hombre malo? —preguntó Judy.

—Ya todo está bien —aseguró Malcon, esquivando la pregunta.

—Ruido...

—Ya terminó —dijo Malcon, inclinándose para acariciar el cabello de nuestra hija mayor—. No tienen que preocuparse por nada.

—¿Seguro?

—Sí, estamos seguros.

—Sheriff —llamó uno de los policías, acercándose a Malcon. Él se giró para mirarme.

—¿Podés quedarte aquí un rato?

Asentí con la cabeza.

Él se fue con el oficial, y yo me quedé con nuestras hijas, con miedo de que algo pudiera pasarles si me alejaba de ellas, aunque ya hubiera visto a Nolan muerto.

Las atraje hacia mí y las abracé todo lo que pude.



Malcon Collins

Capítulo cincuenta y seis

—Sheriff, necesitamos documentar lo que pasó aquí.

—Fue en legítima defensa.

—Estamos seguros de que sí, pero asuntos internos... usted sabe.

—Sí, lo sé —bufé.

Aunque no me gustaba pensar que había matado a un hombre, me sentía aliviado de saber que había sacado a ese monstruo de nuestras vidas de una vez por todas. Si me viera obligado a enfrentar la misma situación otra vez, estaba seguro de que tomaría la misma decisión. Haría lo que fuera necesario para proteger a mi familia, y asuntos internos lo entendería. Nolan no era el tipo de hombre amable del que uno nunca esperaría algo así. Y además, estaba el disparo que rozó a Jennifer, aunque por suerte ella estaba bien.

—Reúnan toda la información y entreguémosla a asuntos internos. No tenemos nada de qué preocuparnos.

—Sí, señor.

—Gracias. Fotografíen todo de inmediato y saquen ese cadáver de mi casa.

Asintieron y siguieron mis órdenes.

Aunque teníamos armas, matar nunca había sido una prioridad para hombres de la ley como nosotros. Las llevábamos solo para defendernos de tipos como Nolan. Después de haber pasado por esa situación horrible, me sentía aliviado de que por fin hubiera terminado. Con ese hombre muerto, Jennifer finalmente estaría a salvo, y nuestra familia ya no correría peligro.

—¿Por qué no se van al rancho y nos dejan encargarnos de esto? —sugirió uno de mis oficiales.

—Pero...

—Cuando regresen, no quedará ni rastro de ese sujeto por aquí.

—Está bien —terminé asintiendo.

Era lo mejor. En casa de mis padres las niñas podrían estar más tranquilas, sin preocuparse por todo lo que había pasado.

—Cuide de su familia, sheriff.

—Gracias.

Asintió, y yo regresé al cuarto donde Jennifer estaba con nuestras hijas.

—Prepara las cosas. Vamos a pasar la noche en el rancho.

—¿Estás seguro? —me preguntó Jennifer.

Me limité a asentir con la cabeza. Sería mucho mejor para las niñas que quedarse en ese ambiente tan tenso.

—Está bien —dijo Jennifer, forzando una sonrisa—. Vamos a ver a los abuelos. ¿Quién quiere ir a la granja?

—¡Sí! —gritaron las dos pequeñas al mismo tiempo, saltando con entusiasmo, como si ya hubieran olvidado todo lo horrible que había pasado hacía menos de una hora.



Jennife Dias

Epílogo

Dos semanas después...

El cuerpo de Nolan fue enviado de vuelta a Seattle, después de todos los procedimientos legales. Estaba un poco tensa por miedo a las consecuencias que Malcon podría enfrentar por haber matado a ese monstruo, pero, en realidad, a nadie le importaba demasiado que Nolan estuviera muerto. Como ya se había advertido sobre el peligro inminente que representaba, nadie cuestionó el hecho de que Malcon lo hubiera matado en legítima defensa.

No quería que las cosas llegaran a ese punto, pero no podía negar que prefería verlo muerto antes que perder a Malcon o a mis hijas.

Nos quedamos una semana en casa de los Collins, esperando a que nuestra casa ya no tuviera rastros del asesinato ni de los momentos de horror que Nolan me había hecho vivir. Me sentía tan aliviada de saber que nunca más se cruzaría en mi camino, que parecía no haber nada capaz de arruinar o cambiar la felicidad que sentía en ese momento.

Hasta que una sospecha me puso un poco tensa. Ya había pasado por eso antes, dos veces, pero eso no significaba que ahora me sintiera más preparada.

El día anterior compré una prueba de embarazo en la farmacia del pueblo, pidiendo discreción, y esperé para hacerla a la mañana siguiente. Tenía los senos hinchados desde hacía al menos tres semanas, y ya tendría que haberme bajado la menstruación, que tampoco había llegado aún.

—Ah, mierda —murmuré en voz baja.

Era lo que me faltaba. No estaba esperando quedar embarazada otra vez, aunque, al igual que en las veces anteriores, no había hecho nada para evitarlo.

Me quedé mirando la tira sobre el lavabo hasta que aparecieron las dos líneas rosadas en la prueba.

¿Otra vez? No sabía si reír o ponerme nerviosa con la situación.

—¿Jennifer? —Malcon golpeó la puerta del baño—. ¿Estás bien ahí? Hace rato que entraste. Las niñas te están esperando...

—Ya salgo.

Abrí la puerta conteniendo la respiración, y él me miró.

—¿Pasa algo?

Levanté la tira del test y se la mostré.

—¡Oh! —Abrió los ojos como platos, quedándose paralizado un momento mientras procesaba la información.

—Sé que no es lo que esperabas. Fui descuidada otra vez...

—Fuimos descuidados —dijo él, riendo—. Pero eso no significa que no sea una gran noticia. —Malcon se inclinó y besó mi vientre.

Solté un suspiro de alivio.

—Somos una familia, Jennifer, y ahora nadie más va a interponerse entre nosotros.

—Nadie. —Sujeté el rostro del sheriff y lo acerqué a mí.

Puede que no hubiera sido la mejor mujer del mundo para ese hombre, pero él, sin duda, había sido lo mejor que me había pasado en la vida. Y gracias a Malcon, podía tener una familia feliz sin tener que seguir huyendo de monstruos.

—Te amo mucho.

—Y yo también te amo mucho, Jennifer.

Sobre la autora

Jéssica Macedo tiene 28 años, es de Minas Gerais y figura con menos de 30 años en Forbes Brasil, la lista de los jóvenes más prometedores del país. Vive en Belo Horizonte con su marido, su hija y tres gatos. Escribe para niños y adultos, fantasía, aventura, romance y, sobre todo, literatura picante, todo un fenómeno editorial entre el público femenino.

Autora superventas de Amazon en Brasil y Europa, con sus libros disponibles en 6 idiomas. Jessica empezó a escribir a los nueve años y se convirtió en autora a los 14, con la publicación de su primer libro "El valle de las sombras". Con más de 200 obras publicadas, es escritora, editora, diseñadora y guionista. Ayudó a adaptar una de sus novelas "Eternamente Minha" a un largometraje estrenado en la plataforma Cinebrac. Hoy, Jéssica es el nombre principal de un equipo de autores, en su mayoría mujeres, que componen el catálogo del Grupo Editorial Portal, que fundó a partir de sus experiencias en otras editoriales.

Más información sobre otros libros del autor en las redes sociales.

Facebook - http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram - www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Página web del autor en Amazon - https://amzn.to/2MevtwY



Otras obras



Enlace => https://amzn.eu/d/jlxIGyF

Sinopsis:

Abandoné todo después de una gran decepción; dejé atrás mi vida y todas las comodidades que venían con la fortuna de la familia para salvar soldados en el campo de batalla. Me distancié, me aislé y me convertí en un hombre aún más frío de lo que ya era.

Pasaron años hasta que mi padre me llamó de vuelta. Estaba viejo, necesitaba jubilarse y quería que yo asumiera los negocios familiares. Me convertiría en el director del hospital y volvería a ejercer como cirujano cardiotorácico. Sin embargo, el pasado que me había hecho irme era el mismo que volvería a atormentarme.

Cristal Castilho era todo lo que quería evitar. Tras nuestra ruptura, ella hizo que perdiera la fe en las personas y me cerrara para siempre. Deseaba no volver a

verla jamás, hasta que un día llegó al hospital con un grave problema en el corazón. Eso revolvió mi pasado e hizo que mi vida se diera vuelta.

La odiaba, pero descubrí que teníamos una hija juntos y que solo conocía la mitad de la historia. Yo era el culpable de todo lo que había pasado; cometí errores que podrían ser irreparables al confiar en quien no debía. Pero para poder redimirme, necesitaba salvarla.

Mira más libros míos

¡Ve aquí!

Redes sociales (del editor)

Sitio web del editor: https://grupoeditorialportal.com.br/
Instagram: https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/
Facebook: https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/
Shopee: https://shopee.com.br/grupoeditorialportal



